

VICENTE SAENZ

AUSCULTACION
HISPANOAMERICANA



EDICIONES HUMANISMO

México, 1954

EDICIONES HUMANISMO ofrece un título más a la conciencia de nuestros pueblos, en estos días de desorientación y de confusa mezcla de idearios y de propagandas, precisamente cuando se reúne en Caracas la Décima Conferencia Internacional Americana.

Componen el presente volumen tres trabajos de un escritor ya consagrado por la crítica continental, de un pensador, de un maestro de historia en su más hondo sentido, que no necesita presentación ni ditirambos. Cuando se le piden datos biográficos, invariablemente contesta Vicente Sáenz que la mejor biografía de un escritor no está en los cargos que haya ocupado, ni en los diplomas que le rodean, ni en los honores que le dispensan, sino en sus libros, en su propia obra, en las páginas buenas o malas que deja a la posteridad, si su vida coincide con su pensamiento.

En el caso de Vicente Sáenz no habrá que esperar lo que opine la posteridad. Porque a nosotros mismos, a sus millares de lectores, a los jóvenes de hoy, nos viene entregando su cálido mensaje hispanoamericano desde hace varios lustros, su voz de humanidad y de justicia, su trayectoria sin desvíos, el espejo siempre limpio de su conducta indeclinable, su vida entera —que todos conocemos, respetamos y admiramos— de sacrificios heroicos y de renunciaciones ejemplares.

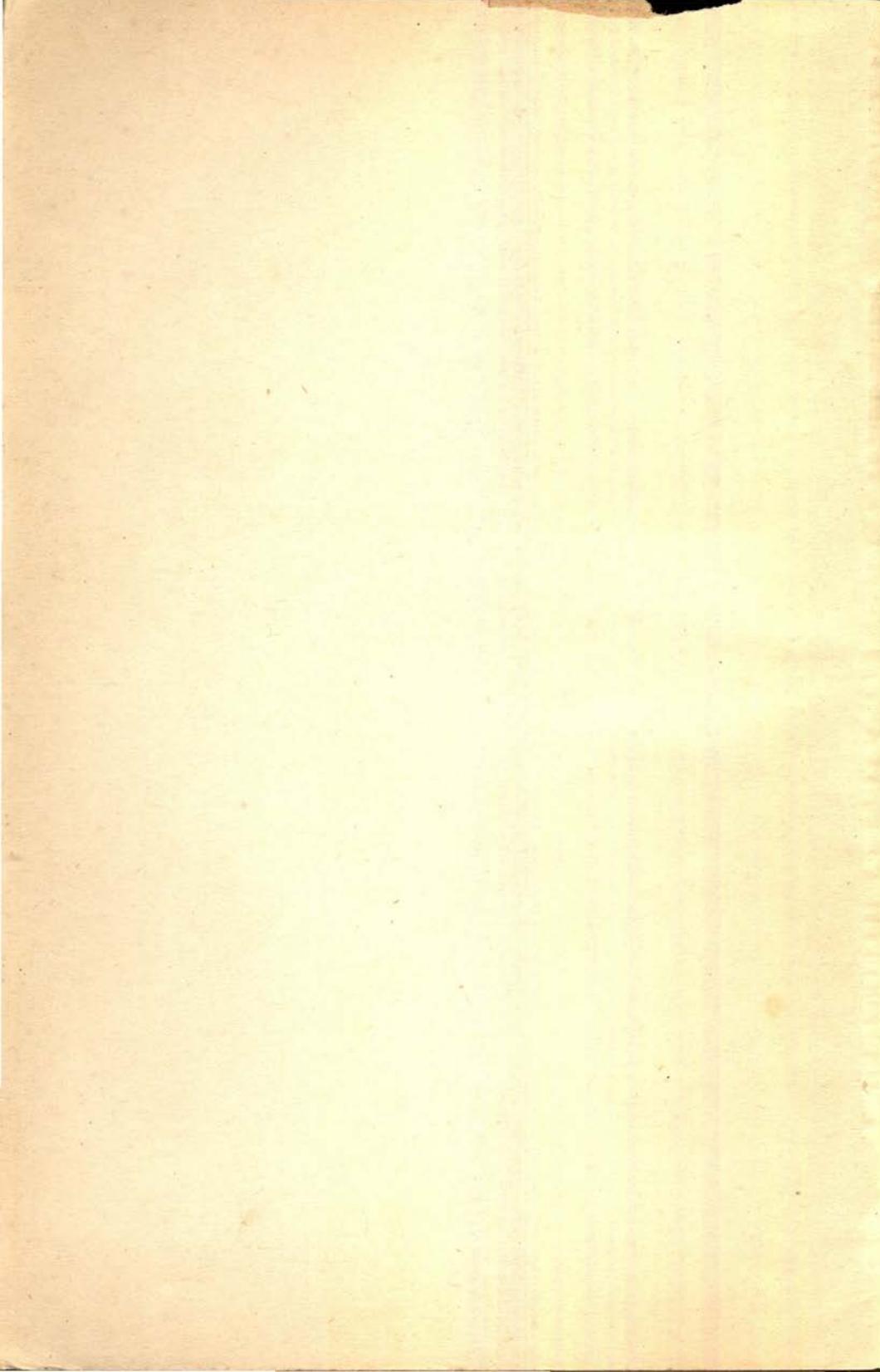
A tal extremo ha sido intensa y fecunda su labor, que desde la aparición de sus primeros libros, en 1920, 1922 y 1925, intelectuales ilustres de otras generaciones le prodigaron su más fevoroso respaldo. Altamira, Varona, Sanín Cano, Jacinto López, Ingenieros, Baltasar Brum, Ugarte, Blanco Fombona, entre otros, fueron, si cabe la expresión, como padrinos insignes de Vicente Sáenz, cuando iniciaba su carrera de escritor.

Posteriormente, según se iban publicando "Rompiendo Cadenas", "España Heroica", "Guión de Historia Contemporánea", "Cosas y Hombres de Europa", "Opiniones y Comentarios de 1943", "Centroamérica en Pie", "La Doctrina de Monroe frente a los nazis en América", "Paralelismo de la paz y de la democracia", "Hispanoamérica contra el Coloniaje",

Con mi amistad y un saludo muy afectuoso
para el Sr. Coronel don José María Lemus,
esta necesaria "Auscultación".

Vicente Sáenz,

México, D.F., 25
de febrero de 1956.



AUSCULTACION HISPANOAMERICANA

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.
RESERVADOS SUS DERECHOS
DE ACUERDO CON LA LEY.



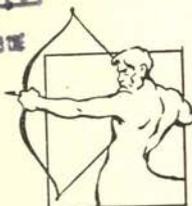
IMPRESO EN MÉXICO, POR PUBLICISTAS E IMPRESORES BEATRIZ DE SILVA
ITURBIDE 26.—MÉXICO 1, D. F.

VICENTE SAENZ

AUSCULTACION HISPANOAMERICANA



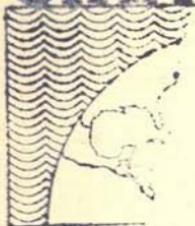
CENTRO DE
INVESTIGACIONES HISTÓRICAS DE
AMÉRICA CENTRAL



EDICIONES HUMANISMO

MÉXICO, 1954

CIHAC



CENTER
INVESTIGATION

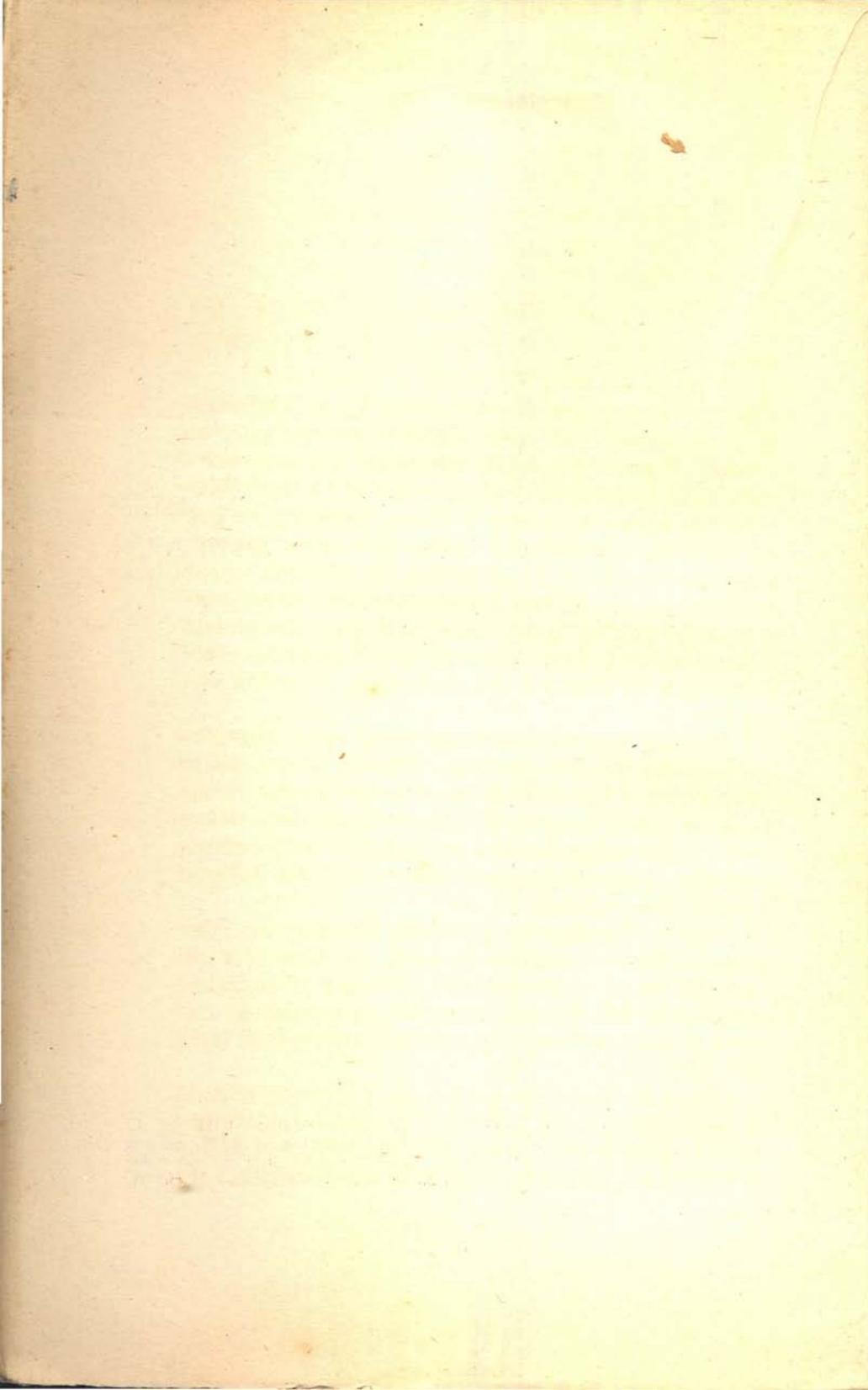
20 JUN. 2003

№ 6398 ■

04.04.02
9897

NUESTROS PUEBLOS EN EL
TORBELLINO DE LA BOMBA ATOMICA *

* "Cuadernos Americanos".—México, D. F., Año VIII N° 6,
Noviembre-Diciembre de 1949.—Ligero cambio en el título; nuevos
subtítulos; unos cuantos datos adicionales, y queda este trabajo como
si se hubiera escrito en estas primeras semanas de 1954.— N. del A.



*Deformación de la cultura occidental,
Centroamérica y otros apuntes*

UNA y otra vez he sostenido hasta qué punto tenían que ser inevitables nuestras guerras civiles. Fueron sin duda, antes de que nos amenazara la intromisión extranjera o el Destino Manifiesto, como un crisol a fuego lento en el que se forjaba, con mucho dolor y mucha sangre, nuestra conciencia democrática. Se podrían tomar nuestras viejas luchas como episodios, como continuación de la gran batalla hispanoamericana —*no ganada todavía*— por la independencia efectiva y por la libertad del ciudadano en este Continente.

No hay motivo, entonces, para sentir complejo ninguno de inferioridad. Menos aún cuando vemos lo que ha ocurrido en Europa, cuyas carnicerías y cuyos campos de concentración nos dejan a los hispanoamericanos en calidad de hombres pacíficos, ostensiblemente píos y de bien dulce o franciscano espíritu.

Mucho Beethoven y mucho Wagner en Alemania. Mucho conocer de arte, de ciencia y de filosofía en el viejo mundo. ¡Mucha civilización occidental! Mucho mirarnos despectivamente, como a seres revoltosos, a los nacidos en este lado del Atlántico.

Pero al llegar la guerra de Hitler se rompió el barniz de aquella cultura, y no precisamente por ideales de independencia y libertad; no con ánimo ni prédicas que condujesen a la superación del sér

humano, sino antes bien con fines tan claros de esclavitud y de dominio, que no acierta uno a comprender la resignación y la complicidad en la catástrofe de grandes sectores dirigentes, supuestamente civilizados.

Tocante a esclavitud no se escapaban ni los tudescos mismos, ante su superior jerárquico. Y respecto a la tesis del dominio a sangre y fuego hacían lo bárbaramente suyo los conquistadores, con la complacencia o el apaciguamiento de las democracias cãpitalistas. ¡Las dirigían el venturoso Chamberlain y su derrotista grupo continental, encabezado en Francia por Daladier, los caballeros de la Cruz de Fuego y otras figuras de parecida o mejorada estirpe!

Casi podría aceptarse como válido que lo europeo, hecho crisis en vísperas de la segunda guerra, implicaba un *largo paso atrás* hacia el medioevo —según han señalado algunos escritores y filósofos de la propia Europa—, en contraposición con los *pequeños pasos adelante* de la cultura hispanoamericana auténtica —cosa generalmente distinta de los gobiernos—, en afanosa busca de sí misma para tener su salvavidas en medio del naufragio.

Lo malo, desde luego, estriba en que los demagogos y los hombres de machete que operaron en nuestro medio después de la independencia, y en el caos de las recientes conmociones mundiales, fueran incapaces de concebir y de llevar a cabo el ideario de los próceres de nuestra autonomía.

* * *

No es otro el caso de la América Central, a la que muy especialmente me refiero en los párrafos que siguen, no porque se trate de mi solar

nativo, sino por ser su territorio foco constante de perturbaciones y el más expuesto a los peligros de la bomba atómica.

En efecto, bien sabemos lo que allí ha significado más de un siglo de pasiones y de alzamientos parroquiales, de montoneras incesantes, no generalmente por la patria sino por el manejo de la cosa pública.

Solamente de 1821 en que nos independizamos, a 1842 en que ya la Federación se había disuelto, agitaron al Istmo —tan volcánico como balcánico— alrededor de cien movimientos mal llamados revolucionarios.

¿Cuántas conspiraciones, cuántos motines más, con su cauda de odios y de venganzas, se habrán registrado de entonces a la fecha? Sería difícil numerarlos o clasificarlos, así tuviésemos los hombres de hoy un ábaco en la mano, y la paciencia y el tiempo necesarios para llevar cuenta cabal de tantos pronunciamientos como han tenido lugar en nuestras pequeñas repúblicas.

Pudiera calcularse, sin embargo, que si al centenar le agregamos un cero a la derecha, redondearíamos tal vez la cifra aproximada de cruentos golpes de audacia, desde la ruptura de la Federación hasta el momento actual, o sea en poco más de veinte lustros.

¡Siempre lo mismo! Reaccionarios o *cachurecos* contra *fiebres* o liberales y viceversa, decenio tras decenio, en burro o en carreta, que al cabo de una centuria cambiarían el fusil de chispa o el espadón ensangrentado por la ametralladora, y la copa de los árboles por el bombardero.

¿Y qué nos dejó tanta sangre derramada, tanto segar de vidas, tanta vitalidad y tanto esfuerzo mal empleados en aventuras tenidas por revolu-



cionarias, sin un ideario preciso que pudiera llevarnos a una paz estable?

El resultado lo descubrimos a simple vista, con altos porcentajes de la población centroamericana descalza y desnutrida, sin un pedazo de tierra escriturada ni esperanzas de propiedad inmueble; con una mortalidad infantil pavorosa y más del 90% de defunciones sin asistencia médica; con un 73% de analfabetos entre la gran masa popular, y una minoría de alfabetos con diploma, que aun cuando sepan leer y escribir en el papel, no se atreven nunca a indagar lo que ocurre —para mejorarlo o aliviarlo— en el pequeño mundo atormentado que los rodea.

Y no ha sido lo peor este retraso, que en términos de vida patriarcal, tarde o temprano, hubiera encontrado su salida. Lo grave para nosotros está en influencias de afuera, que por nuestras propias pasiones turbulentas, nuestra falta de visión y nuestra latitud geográfica, nos han puesto a merced de todos los peligros y de todas las rivalidades de la supercivilización contemporánea.

* * *

Los espadones y los letrados pero analfabetos —a pesar de sus poemas y de sus títulos universitarios—, que de Morazán a la segunda guerra han tenido la responsabilidad de gobernarnos, no pudieron darse cuenta de ningún peligro —con muy honrosas excepciones—, ni de la evolución o transformación mundial de mediados del siglo diecinueve en adelante.

No comprendían —y si la comprendían se dejaban convencer o se entregaban— la realidad, la importancia del territorio centroamericano, fren-

te a las codicias y ambiciones de las grandes potencias.

Así se explica que en 1856, a espaldas nuestras, mientras William Walker invadía con sus huestes de bucaneros a Nicaragua, firmaran Washington y Londres una reforma al Tratado Clayton-Bulwer de 1850, ante la más inconcebible indiferencia de nuestras cancillerías.

Así se explica, también, el subsiguiente tratado de límites entre Guatemala y la Gran Bretaña, obteniendo los ingleses en Belice lo que en derecho nunca les había pertenecido ni les pertenece, por incumplimiento de Su Majestad a la única cláusula compensatoria del convenio.

Y sólo así pueden explicarse, en resumen, nuestras posteriores desventuras, en ancas de la diplomacia del dólar y al ritmo del *gran garrote*. Vale decir, a través de protocolos canaleros en que todo es entrega delictuosa, y de absurdas concesiones bananeras, mineras, ferrocarrileras, bancarias, fiscales, de luz y fuerza, etc., hasta llegar a nuestro vencimiento y subordinación casi total en lo económico, lo político y lo militar o estratégico.

Totalitarios y demócratas de las grandes potencias en el mismo cesto

PERO ya se dijo antes que, a pesar de todo, debemos sacudirnos el complejo de inferioridad. Nos sobran fuerzas vitales suficientes para no dejarnos acoquinar. Tenemos guías luminosos en nuestra América, que desde su sitio en la inmortalidad nos señalan el camino. Y una rica subconciencia y una sensibilidad extraordinaria en

nuestros pueblos, que siempre responden a los más nobles ideales.

Ante la sonrisa de los escépticos y de los pesimistas, que sólo observan negativamente la explotación y la miseria de grandes masas humanas, al parecer irredentas; que no olvidan la cruenta historia de nuestros caudillos bárbaros, pero sin estudiar sus causas ni preocuparse de buscar soluciones; que nos hacen ver a cada paso la persistencia actual de serviles y criminales satrapías, impuestas y respaldadas por el amo extranjero, aunque procurando no malquistarse con las unas ni con el otro; ante todo eso, que pudiera ser desconcertante, hay que insistir en volver los ojos hacia nosotros mismos primero, hacia Europa después, no para consolarnos sino para robustecernos.

Por los caminos de la civilización y de la ciencia, sin contrapeso moral, llegaron los europeos a torturas y a desquiciamientos acaso mayores que los nuestros. ¡Suplicios e incineraciones de muchedumbres vivas: hombres, mujeres y niños en masa! Genocidios a tal extremo espeluznantes, de tal manera atroces, que ante esas matanzas, sin parangón en la Historia, palidecen los malos instintos del doctor Francia, de Rosas, Melgarejo, Veintemilla, Juan Vicente Gómez, Estrada Cabrera, Gerardo Machado y del guerrillero siempre victorioso don Francisco Villa, terrible vengador de muchas generaciones de indios y de mestizos agraviados.

Replicarán los inconformes con este punto de vista que toda esa barbarie, los campos de concentración y las cámaras letales, eran sistemas del nacional-socialismo hitleriano y no de Europa. En parte eso es verdad. Pero es cierto además que Hitler y sus lugartenientes no estaban solos, y que

contaron con el respaldo de una inmensa mayoría del pueblo alemán.

Puede afirmarse, por añadidura, que si la civilización occidental, deformada en Alemania, estaba dando semejantes frutos, también esa misma civilización se deformaba con Mussolini en territorio y aguas mediterráneas, en el imperio romano de la latinidad, en el propio centro del cristianismo universal.

Volverá la réplica a proclamar que la apuntada deformación anticristiana era cosa de Mussolini y de los fascistas, con sus plumas y sus camisas negras. No. Mussolini gozaba del más bullicioso y firme apoyo de casi todos los italianos que se decían patriotas, regados por el mundo entero. En sus años de gloria el poderoso hijo de Predappio era *Il Duce* para ellos, y lo cantaban con música de ópera, aunque ya muerto y sepultado le hagan la señal de la santa cruz y lo llamen, con furor o con cinismo, *Il Monstruo*.

Mas he aquí que durante largos años Mussolini no fué un monstruo, ni cosa parecida, para los italianos, ni para el alto clero, ni para los más grandes estadistas de la supercivilizada Europa, a juzgar por frases textuales que yo mismo he recogido y publicado (Prólogo del libro "Centroamérica en Pie"), en las que se le alaba por parejo con el Fuehrer y con el segundón de ambos, señor Generalísimo de la anti España don Francisco Franco.

* * *

Vale la pena sintetizar, en muy pocas líneas, algunas de esas alabanzas:

"Mussolini es el hombre enviado por la Providencia". (Pío XI, 20 de diciembre de 1926.) Se dirá que en esa fecha el dictador italiano todavía

no se lanzaba a destripar abisinios ni a bombardear españoles. Saltemos entonces hasta 1939, y encontraremos al sucesor de aquel tetrarca en la Silla Gestatoria, Su Santidad actual Pío XII, hablándoles en esta forma a 3.000 soldados franquistas, ex combatientes italianos y españoles que lo visitaban:

“Os habéis batido por el triunfo de los ideales cristianos”. . . (¿Los de la cruz gamada de Hitler y sus campos de concentración? ¿Los del Eje Roma-Berlín bombardeando al pueblo católico de España y a los abisinios?) “...Con inmenso gozo nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos, para bendeciros y expresaros nuestra paterna congratulación”.

Se refiere después el Pontífice que hoy ocupa el Vaticano a Su Majestad Vittorio Emmanuele, “Rey de Italia y *Emperador de Etiopía*, con el imperio siempre alerta y fuerte bajo su mano augusta. . .”, bien estrechada y bien fortalecida con la previsora dirección de sus ilustres y sabios gobernantes, don Benito Mussolini y los fascistas.

Palabras de Winston Churchill en enero de 1927: “Si yo fuese italiano, vestiría la camisa negra”. Al externar su admiración por Mussolini, dándole vueltas en la boca al *puro*, miraba Churchill de reojo a Stalin. Lo cual no impide que los lores, los comunes, el capitán Anthony Eden y el propio Churchill decretaran años después (octubre de 1941), entre aclamaciones al régimen soviético, que Rusia era por derecho propio —no faltaba más— “aliada permanente de la Gran Bretaña”.

El 1º de diciembre de 1943, con igual fervor y alborozo, en compañía del mencionado Mariscal Stalin y del Presidente Roosevelt, moviendo

más el *puro* y ampliando la sonrisa, no tuvo inconveniente el Primer Ministro británico en firmar el incumplido y ya olvidado Acuerdo de Teherán, tan conmovedor en sus promesas como la igualmente fenecida Carta del Atlántico.

"Mussolini es un gran hombre: es el hombre del día". (Cardenal Mundelein.) "Mussolini, visiblemente, cuenta con la protección de Dios". (Cardenal Merry del Val, Legado Pontificio.) "Asistimos hoy a igual espectáculo que cuando Cristo formó, con sus doce discípulos, un haz fiel hasta la muerte por el martirio, cuya fe estremeció al Imperio Romano. Adolfo Hitler es el verdadero Espíritu Santo". (Hans Kerrl, Ministro de Asuntos Eclesiásticos del Reich.)

Por su parte el Cardenal Innitzer, Primado de Austria, le decía por escrito a su rebaño: "Hoy los católicos de la diócesis de Viena son invitados a elevar gracias a Dios Nuestro Señor, por los grandes cambios políticos que se han desarrollado en Austria. Todos los sacerdotes y los fieles, por consiguiente, deben sostener sin reservas al gran Estado Alemán y a su Fuehrer, quien responde a las miras de la Providencia". (Nota entregada a la salida de su visita a Hitler, el 17 de marzo de 1938.)

* * *

Para nuestro caso sería suficiente con lo expuesto y con lo reproducido para comprender, en parte al menos, las resonancias en América de tantas contradicciones y complicidades como las que habrían de provocar, a breve plazo, la segunda gran conflagración en la primera mitad de nuestro iluminado siglo atómico. Pero más claramente podrán ver el reflejo los que estudian con serenidad estos problemas —sobre todo en lo que

atañe a las repúblicas americanas — si a tanto daño se agrega la propaganda falangista.

Será bueno recordar que dicha propaganda no sólo se hacía en castellano, sino también en el idioma de los banqueros de Wall Street y de preladados como el Cardenal O'Connell, de Boston, el Cardenal Spellman, de Nueva York, Monseñor Fulton F. Sheen, defensores a todo trance de los métodos inquisitoriales del máximo verdugo que ha tenido España, así como de sus anticristianos protectores don Benito Mussolini y don Adolfo Hitler.

Del Cardenal O'Connell son estas palabras: "Mussolini es el hombre de los milagros. Es un genio en el campo de la ciencia política, que Dios le ha dado a Italia, para que continúe su rápido ascenso hacia el destino más glorioso".

Y a tantas afirmaciones de índole filofascista, traducidas al castellano para nuestros países, y a tantos hechos de las democracias más poderosas en favor de los despotismos más totalitarios, incluyendo en ellos al Mikado del otro extremo del planeta, contestaban de este modo los Goering y los Junger:

"Al Reich no le importa la justicia, sino aniquilar y exterminar". (Goering.) "La única perfección, realmente civilizada, consiste en el arte de manejar explosivos". (Junger.) Replicaba entonces Monseñor Díaz de Gomara, Obispo de Cartagena:

"¡Benditos sean los cañones, si en las brechas que abren florece el Evangelio!" Y a tan caritativo prelado le contestaba con mayores bríos el Conde de Yeltes, exaltando al Caudillísimo y haciendo pública la urgencia de "exterminar a una

tercera parte de la población masculina española, para deshacerse de los peligros del proletariado”.

* * *

No parece necesario seguir reproduciendo frases como las anteriores, que aclaran mucho la situación de Hispanoamérica, según se dijo arriba; y que explican, si hubiese raciocinio, el criterio de nuestros mejores hombres —expuestos siempre a que les pongan etiquetas— frente al problema de la paz y de la guerra, conectado con el nazismo, el fascismo, el comunismo y otros ismos ideológicos de la época contemporánea.

Sería sumamente interesante hacer una revisión, por ejemplo, no de las frases ni de las declaraciones del señor Chamberlain, respaldando al eje Roma-Berlín-Tokio; no de sus felicitaciones a los jefes totalitarios por su *pacifismo*, sino de los pactos y de los convenios que llevó a cabo con ellos, fortaleciéndolos más con sus hechos que con sus palabras, hasta culminar con el Pacto de Múnic el 30 de septiembre de 1938.

Ante la imposibilidad de traer a las cortas páginas de este estudio tal cúmulo de acaecimientos increíbles, juzgo que lo resumido a grandes rasgos, y lo que se verá más adelante, sirve ya de base para explicar cómo es difícil que nuestra América Española pueda seguir creyendo en falsas propagandas, en prédicas que no se cumplen, en simples promesas de paz y de justicia, escritas, leídas o radiadas por los amos del mundo, usufructuarios ayer y hoy de las naciones débiles.

¡De aquéllas como las nuestras, sobre todo, que si bien débiles materialmente, podrían estructurar una gran fuerza moral, económica y jurídica, si estuviesen unidas, cohesionadas, con esta-

distas visionarios, con hombres intelectual y éticamente superiores, capaces de llevar al bloque hispanoamericano al cumplimiento de su destino.

Para nuestra América fueron negativos los resultados de la primera guerra mundial

CUANDO los ejércitos del Kaiser se lanzaron sobre Francia y sobre Bélgica en 1914, los más altos valores de nuestro pensamiento y de nuestra cultura, desde México hasta Buenos Aires, se adhirieron a la causa de los Aliados agredidos. No podían hacer otra cosa los grupos intelectuales de nuestros países, sus mejores fuerzas —no precisamente cuartelarias sino del espíritu—, que demostrar su más honda simpatía a los heroicos defensores de la tradición y de la civilización latinas.

Se generalizó la guerra, se habló de democracia, de justicia para todos, de suprimir barreras económicas, de arreglar imparcialmente las controversias coloniales, de la creación de un organismo o sociedad mundial de naciones con mutuas e iguales garantías.

Hasta se ofreció que las grandes potencias reducirían sus armamentos a un grado mínimo con la victoria, manteniendo apenas los indispensables para la seguridad doméstica de cada país. ¡El peligro era Alemania; y vencido y desarmado para siempre ese poder agresor, no había razón para que las democracias siguieran la carrera armamentista!

Tales ideas y promesas formaban parte de los 14 puntos del Presidente Woodrow Wilson, incluidos en su famoso discurso sobre la liquidación

de la guerra, pronunciado en Washington el 8 de enero de 1918. Meses antes los Estados Unidos habían entrado en la hecatombe contra los Imperios Centrales, que eran por aquellos años los enemigos —es bueno recordarlo— de la civilización occidental.

No hay manera de negar que ciertas clases sociales y económicas de nuestra América —como sucedió después con el nazismo hitleriano— se inclinaban ante la grandeza y el poderío de Alemania. La casta militar, principalmente, sentía profunda admiración por la disciplina y la pose marcial de los teutones. Pero esa simpatía se neutralizaba con la justicia de la causa de los Aliados, con la actitud ya referida de nuestros más ilustres intelectuales, y con la intensa campaña democrática de los Estados Unidos.

* * *

No pudo lograrse, sin embargo, que las veinte repúblicas hispanoamericanas se enfilaran en la guerra, dispuestas a fortalecer la posición del Gobierno de Washington. La opinión pública de nuestros países no olvidaba los resultados del apoyo bélico contra España en 1898, ni la Enmienda Platt contra Cuba, ni el Tratado Bunnau-Varilla contra Panamá, ni el Tratado Bryan-Chamorro contra Centroamérica, ni las agresiones con acorazados y los desembarcos de "blue jackets" en diversas naciones del Caribe.

México, bajo la administración revolucionaria de don Venustiano Carranza, logró mantenerse neutral en el conflicto. Aún estaba fresca la participación del Ministro norteamericano, Henry Lane Wilson, en la caída y en el asesinato del

Presidente mártir don Francisco Madero. Y más fresco todavía el bombardeo de Veracruz.

Guardó también neutralidad el Gobierno argentino de don Hipólito Irigoyen. Desde tiempos remotos, recordando acaso el incidente de 1831 con Estados Unidos, del cual se aprovecharon los ingleses para caer sobre las Islas Malvinas, el ciudadano del Plata y de las pampas no ha sido amigo muy devoto del poderío anglosajón.

De las hermanas menores, El Salvador optó por mantener lo que habría de llamarse "neutralidad benévola", sintiendo tal vez en carne propia —en carne centroamericana— la intervención de los marinos en Nicaragua, así como las violaciones cometidas por Washington para hacerse de la ruta canalera y del Golfo de Fonseca.

Solamente diez Estados de habla española en América decidieron, al final de cuentas, acoplarse con las democracias de aquella época. Entre las de acá figuraban, por lo que toca al vecindario del Istmo, Honduras, los entreguistas nicaragüenses y el viejo déspota guatemalteco Estrada Cabrera. Los hermanos Tinoco de Costa Rica se tuvieron que quedar al margen, a pesar de su aliadófilo entusiasmo, porque el Presidente Wilson nunca estuvo de acuerdo en darles fuerza con el reconocimiento, no admitiendo que ayudaran a defender los principios esbozados por él en sus 14 puntos.

Por lo que se refiere a las *democracias* de otros Continentes, emociona recordar que entre ellas, ocupando sitio de primera fila, se encontraban la Rusia de los Czares —antes del Tratado de Brest-Litovsk—, la futura Italia del Duce y el lejano Imperio absolutista de los japoneses, que

a poco más de dos decenios bombardearían Pearl Harbor.

* * *

Ganaron la guerra los Aliados. El 11 de noviembre de 1918 se firmó el armisticio. Tuvo Guillermo II que abandonar el trono y acogerse a la hospitalidad de su tocaya holandesa, la Reina Guillermina. Vino después el Tratado de Versalles.

¿Qué ganaron con la guerra los diez países de nuestra familia hispanoamericana, aliados o asociados con las potencias que les ofrecían un mundo mejor?

De momento, en la propia Conferencia de Versalles, que la Doctrina de Monroe se injertara en el artículo 21 del Pacto de la Sociedad de las Naciones. ¡Y que se injertara como acuerdo regional, sin que lo fuera entonces ni nunca lo hubiera sido! No se aceptó la protesta hondureña ni discusión alguna tocante a la forma de interpretar ese principio unilateral, ese instrumento político exclusivo de la Casa Blanca y de la Secretaría de Estado, sujeto a las más variables y extraordinarias contingencias.

¿Y después? No será preciso detallar lo que tantas veces he apuntado y repetido, con ánimo de buscar un mejor entendimiento entre las dos Américas. Baste decir que se hicieron cosa endémica —tan endémica como las concesiones sin impuestos— los atropellos a la soberanía de esta o de aquella república hermana.

Otra vez marinos. Otra vez acorazados. Otra vez la diplomacia del dólar. Otra vez el Destino Manifiesto. Incesante protección moral y material de los Estados Unidos a vendepatrias y tiranos, según la tesis maravillosa de los Presidentes

Calvin Coolidge y Heriberto Hoover, que con reiterada frecuencia he recordado en mis escritos: "¡Detrás de los dólares —¿cuáles dólares?— van los acorazados!"

E insistiendo otra vez en Centroamérica, ni siquiera fué posible que allí se mantuviese la Federación de 1921, restaurada en el centenario de nuestra independencia. Un soplido de Mr. Charles Evans Hughes, y la indecisión o la complicidad de nuestros gobernantes, le dieron fin al nuevo Estado Federal.

La sombra del *gran garrote* se proyectaba de nuevo en el Istmo. La sombra del Tratado cana-lero Bryan-Chamorro. La sombra de la United Fruit Company, y de la Cuyamel Fruit Company, y de la Rosario Mining Company, y de la Bond and Share Company, y de la Standard Oil Company, en busca de petróleo y concesiones que con nulos o mínimos tributos, a guisa de limosna, facilitarían su extracción.

En busca también de gobernantes peles —*¡hombres fuertes!*— en el resto de América, que quisieran, con sus "grandes cerebros" de criollos domados, salvar a la patria *per saecula saeculorum*, como dicen en latín. ¡Para siempre jamás, en nuestro idioma, de modo que tuviesen alentador sosiego los "inversionistas" en *países retrasados*, según el léxico del General Marshall, psicólogo con uniforme de la actual postguerra; y del no menos extraordinario estadista, Mr. Dean Acheson, empeñosamente decidido a que con 35 millones de dólares por un lado y 100 por otro —a título de préstamo para la compra de armas—, nos metiéramos de lleno los hispanoamericanos en la civilización contemporánea!

Fortalecimiento de Alemania.—Locarno después de Versalles.—Temor a los bolcheviques.—Crisis norteamericana.—Iniciación del nuevo trato y de la buena vecindad del Presidente Roosevelt

QUIERE decir que falló en algunos de sus más importantes aspectos la política del Presidente Wilson. Ni sus 14 puntos se cumplieron, ni entró su propio país en la Sociedad de las Naciones, ni fué posible realizar sus promesas de libertad y de justicia. Murió a la postre, de pena y de parálisis.

El peligro, ya lo vimos antes, era Alemania. Había que vencerla. Había que castigarla. Había que desarmarla. ¡Y los demás países, en nombre de la paz, de la justicia, de la democracia, apenas mantendrían los armamentos indispensables para su seguridad doméstica!

El 28 de junio de 1919 se firmó en Versalles la sentencia, después de siete meses de negociaciones. Vale la pena dar la lista de los principales jueces o jurados. Por Inglaterra: David Lloyd George, Andrés Bonar Law, Arturo J. Balfour. Por Estados Unidos: el Presidente Wilson, el Secretario de Estado Roberto Lansing, el Coronel Eduardo House. Por Francia: Georges Clemenceau, André Tardieu, Jules Cambon. Por Italia: el viejo Primer Ministro Orlando, el barón Sonnino, el Ministro Crespi. Por el democrático Japón de los Mikados: el marqués Saionji, el barón Maquino, el vizconde Chinda. De potencias menores, lo mejor de Europa: Vandervelde, Venizelos, Eduardo Benes, Paderewski.

Y lo mejor de Europa, en defensa de la civilización occidental, con Estados Unidos de respaldo, produjo el Tratado de Versalles de que ya

se hizo mención. Un extenso documento dividido en 440 artículos, numerosos anexos y 15 partes, de las cuales la primera se relaciona exclusivamente con la Sociedad de las Naciones.

Perdió Alemania sus colonias, que se repartieron algunos de los jueces en forma de "mandatos". Se le redujo el ejército a 100.000 hombres para el orden interior, prohibiéndose el servicio militar obligatorio. Tuvo que entregar su flota de guerra y sus mejores unidades de la marina mercante. Y además de los territorios que perdía en la propia Europa, y de grandes cantidades de carbón y de otros productos a cuenta de reparaciones, se obligó al Reich a pagar 20 mil millones de marcos oro, únicamente para empezar, calculada esa suma hasta 1921. La cantidad total se vería más adelante.

Sin embargo, no hubo necesidad de seguir haciendo cuentas alegres. Alemania sin industrias, sin materias primas, casi sin carbón, no pagaba, no podía pagar. Como los Aliados europeos recibían muy poco por concepto de reparaciones, ellos a su vez dejaban de cumplir con Estados Unidos, principal acreedor de unos y de otros.

* * *

En diversos comentarios y estudios ("Rompiendo Cadenas", "Guión de Historia Contemporánea", "La Doctrina de Monroe frente a los nazis en América"), con bibliografía y datos estadísticos de publicaciones precisamente norteamericanas, he podido comprobar que de 1914 a 1918 las cifras siguientes son correctas, a saber:

Los Estados Unidos pagaron deudas al extranjero por valor de tres mil millones de dólares; ganaron doce mil millones netos, como balance fa-

vorable por exceso de exportaciones; e hicieron empréstitos o abrieron créditos a Inglaterra, Francia y demás potencias aliadas, hasta por diez mil millones adicionales.

O sea que, redondeando estos números, obtuvieron los Estados Unidos un total de 25 mil millones de dólares, como saldo favorable de la primera gran carnicería en defensa de la justicia, de la democracia y de la libertad. ¡Y lo obtuvieron, en gran parte, con productos alimenticios, materias primas, metales y petróleo de nuestra América Española!

Pero como Alemania se retrasaba con sus adversarios y éstos con Washington y con Wall Street, empezaron a buscarse soluciones para que no se atascara el engranaje de la maquinaria económica mundial. Sucediáanse entonces las conferencias y las negociaciones internacionales: en Hythe, en Boloña, en Bruselas, en Spa, en Londres, en París, en Cannes.

Mas he aquí que la maquinaria no daba trazas de funcionar con ritmo normal. Europa aparecía deshecha, desarticulada, desnutrida, desesperada, en plena quiebra de la materia y del espíritu. Eso les produjo la guerra a los derrotados y a sus vencedores.

* * *

Había que buscar, irremediabilmente, nuevas soluciones. Y se llegó así al Plan Dawes, firmado en 1924. Rebaja del monto de las reparaciones. Fortalecimiento de la industria alemana. Mutua cooperación para ventaja del deudor y de sus acreedores. Un nuevo clima entre los países que se habían despedazado en cuatro años de hecatombe.

El peligro, por otra parte, ya no lo constituía

la vieja Alemania, fugazmente transformada en República de Weimar. Eran ahora los bolcheviques rusos —aislados con varios cordones sanitarios—, quienes de nueva cuenta ponían en peligro la civilización occidental. El Reich, en cambio, se había vuelto democrático y amante de la paz, no obstante que Adolfo Hitler, pintor austriaco de brocha gorda, ya estaba en plena actividad contra las democracias desde 1923.

Pensaban sin duda los Aliados que ese nuevo líder, enemigo furibundo del Tratado de Versalles y del judaísmo internacional, era un simple demagogo al que no se podía tomar en cuenta. O, tal vez, un futuro aliado contra el peligro comunista.

Como demostración de sincero pacifismo, puesto que el pueblo y el Gobierno de Alemania se habían convertido a la causa democrática, firmó Stresemann, en 1925, el Tratado de Locarno. Pocos meses después, en septiembre de 1926, se le abrieron al régimen de Berlín las puertas de la Sociedad de las Naciones. Y como nueva demostración de paz y de concordia, firmó Alemania el Pacto Briand-Kellogg, condenando la guerra y renunciando rotundamente a ella. Cualquier conflicto, cualquier controversia, cualquier reclamación entre los signatarios, se arreglaría por medios pacíficos y civilizados, con exclusión absoluta de amenazas o agresiones.

Firmaron también ese Pacto famosísimo Inglaterra, Francia, la Italia de Mussolini, el Japón y los demás *representantes natos de la cultura de occidente*, convencidos por la oratoria de Aristides Briand y por el indiscutible amor a la paz del Secretario de Estado norteamericano, Mr. Frank B. Kellogg.

¡Sin embargo, acá en su vecindario, el imponderable pacifista Kellogg, amenazaba con la fuerza a las repúblicas del sur, por aquello tan conmovedor y elocuente en que Washington nos advertía que "detrás de los dólares van los acorazados"!

* * *

Pero no eran suficientes las promesas de paz, ni el Tratado de Locarno, ni el ingreso de Alemania en la Sociedad de las Naciones, para que funcionase correctamente la maquinaria económica. No había manera de mejorar la situación en el viejo mundo, íntimamente ligada a la capacidad de los tudescos para cumplir sus compromisos. Tampoco daba resultado el Plan Dawes.

Hubo que celebrar nuevas conferencias diplomáticas y financieras, para ofrecer al Reich mejores y más fáciles reajustes. Se llegó en esa forma al convenio propuesto por otro técnico bancario norteamericano, Mr. Owen Young. De acuerdo con las cláusulas del Plan Young, se fijó un plazo de 59 anualidades para que Alemania pagara, en efectivo o en artículos manufacturados para dar trabajo a sus obreros, 37 mil millones de marcos oro como liquidación definitiva. Los de una y otra parte aceptaron con alborozo ese "feliz arreglo", el 7 de julio de 1929.

Mas no habían pasado dos años, y Alemania otra vez tuvo que dejar en suspenso el pago de sus amortizaciones, agobiada por la terrible crisis económica de 1931. La crisis, en realidad, era una conmoción universal. ¡Hasta los propios Estados Unidos, que habían salido gananciosos, según lo vimos antes; convertidos, pues, de nación deudora en floreciente nación acreedora, sufrieron el

impacto del desequilibrio que agobiaba y angustiaba al mundo entero!

Desquiciadas sus finanzas, que en parte habían servido para robustecer la economía de Alemania; depreciados sus más firmes valores y sus empresas más poderosas, por la competencia que Washington y ellas mismas habían hecho posible; con 12 millones de jefes de familia sin trabajo y un alto porcentaje de la población total del país en la más completa miseria, sobrevino el pánico de 1929 a 1932.

Quebraron en ese período 8,913 bancos privados y 1,571 organismos bancarios, con respaldo limitado de la Reserva Federal. Y como consecuencia de estas quiebras se esfumaron depósitos por un total de Dols. 4.932,481.000.00 (Diversos informes de la Associated Press, del "New York Times" y otros periódicos y revistas de los Estados Unidos. 1932-1933).

En condiciones de tal modo catastróficas llegó al poder el Presidente demócrata norteamericano, Mr. Franklin Delano Roosevelt. Con su sistema del "New Deal" pudo enfrentarse a la tragedia humana y económica de su quebrantado país. Y con su política de buena vecindad pudo vencer, en parte al menos, la desconfianza y el rencor de las naciones hispanoamericanas, que de la guerra nada benéfico, nada favorable a sus aspiraciones habían podido obtener, como creo haberlo demostrado en páginas anteriores.

¡Ni respeto a su soberanía, ni justicia para sus pueblos explotados, ni otra cosa que apoyo a los dictadores y al capital monopolista, como proyección en América de los sistemas totalitarios, fruto de la primera guerra y germen de la segunda!

¿Síntesis para nosotros? Promesas y desvia-

ciones hacia el sistema cuartelario y el dominio imperialista, con perjuicio evidente de las naciones débiles y de la dignidad humana.

Resultados aún más negativos de la segunda conflagración.—Desconcierto de dictadores caribes.—Altas y bajas de la buena vecindad

LA tremenda crisis económica del capitalismo mundial, que sólo a grandes rasgos he podido reseñar; la formación, las amenazas y por fin las agresiones del Eje Roma-Berlín-Tokio; el fortalecimiento mismo de Alemania y la llegada de Hitler al poder, llamado por el Presidente Hindenburg en enero de 1933; la guerra civil en España, apoyadas la insurrección y la traición de Franco por los totalitarios extranjeros, contra el régimen liberal y democrático de la República; la infiltración nazifascista en América y su intensa propaganda, dirigida por el genio satánico de Goebbels; todos estos factores, así como la clara visión del Presidente Roosevelt, pueden servir para explicarnos el nacimiento de la política de buena vecindad.

Comprendía el gobernante norteamericano que la torpeza de sus antecesores imperialistas inmediatos; que las cuarenta intervenciones armadas de su país contra varias repúblicas hispanoamericanas, entre 1900 y 1933; que la actitud de los banqueros y de los grandes "inversionistas" o sucesionadores, a quienes él mismo estaba combatiendo desde la Casa Blanca con su "New Deal"; que la propia Doctrina Monroe, unilateral y agresiva; que todo eso, denunciado insistentemente por los espíritus más generosos y los mejores hombres de

ambas Américas, no era, ni mucho menos, lo que habría de compactar al nuevo mundo en la contingencia de otra hecatombe o de un ataque extracontinental.

Empezó entonces a surgir la Norteamérica justa, comprensiva y humana. La de Washington, Jefferson, John Quincy Adams, Benjamín Franklin, Henry Clay, Walt Whitman, Abraham Lincoln. La Norteamérica, pues, de la buena vecindad.

Y así tenemos que en la VII Conferencia Panamericana de Montevideo (1933), en medio de grandes aplausos, el Canciller y Jefe de la Delegación estadounidense, Mr. Cordell Hull, anunció que Washington daría su voto favorable al Protocolo sobre Derechos y Deberes de los Estados, en el que se condena la intervención de cualquiera de los signatarios en los asuntos internos o exteriores de los demás países hermanos.

Y tenemos, para mayor seguridad, que en 1936 el Presidente Roosevelt quiso ratificar personalmente, en Buenos Aires, su política de acercamiento y de justicia hacia los vecinos del sur, iniciándose desde entonces la nueva era de cooperación y de solidaridad continental de este hemisferio.

* * *

Claro que la actitud del presidente Roosevelt se podría interpretar apenas como la iniciación abstracta —política o jurídica pero no económica— de la buena vecindad, definida en tratados interamericanos, en reuniones de consulta, hasta en el mutuo envío de muy creídos "Embajadores", *con todas las de ley*, en vez de simples Ministros o Encargados de Negocios. Este intercambio tan exclusivo, tratándose en ocasiones de repúblicas más pequeñas que algunos Estados de la Federación

anglosajona, vino a darnos superioridad o prioridad en materia diplomática, tratándose incluso de la Gran Bretaña y otras potencias de primera y orgullosa categoría.

Pero si es cierto que la igualdad jurídica de las repúblicas americanas, y su prioridad diplomática por decreto, con sus inevitables vanidades alborozantes, dejaban intactas las concesiones, y la exención de impuestos, y las demás franquicias del capital monopolista en su "paraíso del sur", también es verdad que ya no hubo más acorazados ni "blue jackets"; que se les suprimió la Enmienda Platt a los cubanos; que se revisó y mejoró el tratado canalero de 1903 con Panamá; y que tanto hablar de ideales democráticos, de los derechos del individuo y de las cuatro libertades, sirvió para que comenzaran a sentirse inquietos nuestros dictadores, que siempre habían contado con el apoyo, no de la buena, sino de la mala Norteamérica.

Sirvió la inteligente política de Mr. Franklin Delano Roosevelt —y eso prueba la sensibilidad de los pueblos hispanoamericanos—, para que a la desconfianza siguiese un período de simpatía y acercamiento, condición que había de ser esencial al correr de pocos años, el 7 de diciembre de 1941, fecha en que los japoneses dejaron caer sus bombas y su metralla sobre Pearl Harbor.

* * *

Será bueno recordar que en esos mismos años el fascismo estaba en auge, y el nazismo a todo vuelo, y la Falange cavernaria haciendo de las suyas en los feudos de nuestros *hombres fuertes*. En blanco ponían los ojos estos pequeños sátrapas, frente a las figuras del Fuehrer y el Duce, cuyos tanques arrasaban y cuyos aviones hacían pedazos

a las mujeres y a los niños de la España roja, con la complicidad de las democracias capitalistas y de todas las fuerzas reaccionarias del planeta, temerosas del fantasma bolchevique.

En semejante clima mundial, donde Ministros europeos de potencias supercivilizadas, plutócratas y aristócratas de diversos títulos, el Vaticano y sus prelados se deshacían en elogios a los falsos campeones del anticomunismo (Hitler, Mussolini, Franco), según se comprobó en las frases transcritas páginas atrás; en ese clima que fatalmente se reflejaba en nuestro mundo oficial de charreteras, entre intelectuales al servicio de las dictaduras y en las clases privilegiadas —partidarias de la Falange y de sus amos o protectores italogermanos—, era natural que se incubara la segunda gran catástrofe de nuestro siglo.

En lo que atañe a las parroquias en esta ribera del océano, mientras los Cardenales y los estadistas europeos elogiaban al Fuehrer, al Duce y al "Generalísimo de la catolicidad"; mientras Goebbels intensificaba su propaganda y hacía circular por cientos de millares el "Mein Kampf", va de gritos, y de camisas pardas, y de camisas negras en diversas regiones del centro y el sur de América, así como en tierras y aguas del Caribe.

¡Arriba Franco! ¡Heil Hitler! ¡Looor a Mussolini! Y va, por añadidura, de retratos suyos, de la trinidad augusta, con la mano en alto y con la cruz gamada, en centros de recreo y en salones de la gente bien, incluso en algunas casas presidenciales de generaloides antropófagos, creyendo que en esa forma precavían a sus pueblos del espantoso contagio comunista.

Y le soltaban torvas miradas nuestros déspotas y sus secuaces a Mr. Franklin Delano Roosevelt,

olvidando que el *buen vecino* los estaba sosteniendo con sus "hands off" (manos afuera), no obstante que eran hijos legítimos de la mala vecindad de lustros *in memoriam*. Vale decir, del "big stick" o *gran garrote*, de los banqueros, los marinos y los constabularios.

Pero después vinieron muchas cosas. Las conferencias interamericanas, una tras otra. Las consultas de Cancilleres anfictionicos. Los convenios para la defensa continental. ¡Y todo en sentido todavía antibolchevique, porque al fin empezó la guerra, —no en la forma prevista en Munich—, cuando el 23 de agosto de 1939 Rusia y Alemania firmaron su famoso pacto de no agresión! De modo que comenzó la guerra, mas no de momento contra el *ateo materialismo moscovita*, sino contra el *munichismo espiritual* de las potencias democráticas occidentales.

Las cosas empezaron a cambiar con el inopinado ataque de Hitler al Soviet (22 de junio de 1941); con la Carta del Atlántico, (agosto del mismo año); pero, principalmente, cuando se produjo el ya citado bombardeo de Pearl Harbor por el Japón.

Entonces se volvieron demócratas nuestros dictadores tropicales, y se dieron prisa en bajar retratos ahora inoportunos, para poner en su sitio los óleos de Roosevelt, de Mr. Churchill y en ocasiones hasta del Mariscal Stalin. ¡Demócratas para la exportación, que aprovechaban la coyuntura con ánimo de recibir y agradecer el apoyo de los préstamos y arrendamientos!

* * *

Mas los pueblos, que algo cuentan, alzábanse según podían contra prácticas tan civilizadoras co-

mo el palo, la cárcel, el destierro, los fusilamientos. Y aprovecharon la campaña democrática de los nuevos Aliados para abrirse paso, y hasta las armas que enviaba Washington para servirse de ellas y echar por la borda a sus Generalísimos democratizados. La Carta de Atlántico, hoy olvidada, servía de bandera a los pueblos oprimidos, sobre todo aquellas cláusulas en que la paz y la felicidad del sér humano eran la meta final de tanto dolor y de tanto sacrificio.

Fueron derrotados, en plena guerra del segundo frente, algunos tiranos en países de América que luchaban por su libertad. Otros, en cambio, se salvaron. En abril de 1945 murió, infortunadamente, Mr. Roosevelt. En agosto de ese mismo año cayó la primera bomba atómica sobre Hiroshima, y días después otra más efectiva y convincente sobre Nagasaki.

En esas condiciones, vencidos ya los alemanes y los italianos, tenía que terminar la gran matanza de millones de hombres por un mundo mejor. Colgaron los italianos a Mussolini en un gancho de carnicería. Hitler no fué más que sombra y esqueleto. Su plana mayor de criminales, juzgada en Nuremberg, se balanceó en la horca. Los creadores, los intérpretes y los jefes de la doble doctrina totalitaria nazifascista estaban ya vencidos, juzgados, condenados. Mas el fascismo, en distintas formas, seguiría viviendo, y habría otra vez de clamar contra el peligro del fantasma que siempre lleva en sus estandartes la reacción mundial.

Y sin haberse firmado paz ninguna entre vencidos y vencedores, a los cuatro años largos de haberse puesto fin a la lucha; en pugna de gigantes las dos más grandes potencias de la actual postguerra; desorientados y aturcidos los pueblos

con las nuevas e insinceras propagandas de *democracia o comunismo* —como si sólo hubiera los dos extremos de Wall Street y de Moscú—, se encuentra otra vez Hispanoamérica, y nos encontramos los hombres nacidos en una o en otra de las repúblicas hispanoamericanas, frente al dilema de que atacar al fascismo y a la dictadura en nuestro medio es lo mismo que defender a Rusia, y que hablar a estas alturas con frases del Presidente Roosevelt y con puntos concretos de la Carta del Atlántico, no es otra cosa que declararse uno comunista y ofender a los Estados Unidos.

De modo que la democracia, a juzgar por los vientos que soplan en el mundo, no puede concebirse sino como anticomunismo. ¡Y los demócratas, sobra explicarlo, tienen que ser, indefectiblemente, enemigos personales del señor Stalin! Don Francisco Franco en España, por ejemplo, y los camaradas Hitler y Mussolini, si volviesen a este asustado y azuzado mundo, dispuestos a firmar un nuevo Munich, en el que de lleno entrarían los japoneses del Mikado, bajo la dirección suprema del General Mc Arthur o de quienes lo han sucedido en Tokio.

Por lo que se refiere a nuestra América ya se ha visto y comprobado que los más grandes demócratas han de ser, igualmente, los que a vozarrón en cuello proclamen su infracálido anticomunismo, supriman a los partidos mayoritarios, asesinen, encarcelen o destierren a sus opositores. En el Caribe, verbigracia, el Generalísimo antisoviético don Rafael Leonidas Trujillo; en Centroamérica, por no haberle quitado a tiempo las armas de los préstamos y arrendamientos, el no menos antisoviético Generalísimo don Anastasio Somoza; y en Venezuela, en Colombia y el Perú, mediante el cuar-

telazo, el fraude y toda suerte de violencias, los que hicieron tabla rasa con la voluntad popular, representada en Acción Democrática, en el Partido Liberal y en el Aprismo.

Se sostienen todos ellos —cayó en Colombia el feroz falangista Laureano Gómez, aclarándose a medias la situación trágica de aquel país, pero el número de bárbaros se equilibra con Batista en Cuba—, confiados y seguros, fortalecidos actualmente con mejores y más modernos equipos de otra buena vecindad incomprensible, que no es ni mucho menos la buena vecindad que predicaba el Presidente Roosevelt.

Criterio religioso sobre capitalismo y comunismo.—Miles de millones de dólares para armamento.—Otros tópicos que nos atañen, en relación con una tercera gran carnicería

PARA mayor extrañeza y desconcierto de las naciones hispanoamericanas —indudablemente católicas pero potencialmente libres y potencialmente democráticas—, todo movimiento que implique oposición a regímenes dictatoriales pero indulgentes, o anhelos de paz ante la histeria belicista, se considerará como impía maniobra para hacerle el juego a Rusia. ¡Y maniobra de mala ley, inspirada desde luego por el Soviet y por los enemigos de la Iglesia católica, puesto que “la doctrina comunista es y tiene que ser atea”!

Está de por medio, cabe recordarlo, la excomunión de su santidad Pío XII contra el comunismo y sus simpatizantes, entre los cuales puede acomodar el Santo Oficio a quienquiera que sea

republicano en España, por ejemplo, o simplemente demócrata en América. Sólo se salvaría quien se inclinara ante el gallego peninsular o ante los criollos, zambos y mestizos que entre nosotros mandan fusilar, y le rezan después un credo y un rosario solemne al desaparecido.

Sin embargo, en artículo muy reciente del Conde Della Torre, portavoz del criterio pontificio, se hace un interesante estudio sobre el problema comunista, del cual bien vale la pena extraer unas pocas frases como las siguientes:

“El comunismo, cuando se le separa como sistema económico de su filosofía, no es la antítesis, lo opuesto y la contradicción de la doctrina cristiana, como lo es el capitalismo. El comunismo llega a serlo, sólo cuando profesa y aplica el ateísmo. Es una superestructura ideológica, que empaña y mancha el origen y el contenido económico de su pensamiento y de su función social”.

Agrega más adelante el Conde Della Torre en su bien documentado estudio (“Osservatore Romano”, órgano si no oficial por lo menos oficioso de la Santa Sede, número correspondiente al 8 de mayo de 1949), una serie de consideraciones sumamente severas contra el régimen materialista, de lucro, de iniquidad y de ignominia, que suele confundirse con la civilización occidental.

“El capitalismo no tiene pensamiento —dice el escritor católico italiano—, no tiene superestructura o raíces ateas. Es ateo en su estructura misma. El oro es su Dios y no Aquel que ha proclamado de qué manera el oro, venga de la tierra o de la fábrica, de la propiedad o del trabajo, debe ser accesible a todos. El capitalismo es ateo, no en una filosofía que no tiene, sino en la práctica que

es toda su filosofía: deseo insaciable de ganancia, rapiña, avaricia, violencia y dominación”.

* * *

Bastan estos párrafos para que uno se confirme más en la idea de que las contradicciones del mundo contemporáneo son de todo orden, incluso en materia religiosa, con la inevitable desorientación de grandes sectores humanos. Ya no se sabe qué es efectivamente materialismo, ni espiritualismo, ni piedad cristiana en su mejor sentido. Se confunden hasta los más expertos estudiosos cuando se habla de *teorías exóticas*, que no son a veces sino la interpretación simplista del ideario democrático, en su aspecto económico. Y el confusionismo se hace todavía más intrincado cuando se multiplica el número de etiquetas.

¡Hasta los fanáticos del infantil izquierdismo al rojo vivo —que quieren dar saltos de siglos, en meses o en semanas—, miran despectivamente, con aire de superioridad y de conmiseración profunda, a los que no han llegado al *sancta sanctorum* de su dogmática capilla, tanto o más infalible que la del Papado!

Ya se verá, entonces, que las citas que he creído necesario hacer sobre la actitud del Vaticano, y sobre la opinión de uno de sus más conocidos expositores, no obedece a jacobinismo de ninguna especie —al cual me considero ajeno—, ni al afán tampoco de hacerle ambiente a ninguna clase de extremismos de índole doctrinaria, política, social o económica.

Sirvan estas transcripciones únicamente para orientar un poco a nuestros países, de tal manera que los dirigentes centro y sudamericanos, más o menos fervorosos en su catolicismo, puedan sacu-

dirse el miedo y sus escrúpulos cuando se trate de defender a Hispanoamérica, sin gritos ni demagogias, contra la explotación y el dominio de los voraces capitalistas que hablan de defender a Dios y a la Iglesia. ¡Pero que estarían con los jefes del Soviet, si allí les dieran concesiones y les dejaran el petróleo y los Urales, aunque los rusos siguieran siendo cada vez más ateos y comunistas!

* * *

Acerca de estos tópicos tengo a la mano una Carta Pastoral del Obispo de Badajoz, don José María Alcaraz y Alenda, fechada el 25 de noviembre de 1947. En ella nos presenta dicho prelado a Hernán Cortés como al más angélico de los conquistadores, que se lleva la palma en "servir a Dios y dar luz a los que estaban en tinieblas". Reproduce, para demostrarlo, cristianísimos párrafos del verdugo de Cuauhtémoc, dirigidos al Emperador Carlos V. He aquí una pequeña muestra: "Dios Nuestro Señor fue servido de me hacer medio por donde los naturales de esta tierra viniesen en su conocimiento".

Mas espíritu tan tierno como el que se respira en las Cartas de Relación de don Hernando, quien daba más importancia al oro de los indios y a sus riquezas materiales que a la salvación de sus pobres almas, queda al descubierto, ciertamente mal parado, allí donde Bernal Díaz del Castillo asegura en el capítulo CXXXV de su famosa Historia de la Nueva España:

"Acordó Cortés con los oficiales del Rey, que se herrasen las piezas y esclavos que habíamos habido, para sacar su quinto después que se hoviese primero sacado el quinto de su Majestad". Y a continuación explica el delicioso cronista es-

pañol cómo se hizo el pregón y en qué forma fueron reunidos los indios para herrarlos y sacar el doble quinto, tanto del Rey como del Conquistador.

Serán los lectores quienes puedan opinar en definitiva, con estas aclaraciones a la vista, tocante al pretexto religioso como explicación de tantas luchas y de tantas atrocidades a lo largo de la Historia. Afortunadamente nuestros pueblos, por su memoria ancestral de siglos, por su extraordinaria subconciencia que viene de generaciones, no han de creer ya en *cruzados* que quieran reconquistar el Santo Sepulcro —en esta época—, con las bombas atómicas y con los asesinatos en masa a que conduciría una nueva guerra.

Y comprenderán de igual manera, quienes no sólo sean alfabetos de la letra escrita sino también del raciocinio, que no es posible aceptar como válida la tesis de que por tercera vez vayan a la muerte millones de hombres, con el fin piadoso de acabar con “la barbarie de los orientales”, y sacar a flote los desinteresados principios democráticos de la llamada civilización occidental. ¡Una civilización que ha provocado pavorosas hecatombes, matanzas horrendas, con ofrecimientos demagógicos que nunca se han cumplido!

En una nueva carnicería del género humano, acelerada con los estallidos de la técnica y de la producción nuclear, no jugarían otro papel nuestros países que el de víctimas propiciatorias en las grandes batallas de los gigantes. Y al final de cuentas nuestra situación de retraso, de servidumbre, de miseria desgarradora, sería la misma que hemos sufrido y presenciado después de dos guerras mundiales, en las que simbólicamente tomamos parte, más en esta última que en la primera, por

defender la justicia y proclamar como nuestra la democracia.

¡Una justicia, en su aspecto internacional —de los poderosos hacia los débiles—, de la cual carecimos y seguimos careciendo! ¡Y una democracia interior que en parte no tenemos, que no podremos alcanzar, mientras magnates de afuera sigan financiando y armando a los más sanguinarios enemigos de nuestros ideales democráticos!

* * *

El panorama de nuestras repúblicas toma tal aspecto, que los más inofensivos convenios interamericanos han venido a convertirse, mal interpretados y peor impuestos, en arma contra la libertad y contra la evolución democrática del hemisferio. Se apoya a sistemas militaristas o dictatoriales, se les da la mano y se les reconoce. Entonces el Secretario de Estado del Presidente Truman, Mr. Dean Acheson, afirmó que tales reconocimientos "no deben interpretarse como señal de aprobación de un gobierno o de su política, sino como garantía de que se respetarán los intereses del capital extranjero".

Se intensifican las provocaciones y los preparativos para la nueva y anunciada conflagración entre los Aliados de ayer, y se pretende forzar a nuestros gobiernos para que tomen su sitio anticipadamente en la contienda, con base en el Pacto de Ayuda Mutua de Río de Janeiro. Suscrito ese documento en 1947, hoy se tiene el propósito de ponerlo en vigencia con efecto retroactivo, dándole el mismo carácter que al Pacto Antisoviético del Atlántico Septentrional, firmado y aprobado dos años después, durante el período más agudo de la guerra fría.

Incluso en la subestimación económica se advierte el eclipse de la buena vecindad. Miles de millones de dólares se facilitan a las naciones europeas con fines guerreros, supuestamente para que el comunismo atrabiliario no le cause daño a la inofensiva democracia. Por supuesto que Hispanoamérica, de acuerdo con Mr. Acheson según se dijo antes, recibirá también *ayuda de guerra* —que nuestros pueblos en realidad no piden, ni necesitan, ni desean—, por el equivalente ya mencionado de cien millones de dólares. Pero en este caso somos nosotros quienes ayudaremos a los fabricantes de armas, pues tendremos que pagar el equipo bélico al contado, contra documentos de embarque. ¡Es fácil advertir la diferencia que hay entre el Pacto del Atlántico Septentrional y el de Ayuda Mutua de Río de Janeiro!

En contraste con *nuestra erogación* de cien millones, el Presidente Truman ha puesto en marcha un programa que autoriza el gasto inicial de Dols. 1.314,010.000.00, en armas y suministros militares, “con objeto de ayudar a los países amigos de los Estados Unidos a enfrentarse al comunismo”. (Associated Press, 6 de octubre de 1949). Se aprobaba por otra parte en la misma fecha (6 de octubre) una segunda partida de Dols. 5.809,990.000,00, para reforzar el Plan Marshall, acelerando así la rehabilitación de Europa.

A los *países atrasados* en cambio, entre los que ocupa preferente lugar la comunidad hispanoamericana, se les prestará asimismo ayuda técnica —vale la pena repetirlo—, con una partida de 35 millones de dólares, y algunas otras cantidades de capital privado. Siempre, por supuesto, que garanticemos plenamente la inversión; que las utilidades

puedan convertirse, sin contratiempo ninguno, en flamantes dólares americanos, para que los accionistas reciban sus dividendos en el extranjero; y que los felices empresarios petroleros, mineros, bananeros, de industrias extractivas, simple y llanamente, no se vean expuestos al tétrico peligro de las expropiaciones. (Associated Press, Washington, 6 de octubre de 1949).

* * *

Mientras leo estas noticias realmente acoquinadoras, pienso en la munificencia de los Estados Unidos después del tratado de Versalles, según se pudo ver en páginas anteriores de este trabajo. Y tomo entonces algunos de mis apuntes y recortes de estos últimos meses. Encuentro entre ellos uno que indica cómo se está repitiendo el mismo fenómeno del Plan Dawes y del Plan Young, suscritos después de la primera guerra. Los títulos de ese mensaje, fechado en Francfort, son suficientes para comprender lo que está sucediendo y lo que ocurrirá más adelante:

"El milagro de resucitar al Reich lo está haciendo el Tío Samuel".— "A tres mil setecientos setenta millones de dólares, centavos más o centavos menos, asciende la cantidad empleada por el Gobierno de Washington para fortalecer a su vieja enemiga. Nadie hubiera creído durante la guerra que, después de haberlo bombardeado y casi destruido, Norteamérica hiciera tales esfuerzos para reconstruir al derrotado Imperio Alemán".

En seguida informa la agencia noticiosa Reuter en qué forma se han hecho las erogaciones,

agregando al final que se han invertido sumas mucho mayores en financiar a la patria de Mussolini, antiguo aliado del Reich, a los japoneses y a la economía de Francia, que no ayudó mucho ni cosa parecida a la causa democrática mundial, salvo mejor opinión, durante la época de Pétain y de Laval.

¡O sea que en realidad ganaron la guerra las tres potencias agresoras, y los satélites del Eje Roma-Berlín-Tokio-Madrid, a pesar de la Carta del Atlántico y de los treinta millones de muertos, mutilados y desaparecidos que se lanzaron a luchar contra el nazifascismo en aras de la democracia!

Pero el caso de Inglaterra es el más elocuente para el punto de vista hispanoamericano —como se verá en el acápite final—, por lo que pueda relacionarse con el coloniaje de la Gran Bretaña, inmovible hasta la fecha en nuestro hemisferio.

El 18 de septiembre de 1949, con cifras oficiales, detalladas y comprobadas, escribió Walter Lippmann desde Washington, que las deudas de Inglaterra por préstamos y arrendamientos ascendieron a la suma de *treinta mil millones de dólares*, aparte de catorce mil millones de otros compromisos con su propia Comunidad del sistema esterlino.

Vacías las arcas del tesoro inglés en 1945, necesitando además mayores sumas, Estados Unidos dió por liquidados los treinta mil millones de dólares que Londres le adeudaba, y le concedió un nuevo empréstito de cuatro mil millones —a cuenta de los que se le seguirían otorgando posteriormente—, sin que en esas cantidades se incluyan los beneficios del costosísimo Plan Marshall.

Comentario final, en el que se explica cómo Hispanoamérica se acoge a la convivencia humana, en pugna con la bomba atómica

ANTE el espectáculo de esta danza de cientos de miles de millones de dólares —sin beneficio civilizador, sin mejoramiento cultural, sin nada que no fuera o sea en lo futuro destrucción y matanza—, es natural que los hombres de América, de nuestra olvidada y escarnecida Hispanoamérica, seamos presa de malos pensamientos —si así quiere llamárseles—, o de sospechas ciertamente comprensibles.

¿Será injustificado creer que sucedió algo misterioso en la IX Conferencia Internacional Americana de Bogotá, a propósito del coloniaje, Gran Bretaña, estos dineros y la abstención del Secretario de Estado, general George C. Marshall?

¿Qué motivos lo indujeron a repudiar la tesis anticolonial; tesis inatacable y nobilísima de liberación humana, que hubiera sido —cabe suponerlo y afirmarlo— la de Benjamín Franklin, la de Abraham Lincoln, la del segundo Presidente Roosevelt y los mejores espíritus de su propio país?

Tal vez pensaba entonces el Secretario de Estado en la necesidad de ciertos traspasos de colonias. Acaso —bien podría pensarse— en la urgencia de que el territorio de Belice, indebidamente ocupado por la Gran Bretaña, pudiera pasar a manos de los Estados Unidos, como base estratégica para lo que ha dado en llamarse la defensa continental. De ese modo se redondeará el control militar, político y económico de todo el Istmo centroamericano, que para su desgracia —podría ser

para su ventura—, tiene en su territorio las rutas canALERAS de Panamá y de Nicaragua.

¡Fuerte contribución se les exige a nuestras pequeñas y débiles repúblicas, incluso la pérdida de su soberanía, para que no se ahoguen la libertad y la democracia en otros Continentes!

* * *

En semejantes condiciones, no le queda otro remedio a Centroamérica que volver los ojos a la paz, sin peligrosas alianzas con ningún poder extranjero. La paz con todos los pueblos de la tierra. Y la paz interior, en el corazón mismo de los hombres, liberados de la miseria y de la desesperación. La paz de los ciudadanos en relación con sus gobiernos, libremente electos alguna vez, progresistas y humanos. La paz entre los cinco Estados, ayudándose mutuamente, estudiando y resolviendo sus propios problemas, hasta fundirse de nuevo en una sola y libre nacionalidad, consciente de sus derechos y de sus deberes, que sea modelo de sensatez, de verdadera democracia y de justicia ante los demás países de América y del mundo.

Dolorosa es la experiencia de nuestros movimientos cuartelarios y nuestra participación, a título de *comparsas*, en dos guerras internacionales. Pero más cruel será todavía nuestro destino, y el de toda la América Española, desde México hasta Magallanes, si por andar de escuderos en la guerra de los gigantes, nos exponemos a ser aniquilados por la bomba atómica.

Tendremos, por consiguiente, que buscar otros caminos. ¡Nuestros propios caminos! Ya quedaron señalados: justicia para todos, sin sátrapas ni dictadores; democracia efectiva; auténtica cultura; apretada cohesión hispanoamericana, sin demago-

gia, sin gritos ni desplantes, con serenidad y con inteligencia, evitando las rutas extraviadas de la *civilización occidental*.

Y tocante a la buena Norteamérica, la no belicista, la no imperialista, la no explotadora, acercarnos a ella, hasta conseguir que la solidaridad continental no sea cosa de Wall Street, del Pentágono, de la OEA, de los malos gobiernos, de los monopolios succionadores ni de los "quislings" criollos, sino de lo mejor de una y otra parte del Continente. Volver, en otros términos, a las prácticas del buen vecino, pero no a base de tanques ni de bombarderos de propulsión a chorro, que no nos hacen falta, ni tampoco en el plano metafísico de los hosannas o de las abstracciones. Porque resulta que nos estamos volviendo prácticos, seguramente por oír que se habla tanto de materialismo.

Queremos, entonces, que la buena vecindad no sea literatura jurídica, sino algo más concreto. Venta de nuestras materias primas a un precio adecuado. Salarios y prestaciones justas a los trabajadores de las empresas concesionarias norteamericanas, sin que se hable por ello de *ideas exóticas* o de *comunismo*. Impuestos equitativos, en fin, sobre utilidades del capital monopolista que explota nuestras riquezas naturales.

* * *

Con un programa tan simple, tan alejado de extremismos, estaremos sembrando la paz más firme en el hemisferio occidental. Habrá dificultades para realizarlo, no cabe duda, y no por voluntad exclusiva del capital extranjero, sino antes bien por la debilidad, la corrupción y el entreguismo cómplice de nuestros propios dirigentes.

Porque así como hay una España inconfundi-

ble, ancestral y eterna, de honda raigambre democrática, y una anti España franquista o fernandina, también tenemos nuestra Hispanoamérica y la anti América Española, con sus "grandes cerebros" domesticados. Y están de igual modo a la vista las dos Norteaméricas de que ya se hizo referencia. Pero viene a suceder que no existe lo que pudiera llamarse la anti Norteamérica, porque los norteamericanos saben lo que quieren y a dónde van. Y en eso nos llevan la ventaja.

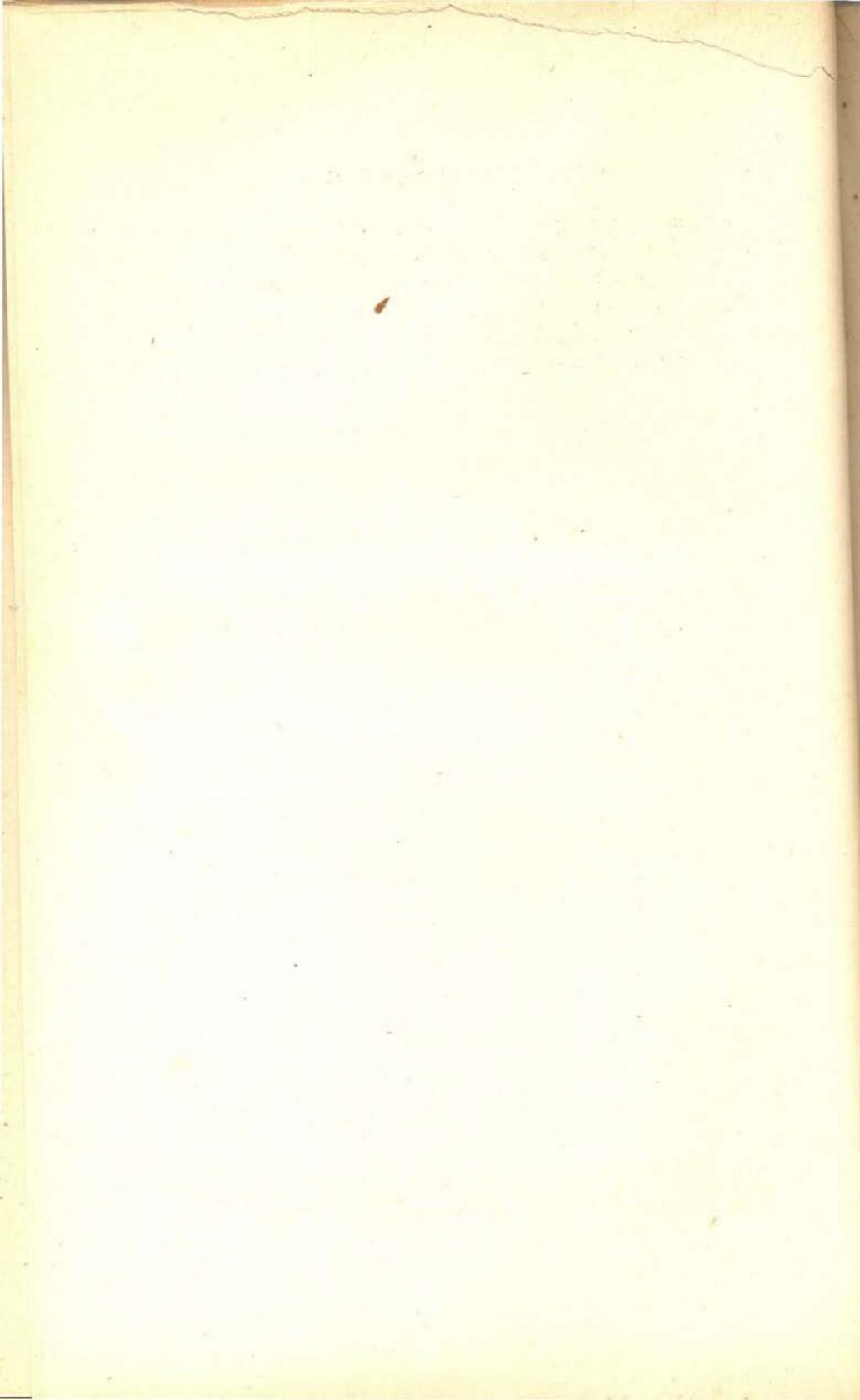
Será cuestión entonces de imitarlos en lo bueno y en lo constructivo, de saber lo que queremos y hacia dónde vamos. Ya se dijo antes, para empezar, que el materialismo nos está volviendo prácticos, a tal extremo que en resoluciones económicas estamos en trance de occidentalizarnos. El contagio, por lo mismo —para tranquilidad de personas timoratas—, será más bien de civilización occidental y no de orientalismo.

¡Civilización occidental en su más noble sentido de convivencia humana! Vale decir, sin andrajos; sin millones de hombres, de mujeres y de niños desnutridos; sin paludismo ni campesinos descalzos; sin la oprobiosa miseria en que nacen, viven y mueren nuestras grandes mayorías desposeídas.

¡Convivencia humana! Será necesario repetir que no es otro el problema fundamental de nuestra América, como lo es también en el resto del planeta. Y la convivencia humana es problema de paz y no de guerra; de elevar al siervo de la gleba hasta la ciudadanía; de oxigenación profunda en nuestro medio; de *militancia defensiva*; de vencernos y superarnos a nosotros mismos; de borrar o arrancar de la mente, de la vida hispanoamericana, todo aquello que ha formado, por intereses o codicias

de adentro y de afuera, la antítesis de lo que puede y debe considerarse como nación o patria.

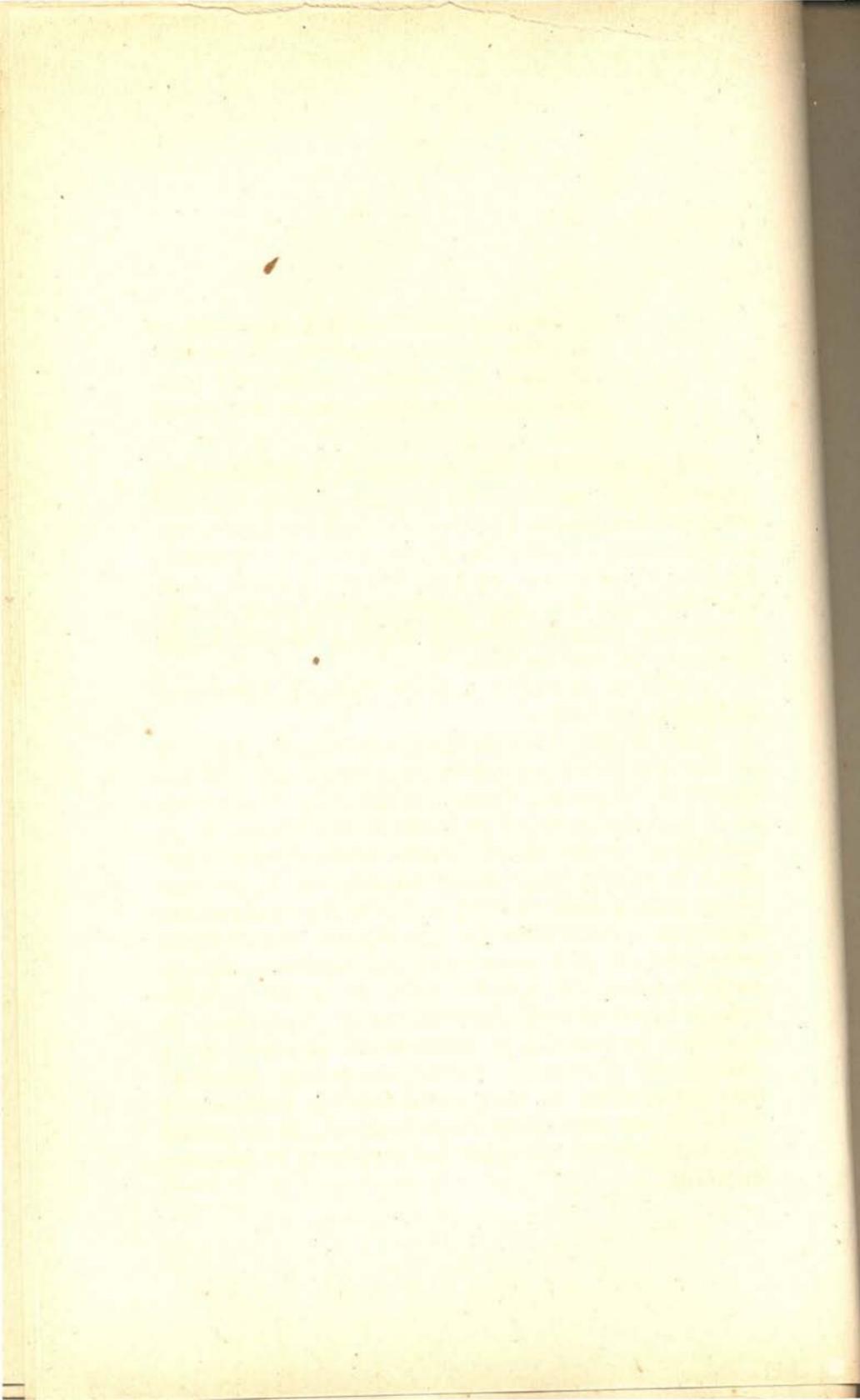
Sólo en esa forma estaremos preparados para ocupar el sitio a que tenemos derecho en el concierto de los países realmente *civilizados*, ajenos al torbellino de la *supercivilización* atómica.



¿QUE QUIERE HISPANOAMERICA? *

(Diálogo optimista, en el que se vuela por el presente y se viaja por el pasado para darnos ánimo).

* Con excepción de los dos capítulos primeros, reconstruidos para actualizar este trabajo, los demás se publicaron en El Suplemento de "El Nacional", México, D. F., junio y julio de 1950.



I

¿Consignas rusas o golpes de cuartel en el clima hispanoamericano?—¡A cuartelazo dado, espaldarazo servido!—La realidad es más elocuente que la propaganda

—Los artículos, los reportajes, los frecuentes agravios que publican en la gran prensa mundial ciertos columnistas, políticos y *expertos* norteamericanos contra determinados hombres y gobiernos de Hispanoamérica, es cosa sabida y averiguada que obedecen a un plan preconcebido para atemorizarnos y restarnos fuerza. A un plan que forma parte de la guerra fría.

—¿De la guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética?

—Sí, señor. Porque bien saben estos agentes de los piadosos magnates succionadores, de las beatíficas empresas cuyos dividendos se reparten en el exterior, que no se trata de sovietismo ni de consignas rusas en el clima hispanoamericano. ¡Bien lo saben, pero toman ventaja de la histeria bélica para cobrar su cheque, o son rematadamente ingenuos o infantiles! Lo que hemos tenido como promedio en seis repúblicas de América, agudizado a partir de 1948 —año de la IX Conferencia Internacional Americana de Bogotá—, es el golpe de cuartel, el dominio de sátrapas y de dictadores, destierros, encarcelamientos, asesinatos, *genocidios*, la más sangrienta y continuada burla de los principios democráticos, la negación más constante y absoluta del respeto a la persona humana.

—¿Y qué hacen las democracias para evitar semejantes atropellos? ¿Qué hace la Organización de Estados Americanos? Pues entiendo, salvo su mejor parecer, que la OEA podría aplicar y hacer que se respeten los principios aprobados en tantas reuniones continentales.

—Lo que hacen algunos gobiernos más o menos democráticos es cerrar los ojos, acogerse a lo que llaman *no intervención* e *intervenir* sobre la marcha, de hecho y de derecho, moral y materialmente, al saborear los mismos caldos y sentarse a la misma mesa con los dictadores. ¡A cuartelazo dado, espaldarazo servido! Tocante a la mitad más uno de los señores de la OEA, ni siquiera tienen que cerrar los ojos, porque de antemano los llevan bien cerrados. Lo esencial para ellos es no desentonar. En otras palabras, hacerle "segunda" y formarle coro a la gran voz que señala, como canto de mal agüero, como el graznido del tecolote, los graves riesgos de la *infiltración comunista*.

* * *

—Quiere decir, entonces, que para estos caballeros lo malo está en que se nos vaya *infiltrando*, entre las espuelas de los rejoneadores y el látigo de sus capataces, el grosero materialismo pestilencial de los rusos y de los chinos; el ateísmo impío; el modo de vida detestable de otras regiones del planeta, tan diferente de nuestra bienaventuranza —¡Dios me valga!— y de la finura espiritual y religiosa del sin par capitalismo anglosajón.

—Exactamente. Siguiendo la voz del norte, sólo le temen o *simulan* temerle al comunismo. ¡Y a falta de comunismo organizado, al simple recelo de infiltración bolchevique! Lo demás, lo concreto,

lo tangible, lo condenable de nuestra América, los atropellos de las dictaduras, los golpes de cuartel, los destierros, los asesinatos, la angustia y el dolor de millones de seres humanos, no es cosa que pueda discutirse en la mesa común de sátrapas, de imperialistas y demócratas a medias. Soslayan por consiguiente el problema fundamental de estos países, para tranquilidad de la tertulia. Y muy a su gusto hablan entonces de la *infiltración* eslava —¡¡horror!!—, cuyo contagio destruiría todo lo bueno que tenemos y lo mejor que aún se nos espera.

—¿Y qué sería lo mejor?

—Lo mejor, verbigracia, sería un aumento en dólares al Punto Cuarto de Mr. Truman, ofrecido por Mr. Eisenhower y por el bondadoso belicista Mr. John Foster Dulles. ¡Siempre, por supuesto, que los santos grandes y sus propagandistas del Kremlin —tan sagaces para engañar y corromper a los *pueblos atrasados*—, no nos tuerzan hacia las expropiaciones, revisión de contratos, mayores impuestos a los “inversionistas”, la rebelión y el desorden!

—Se sigue de todo eso que los círculos financieros de Wall Street, tan ligados actualmente con el Gobierno republicano de Washington, no le temen en realidad sino al movimiento continental de liberación económica, que inició México y ahora están poniendo en práctica Guatemala y Bolivia. De lo contrario no atacarían esos justos anhelos arraigadamente nacionalistas, en la forma en que lo hacen, desvirtuando sus principios y cebándose en sus dirigentes. Ni amenazarían con intervenciones, que en esta era quieren hacerse más o menos anfictionicas o multilaterales. Ni serían aliados y protectores tan decididos de nues-

tros regímenes de fuerza, creyendo conservar así sus privilegios.

—Lo son, sin embargo, querido amigo; y esa es la tragedia, el desequilibrio material y ético del Continente, que en pocas palabras, siempre repitiéndome, vuelvo a resumir: ¡Lo peor de Estados Unidos, en estrecha connivencia con lo peor de Hispanoamérica! Se explica entonces por qué está en entredicho la buena vecindad, mal parado el Panamericanismo y en evidencia sus herederos de la OEA. Y por qué se acogen todos juntos a la enseña del fantasma moscovita, a peligros remotos, casi abstractos, potenciales hasta la fecha, que nada tienen que ver, por otra parte, con nuestra propia realidad hispanoamericana.

* * *

—Creo, como usted, que es más de temer el peligro inmediato, lo que nos debilita y nos corroe, lo que ya llevamos dentro, que los males y quebrantos de Europa, de África o del Asia. La dictadura, el entreguismo, la falta de visión política y social en sentido hispanoamericano, el ser *comparsas* y no nosotros mismos, he ahí lo tangible y condenable de un sector al menos de nuestra realidad. Porque hay otro núcleo, desde luego, cuyos aspectos luminosos habrán a la postre de imponerse.

—Así es. Se impondrá lo mejor en nuestra América, cuando sepamos auscultarnos valerosamente, estudiar y resolver nuestros problemas, enmendar nuestros errores, proclamar sin titubeos nuestra verdad. ¿Y cuál es nuestra verdad en esta postguerra de valores invertidos, de exaltación de lo falso, de apetitos voraces, de locura que da grima, de manicomio suelto? Veámosla, siquiera

desde el punto de vista militar o cuartelario en este último lustro, de tal manera que se olviden de fantasmas y dispongan alguna vez de *agenda* substancial para los maestros de ceremonias del panamericanismo, para que puedan discutirla en sus congresos los delegados y los cancilleres, realmente democráticos, de las repúblicas americanas. Bastará con un simple sumario, a partir de la IX Conferencia anteriormente citada de Bogotá, reunida del 30 de marzo al 2 de mayo de 1948, y veremos que no son hombres de izquierda sino de derecha, con uniforme y charreteras, los que han privado a nuestra América de los frutos de la Carta del Atlántico.

—¿Era más democrático el panorama continental, en términos generales, antes que después de esa famosa Conferencia?

—Sí, hasta cierto punto. Porque al abrirse en Europa el segundo frente contra el nazifascismo, y redoblar los Estados Unidos su poderío naval y militar contra el Japón, se intensificó también en América la lucha de los patriotas contra los déspotas totalitarios, hasta dar en tierra con algunos de ellos. Había como una euforia mundial de democracia. Pero después del triunfo aliado y de las primeras explosiones de la bomba atómica, ya muerto Mr. Franklin Delano Roosevelt, cuando la gran potencia anglosajona se propuso cortejar, *democratizar* y fortalecer a los países del Eje a duras penas vencido —iniciándose así la guerra fría contra los rusos—, volvieron a levantar la cabeza en nuestro medio las espuelas y las tizonas, con el "slogan" anticomunista en una mano y el machete en la otra, para obtener en esa forma la bendición de Washington.

—¿Y los bendijo Washington?

—Los sigue bendiciendo, como antes bendecía a los gobiernos hispanoamericanos que le declaraban la guerra a Hitler — a control remoto—, y se aliaban o establecían relaciones diplomáticas con Stalin. ¡Cosas increíbles, en las que nos traen y nos llevan desde el norte como don Juan de Sigüenza a su escudero enano, de un extremo al otro, porque no sabemos asentarnos en nuestra propia realidad!

Cuartelazos en Perú, Venezuela y Paraguay.—Campos de concentración en la tierra del Libertador

—¿Cómo explicar ese dualismo, esa actitud a tal extremo contradictoria de Washington? Según he leído, el Gobierno de los Estados Unidos tenía especial interés en que hicieran buenas migas las repúblicas americanas y la Unión Soviética, sin que la Casa Blanca se asustase por entonces con el fantasma comunista. ¿Estaré yo equivocado?

—¿Está usted en lo cierto. Pero empecemos el resumen del paso atrás, de nuestra involución hacia la dictadura, en lo que mucho tuvieron que ver las apreciaciones mal intencionadas del *bogotazo* y el acuerdo, cuyas fatales consecuencias se verían más adelante, de *reconocimiento automático* para los regímenes de fuerza. Y no puede ser otra la interpretación de medida tan inusitada, porque los gobiernos nacidos de la voluntad del pueblo —en los comicios o por las armas, cuando sólo queda ese remedio—, no necesitan ciertamente espaldarazos de afuera. ¿Primeros resultados de la maniobra? El 27 de octubre de 1948 —mismo año del convivio de Bogotá—, cuartelazo en el

Perú. Lo dió con las ametralladoras de los *préstamos y arrendamientos* el general Manuel Apolinario Odría, contra el Presidente legítimo don José Luis Bustamante y Rivero.

—¿Fué entonces cuando el líder aprista, Víctor Raúl Haya de la Torre, logró refugiarse en la Embajada de Colombia, a la que rodean de día y de noche fuerzas armadas del régimen usurpador?

—Ni más ni menos. Con su partido mayoritario fuera de la ley, no obstante que constituye el 73 por ciento del electorado, ajeno por demás al comunismo soviético, comenzaron los encarcelamientos, los destierros, las persecuciones de todos los dirigentes del APRA. Va para un sexenio. Hasta la fecha, febrero de 1954, continúa en su refugio diplomático Haya de la Torre. Y en la mansión presidencial de Lima, cubierto el pecho de condecoraciones, sigue clamando por la democracia don Apolinario.

—¡Ave María con don Apolinario! ¿No habrá quien se le ponga por delante, como a Sánchez Cerro? ¿Como habría que hacer con los de igual jaez para desinfectar a Hispanoamérica?

—Eso se llamaría *satrapicidio*, término que con ceño muy arrugado rechazará sin duda la Academia. Dejémoslo por la paz y sigamos adelante. No había pasado un mes, y el 24 de noviembre otro golpe castrense se registra en Venezuela, bajo la dirección de tres tenientes coroneles, presididos por el Ministro de la Guerra Carlos Delgado Chalbaud, contra el régimen civilizado y democrático del ilustre Presidente consittucional Rómulo Gallegos. Lo mismo que en el Perú, quedó fuera de la ley el partido mayoritario, Acción Democrática Venezolana —82 por ciento del elec-

torado—, tan ajeno como el APRA al comunismo soviético. Y a continuación, lo que siempre ocurre en estos casos y que ya reseñamos con Odría: encarcelamientos, destierros, persecuciones, torturas, asesinatos.

—Si no he sido mal informado, hasta campos de concentración han establecido estos militares, aprendices de Juan Vicente Gómez, en las selvas del Orinoco.

—Así es. Poco, sin embargo, en lo que se refiere a Delgado Chalbaud, habría de durarle el gusto o habría de remorderle la conciencia. Divididos, recelosos, en pugna y espionaje mutuo los triunviros, cayó dicho jefe asesinado dos años después del cuartelazo, el 13 de noviembre de 1950. Domina desde entonces la situación su compañero de aventura, Marcos Pérez Jiménez, muy a su sabor instalado en Miraflores, ya sin junta que lo estorbe, convertido en Presidente a pesar de su derrota electoral, llevándole coronas a Bolívar y preparando la X Conferencia Panamericana, que tendrá lugar precisamente en Caracas, al amparo *democrático* de su cobijo.

—Esa Conferencia —salvo que tenga yo perdido el juicio—, entre tanques y ametralladoras, con las cárceles y los campos de concentración llenos de prisioneros políticos, con lo mejor de Venezuela en el exilio, será un ultraje a Bolívar en su propia tierra.

—No ha sido otro mi criterio. Pero ya tendremos noticia de que ciertos señores delegados, principalmente los de regímenes ignominiosos, se disputarán el primer sitio para rendirle homenaje y cantarle hosannas al Libertador. ¡Y para seguirlo haciendo responsable de la *Pan American Union* y de la OEA, con Estados Unidos a la ca-

beza, como si quisieran mal interpretar esos tribunos las cartas y las proclamas del vidente genial de nuestra América!

* * *

—¿Se atreverán a tanto los delegados de la antidemocracia? Porque para honrar a nuestros próceres, como diría Martí, hay que tener limpio el corazón. Y para tenerlo limpio, para no profanar la memoria de nuestros más altos valores, hay que bañarse en su luz; purificarse con sus ideales; servirle a Hispanoamérica; luchar incesantemente, como ellos lo hicieron, por la independencia, la libertad y la soberanía de nuestros pueblos.

—Se atreverán a eso y a todo cuanto merezca la aprobación del poderoso. Es algo inconcebible. El reflejo, tal vez, de lo que ocurre en otras islas, penínsulas o hemisferios. Se me vienen a la cabeza Franco, Chiang Kai-Shek, Singman Rhee, tantos más. Pero demos fin a nuestro resumen de lo que llamé involución hacia la dictadura, aunque sea en forma casi esquemática, para tranquilidad y alivio de quienes vayan leyendo estos apuntes. Últimos días de enero de 1949 —apenas nueve semanas después del golpe inexcusable contra la democracia venezolana, como si se hubieran puesto de acuerdo todos los espadones—, y también en el Paraguay se hacen dueños del poder la traición y el cuartelazo. Allí da el golpe castrense otro señor Ministro de la Guerra, el general Raimundo Rolón, haciendo caer de su alto sitio al escritor y poeta don Natalicio González, Presidente constitucional de aquella república hermana. Sobra decir que cerrarían el cuadro los consabidos destierros, encarcelamientos y persecuciones para *mantener el orden*.

Golpe fallido en Guatemala.—Dinastía Trujillo Somoza.—Imposición y caída de Laureano Gómez en Colombia

—Parecieran empeñadas en duelo a muerte las armas y las letras, para evitar el dominio de la inteligencia en nuestra América.

—¡Las peores armas, por desgracia, como tienen que ser las de sargentos y tenientes con positizos de general! Y he aquí lo que más duele: apoyados esos gobiernos por intelectuales sin sentido de responsabilidad, quienes al traicionar su pensamiento —cosa del espíritu—, no hacen más que traicionarse a sí mismos. Mas démosle fin a la reseña. El 18 de julio de ese mismo año, 1949, levantamiento fallido de la reacción guatemalteca, con el respaldo de poderosas empresas extranjeras, contra el régimen del filósofo y catedrático doctor don Juan José Arévalo. Esta vez, afortunadamente, triunfaron las letras, las armas leales y el pueblo, que en 36 horas de combate abatieron ese movimiento antihistórico del imperialismo, la ambición de mando y la caverna unidas.

—¡Lucha titánica la de Guatemala, que en nueve años ha saltado del feudalismo más sombrío a la época contemporánea, en batallas incesantes con los enormes intereses creados de adentro y de afuera!

—Va venciendo, sin embargo, y vencerá a la postre, a pesar de la United Fruit, de la IRCA, de la Bond and Share, de la *Internacional de Satrapías* al servicio del Pentágono, de todos los peligros interiores y externos que la rodean. ¡Es una pena, para no decir un asco, que hasta gobiernos vecinos de la misma familia morazánica —o antimorazánica—, y *periodistas de la raza*, sin

noción de lo que significa el periodismo, sean cómplices y sirvan de instrumento al extranjero de mala ley, contra las legítimas aspiraciones de la nación guatemalteca!

* * *

—Es un asco todo eso, no cabe duda. Como lo es, a mi entender, que la *Dinastía Trujillo* —así la llama el "New York Times"— siga perpetuada en el poder de la República Dominicana, y que la no menos pintoresca *Dinastía Somoza* se mantenga ya por cuatro lustros en la infortunada Nicaragua, eterna víctima del vendepatrismo de sus gobernantes.

—Y Mientras el Generalísimo Trujillo se reelegía en la persona de su hermano y Ministro de la Guerra, Héctor Bienvenido; y mientras aquel se presentaba en las Naciones Unidas y en Washington, donde el Presidente de la Suprema Corte lo comparaba con Jefferson, Lincoln, Bolívar y las más gloriosas figuras de América; y mientras Somoza, por su parte, se recetaba un período más para seguir acomodado en el palacio de Tiscapa, se iba fortaleciendo simultáneamente la reacción, el paso atrás, en otras repúblicas americanas. ¡Laureano Gómez en Colombia! Desde el 27 de noviembre de 1949, en plena dictadura conservadora, sin Congreso, sin garantías para nadie, sin consejos municipales, con la nación en estado de sitio, amenazada la ciudadanía con el toque de queda, ausente de las urnas el liberalismo, se declaró electo y entró el 7 de agosto de 1950 en el palacio de la Carrera este bárbaro nazifalangista, civil por excepción, aunque peor en última instancia que los militares. Bien se le podría tomar como reencarnación del ecuatoriano García Moreno, en mitad del siglo veinte, para que les sirviera de azote a

los neogranadinos, o como réplica ominosa de Felipe II, de Fernando VII y de Torquemada.

—¡Terrible situación la de Colombia durante ese trágico período, en el que millares de hombres, de mujeres y de niños fueron víctimas de la más atroz barbarie! ¿Mas no cree usted que al sátrapa se le fué la mano y eso produjo su caída?

—Así lo creo. Se desplomó tan sanguinario inquisidor de su alto puesto, afortunadamente para Colombia, el 13 de junio de 1953. Ahora se consuela de sus crímenes a la sombra del Generalísimo de la anti España don Francisco Franco, quien también le dió su apoyo en 1948, después del asesinato del dirigente liberal Jorge Eliécer Gaitán, cuando tuvo don Laureano que salir huyendo de su patria para salvar la vida.

Autodestitución de don Mamerto en Bolivia.—Lección de Paz Estenssoro.—Cuartelazo de Batista en Cuba

—¿Hay entonces un respiro democrático en territorio colombiano?

—Por lo menos han cesado las matanzas, y ya eso es mucho, aun cuando centenares de cómplices del laureanismo se mantengan en sus posiciones burocráticas y militares, sin contar a los que continúan haciendo de las suyas en el servicio que suele llamarse diplomático.

—De lo cual se deduce que los acontecimientos de Colombia no pueden compararse, por ejemplo, a lo que se está logrando en Bolivia.

—Ni mucho menos. Lo de Bolivia es un *paso adelante* extraordinario. Allí también, después de la Conferencia de Bogotá, tenía que haber un

cuartelazo. ¡Algo único! Se lo dió a sí mismo el propio Presidente sucedáneo don Mamerto Urro-lagoitia, el 16 de mayo de 1951, entregándole el poder indebidamente al general Hugo Ballivián. En esa forma los fusiles y las ametralladoras desconocieron la elección del doctor Víctor Paz Estenssoro, candidato en el exilio del Movimiento Nacional Revolucionario, quien desde su destierro en Buenos Aires había salido triunfante en los comicios el 6 del mismo mes. Sin embargo, a poco andar, el 9 de abril de 1952, estalló la gran revolución nacionalista, ocupó la presidencia legalmente Paz Estenssoro, los militares tomaron las de villadiego, fueron expropiados los magnates del estaño y sobre la marcha se decretó y se puso en vigencia la reforma agraria.

—Es algo que emociona. Un pueblo débil, en la mayor miseria, explotado, traicionado, escarnecido, que se levanta al fin sobre sus pies y va marchando, con paso firme, hacia el cumplimiento cabal de su destino.

—Pero caen unos y otros se levantan, de tal manera que no baje el promedio de los "hombres fuertes". Así, un mes antes de la victoria de Paz Estenssoro en Bolivia, el 10 de marzo, ¡cuartelazo de Batista en Cuba! O sea que de 1948 a 1953, no obstante la campaña de los dictadores, de los monopolios extranjeros y de sus agentes de publicidad contra el peligro comunista, lo único que en realidad hemos tenido en medio Continente —como se expresó al principio y creo haberlo demostrado— es el atraco a la democracia, la alteración del orden y de la paz, la burla más sangrienta de los derechos humanos, y no por gentes ni por partidos de izquierda, sino por la reacción internacional, la multicriolla y la del "big

stick", que quiere ahogar a todo trance nuestros anhelos de progreso, de libertad y de justicia.

*Interpretación lógica del "bogotazo".—
Actitud de Mr. George C. Marshall*

—Me hizo ver usted, si mal no recuerdo, que las torcidas interpretaciones del *bogotazo* influyeron, indudablemente, así como la tesis del *reconocimiento automático* de dictaduras, en el desajuste hemisférico que estamos presenciando. ¿Podríamos aclarar un poco más ese concepto?

—Desde luego. Se habló en la capital colombiana de comunismo, de consignas rusas, cuando el pueblo se lanzó a la calle enfurecido, como consecuencia natural y explicable del asesinato de Gaitán. ¿Y qué pedían millares de voces, no sólo en Bogotá, sino en todas las ciudades, en todas las aldeas, hasta en los más pequeños poblados de Colombia? Lo que el clamor público exigía era la dimisión del Presidente conservador Ospina Pérez, para darle paso al Vicepresidente constitucional de la República don Eduardo Santos, jefe del liberalismo mayoritario. Con el cambio de gobierno acaso se hubiera evitado, o se hubiera, por lo menos, amainado la tragedia. ¿Qué circunstancias hicieron que el doctor Santos se quedara en Nueva York, y cómo explicar la colaboración de los liberales con Ospina, tres horas después del criminal sacrificio de Gaitán, en la misma tarde del 9 de abril de 1948? Las razones de tan extraordinario entendimiento podrían encontrarse, tal vez, sin que sea necesario tener ojos de lince para comprenderlo, en lo inoportuno de un cambio de gobierno estando allí reunida la Conferencia Panamericana.

—Entiendo que cometieron un grave error los liberales, al fortalecer con su respaldo a los conservadores. ¡Error que pagaría más tarde el noble pueblo colombiano, martirizado, ametrallado, perseguido hasta el sadismo por la Falange y los acólitos de Gómez! ¿No será válido el dicho de que “para *godos* buenos los liberales de Colombia”?

—En eso permítame no dar opinión, para evitar que me ocurra lo que al Caballero de la Mancha con Ginés de Pasamontes. Nunca falta en ciertas Embajadas algún truhán o Ginés de la misma catadura, con dicterios anónimos por guijarros, a los cuales no quiero ya exponerme. Diré, a lo sumo, que el 9 de abril falló el cálculo de los políticos. Y no pudo así ponerse coto a la indignación irrefrenable de un pueblo digno, valeroso, ejemplo de civilidad y de cultura, mientras se le gobernó con apego a la justicia y a la ley. Sobrevino entonces el caótico, el terrible levantamiento popular conocido por el *bogotazo*, aprovechando la oportunidad el imperialismo y las fuerzas regresivas para inculpar de la hecatombe a unos cuantos intelectuales y artesanos comunistas, como pudieron haber acusado más bien a los católicos, que forman el 99.9 por ciento de los habitantes de Colombia. Desde ese momento, sofocada la rebelión a sangre y fuego, se creció y se fué extendiendo el contagio de la dictadura a los países antes mencionados, seguros los “hombres fuertes” de que *aplastar al comunismo* sería sin duda su mejor bandera.

—Es la que han empleado, favorecidos, además, con el *reconocimiento automático*. ¿No defendió esa tesis la Delegación norteamericana?

—Votó por ella, como quien no quiere la co-

sa. Para entonces el Secretario de Estado de la Federación anglosajona, Mr. George C. Marshall, general de cinco estrellas, miembro del Pentágono, ex Secretario de Guerra y Presidente de la Delegación de su país en Bogotá, había hecho responsable al comunismo, en varios boletines, de los sucesos del 9 de abril.

—¿No es este militar de tantas polendas en el Estado Mayor, el mismo general Marshall a quien posteriormente, en 1953, se le otorgó el Premio Nobel de la Paz?

—El mismo, sí señor. Fué recompensado con el Premio Nobel de la Paz, seguramente por la *eficacia pacificadora* de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki. Pero volvamos a lo nuestro, no sin tomar un breve descanso que nos permita, con placidez y ánimo sereno, reanudar este diálogo de auscultación hispanoamericana.

II

Codicias y "doctrinas exóticas" de ayer y de hoy.—Algo más sobre Guatemala y Bolivia.—Lo que significa en América la revolución mexicana

—Comprendo muy bien su punto de vista; lo que se buscaba con la falsa interpretación del *bogotazo*; los alcances de lo resuelto en la IX Conferencia. Usted lo ha dicho: acabar, no con el fantasma, no con el espectro, no con lo lejano y abstracto del comunismo, sino con el APRA, con Acción Democrática Venezolana, con la revolución guatemalteca, con expropiaciones como la del petróleo en México, con cualquier movimiento efectivamente realista, francamente revolucionario

en nuestra América. Recuerde usted, a propósito de México, el caso de este gran país hermano, señalado alguna vez como cuartel general del soviétismo, víctima durante largos años de una intensa campaña internacional. Y aun se tuvo que enfrentar con serias amenazas de intervención, como le ocurre hoy a Guatemala, por su peligroso *ideario bolchevique*.

—Así es, en efecto. A la nación mexicana la combatieron y la difamaron despiadadamente los latifundistas y las compañías petroleras, cuando los gobiernos de Carranza, de Obregón y de Calles pugnaban por hacer cumplir los principios constitucionales de 1917. No es posible olvidar las agresivas campañas de William Randolph Hearst y de otros magnates de la gran prensa norteamericana, durante las administraciones de Wilson, de Harding, de Coolidge y de Hoover en desprestigio de México y de sus autoridades, ni cómo recrudeció esa propaganda en la época de Cárdenas. Bien puedo afirmar, una vez más, que en aquellos años estaba en su apogeo la campaña *reaccionario-petrolera* contra la revolución mexicana, así como en estos mismos días—incluso con la amenaza de conspiraciones fraguadas en el exterior— se encuentra al rojo vivo la campaña *reaccionario-bananera* contra la revolución guatemalteca.

* * *

—Es realmente pavorosa la campaña contra Guatemala, que por sí sola, sin el auxilio de nadie de afuera, se logró sacudir la dictadura y pudo iniciar, con paso firme, su marcha de liberación hacia el futuro.

—Ya vimos antes de qué manera proceden siempre los grandes consorcios. Por eso debemos

estar con México, con Guatemala, con Bolivia, aherrajada, vencida, paupérrima —ya lo comentamos en el acápite anterior—; pero que se alza un día contra los militares engalonados y contra los *Mamertos* civiles de barba y levitón, los echa del poder y lanza su reto al insaciable monopolio del estaño, hasta vencerlo y expropiarlo. ¿Es tan grande el retraso de los hombres-guías hispanoamericanos, tan torpe su visión, su entendimiento tan escaso, que siempre han menester de consignas extranjeras para realizar lo que se ha hecho en esos tres países hermanos?

—Claro que no. Lo de Guatemala, lo de Bolivia, es tan profundamente nuestro como la revolución mexicana, primer movimiento libertador y democrático de la época contemporánea, con sus hondas raíces en las guerras de independencia y de reforma.

—Se halla usted en lo justo, pues cronológicamente la revolución de México, en 1910 y en años posteriores, es el primer movimiento con carácter antiimperialista y democrático del siglo veinte. Logró forjarlo este país, antes que Sun Yat-Sen en China y antes que Lenin en el antiguo imperio de los czares. Habría que recordarles a los desmemoriados que la Constitución mexicana de 1917 es anterior a la de Rusia; y que no fué producto de *teorías exóticas*, sino de las más legítimas aspiraciones nacionales, entre ellas la ya citada expropiación petrolera, que pudo a la postres substanciar en 1938. De ahí el encono de los potentados extranjeros, y su obsesión contra toda tendencia *nacionalista* hispanoamericana. No entonces, por temor a la doctrina de Marx y Engels, sino por temor a impuestos y a expropiaciones semejantes en otras repúblicas de la buena

vecindad, como presentían que iba a sucederles en la Colombia de Gaitán, en el Perú de Haya de la Torre, en la Venezuela de Gallegos y de Rómulo Betancourt; y como les ha ocurrido en Guatemala y en Bolivia.

—¿De manera, en resumen, que los grandes consorcios no le temen efectivamente al comunismo, como doctrina filosófica, sino que lo emplean como bandera para asustar a los pazguatos, atraerse a los militares y perseguir a los patriotas o nacionalistas?

—La Historia y el panorama actual del Continente son nuestra mejor respuesta. Tenga usted seguridad de que en el caso concreto de México, por mucho que los monopolios hablaran y sigan hablando de comunismo, de Lenin, de Stalin, de *infiltraciones* soviéticas o moscovitas, bien saben que el poder de resistencia de los mexicanos, su espíritu avanzado, sus ansias de libertad y de justicia, no son cosa del Kremlin ni de ningún poder extraño. Porque en México, con resonancia continental, tienen fuerza Hidalgo, Morelos, Juárez, Zapata, Carranza, Calles, Obregón, Cárdenas, el artículo 27 y el artículo 123 de la Carta Magna de Querétaro, los filósofos, los escritores, los poetas, los músicos, los pintores, las conquistas y los hombres *lealmente revolucionarios*, en pugna con los intereses feudales y con las codicias de la explotación extranjera.

¡Todos, menos Costa Rica, a Venezuela!.—Lo que haría Bolívar en la Conferencia Panamericana de Caracas.

—Estoy de acuerdo con usted, no sin agregar que los mismos errores, los mismos sistemas de

propaganda y de calumniosa publicidad, la misma táctica ofensiva que los magnates y sus agentes de negocios emplearon contra México, se están aplicando a los países de nuestra América que quieran liberarse.

—Ciertamente. Ya hemos comentado lo de Colombia, ante el peligro que Gaitán significaba para los imperialistas de afuera y para el nazifalangismo de adentro; lo del Perú con el APRA; lo de Guatemala con Arévalo y con Arbenz; lo de Bolivia con Paz Estenssoro. Insistamos en el caso de Venezuela, por ser la tierra del Libertador. ¡La de Acción Democrática, que se les enfrentó a las empresas omnipotentes del petróleo, hasta obtener para la nación el 50 por ciento de las utilidades! Claro que esa Venezuela realista, de soberanía popular, de democracia efectiva, no era la misma de Juan Vicente Gómez, ni de la Junta Militar que traicionó, sin dejarlo gobernar, al ya mencionado intelectual de corazón y manos limpias, Rómulo Gallegos. Así se explica que desde el norte le dieran al trío de tenientes coroneles pronto espaldarazo, mantenido hasta la fecha en el autonómbrado Presidente Marcos Pérez Jiménez.

—Pero más que de Washington, el espaldarazo tiene visos de ser continental. ¡Pues no será bajo el régimen de este militar —según hemos dicho en el presente diálogo— que va a celebrarse la próxima Conferencia Interamericana? Y entiendo que acudirán al convivio, además de los domesticados personajes de la OEA, dispuestos a no perder el besamanos, todos o casi todos los gobiernos de nuestra *anfíctionia hemisférica*.

—¡Todos, con excepción de Costa Rica! Unos, para defenderse de acusaciones y agravios, no

obstante que habían resuelto no asistir. Tal es la situación de Guatemala, para que no la condenen en ausencia. Costa Rica, en cambio, resolvió con criterio antidictatorial no presentarse a la cita, a pesar de que contra su Presidente, José Figueres —por querer cobrarle mayor porcentaje de utilidades a la United Fruit—, anunció la cofradía Trujillo que mandará documentos terriblemente comprometedores, ¡demostrando que también es comunista! Tres o cuatro harán allí acto de presencia, para demostrar con decisión que aún vive Hispanoamérica. Y los demás, créamelos usted, se pondrán bajo el signo *anticomunista* de las dictaduras *comparsas*. ¡Es como para que sientan la ignominia y el dolor de América, con la sangre golpeándoles las sienes, los que piensen todavía en Bolívar!

—¡Si Bolívar resucitara y entrase de pronto, con su gloria y con sus armas, en el salón de sesiones de esa magna burla caraqueña!

—Se armaría entonces la de San Quintín, querido amigo. ¡La de sustos y carreras! Espada en mano haría el Libertador que desalojaran sillones y pupitres los dominicanos de Trujillo; los nicaragüenses de Somoza; los cubanos de Batista; el canciller salvadoreño, por su *disparadero de condecoraciones* a todos los déspotas; los peruanos del señor Odría; el santafereño pintiparado, que en aquel recinto quisiera alzar su voz en nombre de la cultura y de la libertad, después de haberle servido al bárbaro de Gómez; el propio Pérez Jimenez, en fin, con su gran atuendo, muy adornado de medallas y de charreteras.

—Pero ya repuestos proclamarían los “quislings” en coro, no le quepa duda, que nuestro ínclito caraqueño había llegado a su ciudad natal

con instrucciones de Moscú, para echar a perder la muy animada Conferencia.

—Es lo probable. ¡Habría que verlos, sin embargo, en el momento de la sorpresa! Habría que ver la cara de cualquier Embajador, Ministro o Delegado de gobernantes sátrapas o entreguistas, que desde lo alto de la tribuna estuviese hablando precisamente de “la gloria inmarcesible de Bolívar”, de la Carta de Jamaica, del Congreso de Angostura, de Boyacá, Pichincha y Ayacucho, al entrar en asamblea tan en pugna con su heroicidad, sus prédicas y sus ideales, el genio tutelar de nuestra grande pero empequeñecida, de nuestra valerosa pero sacrificada, de nuestra inmortal pero siempre moribunda Hispanoamérica.

—Lo encuentro pesimista. . .

—No. Pesimista no. ¡Adolorido con el dolor de América! ¡Caído el ánimo ante la epidemia y la endemia de ciertos hombres y gobiernos, incapaces de comprender y encauzar el destino, la fuerza moral, la misión civilizadora, el alto sitio que podría ocupar en esta crisis del mundo la cultura hispanoamericana!

Luces de colores derraman sobre el mundo los burócratas internacionales, pero no nos resuelven el problema.

—Penosa en grado extremo, hasta cierto punto desoladora por lo que estamos reseñando, es la situación de algunas repúblicas americanas.

—*Hasta cierto punto* desoladora; *hasta cierto punto* como dice usted, porque la inquietud anda por dentro. En el subsuelo, como si dijéramos. En la conciencia de los hombres dignos y en la subconciencia de la masa popular escarnecida. Acer-

ca de la Conferencia de Caracas, concretando, lo mejor de Hispanoamérica: en México, Chile, Uruguay, Ecuador, Bolivia, Guatemala, Costa Rica; los más auténticos valores venezolanos, peruanos, cubanos, dominicanos, nicaragüenses y de otras nacionalidades hermanas en el exilio; los grandes diarios y revistas en nuestro idioma, han externado su oposición a que se reúna semejante asamblea bajo auspicios cuartelarios. Se advierte así el hervor que hay en América. Y cuando eso estalle, tenga usted seguridad de que no ha de ser por sugerencias moscovitas. Porque no se trata de comunismo, querido amigo. Se trata de defender la decencia, el decoro, el espíritu de libertad y democracia de nuestros pueblos. Se trata de independencia y de soberanía. Se trata, lisa y llanamente, de un hondo clamor que viene de siglos. Y de intelectuales responsables, de senadores, diputados, sindicatos obreros, tribunos, patriotas, en fin, que ven la realidad y hacen esfuerzos para superarla, allí donde la incapacidad, el entreguismo, el cuartel y el machete se impusieron a la inteligencia.

—¿Y cómo cree usted, en términos generales, que podrá superarse la realidad hispanoamericana?

—*Hispanoamérica sólo podrá superarse con hispanoamericanismo.* En términos más claros, con lealtad a lo propio nuestro; sin ofrendar lo que hemos alcanzado de democracia, con muchos dolores y quebrantos, a la engañosa democracia mundial; sin sacrificar lo que ya tenemos de libertad, por la libertad de otros; sin permitir que nuestras riquezas potenciales se conviertan en lucro del succionador nativo o extranjero. Es cuestión de conservar y de mejorar, en suma, un doble

patrimonio: el espiritual y el material. Así salvamos nuestra cultura y elevamos, siquiera en nutrición e higiene, el pavoroso nivel de vida de inmensas mayorías desposeídas.

* * *

—Me parece que con su tesis —al menos con parte de ella—, están de acuerdo prestigiosos economistas, sociólogos, comités de senadores norteamericanos, hasta el Embajador viajero Milton Eisenhower y los técnicos de la CEPAL. Todos han llegado a la conclusión de que en nuestros pueblos los salarios son ínfimos; la alimentación insuficiente; primitiva la vivienda; generalizada la miseria y aterradora la insalubridad.

—Sí, en esa parte de la tesis no hay discrepancia entre lo que está a la vista del más superficial observador, y entre las sabias conclusiones a que llegan los comités y los congresos de tantos organismos como los que vienen derramando, tras mucho pensarlo, discutirlo y aprobarlo, sus luces de colores sobre el mundo. Y después de horas, semanas, meses, años de concienzudo estudio y de dedicarse a la preparación de imponentes estadísticas, han tenido la clarividencia de agregar que todo mejorará —¡claro!— “cuando se eleve el nivel general de ingresos y de consumo”.

—¡Lo que habrá de servir, por otra parte, para que se disuelva la tromba o amenaza del comunismo por desesperación!

—Exactamente. Eso dicen también. Pero en cuanto un país de los *atrasados*, para ponerle remedio al mal y evitar la temida infiltración, se resuelve a tomar medidas económicas que lesionen en lo más mínimo las exorbitantes ganancias de los monopolios, se arma inmediatamente la

oposición de *los perjudicados*. Y guardan entonces prudencial silencio los técnicos o burócratas internacionales, tan dados a diagnosticar la dolencia como resistentes a curarla.

De qué manera sin auxilio exterior, sin el Punto Cuarto, podríamos ayudarnos a nosotros mismos con lo propio nuestro

—Pareciera, efectivamente, que vivimos en un mundo de locura.

—¡De locura, de contradicciones, de codicia sin freno! ¿Y qué piden, por qué luchan los hispanoamericanos conscientes, los no entreguistas, los enemigos de concesiones y de privilegios? ¿Qué quieren, para no necesitar el gracioso respaldo financiero de ninguna gran potencia? Menos, mucho menos en el aspecto fiscal, que el "income tax" de los Estados Unidos. Menos, mucho menos, en legislación obrera, que los salarios y las prestaciones que el Presidente Roosevelt y el Presidente Truman obtuvieron para los trabajadores norteamericanos. Catorce dólares y setenta centavos de dólar diarios ganan actualmente los mineros del carbón en Estados Unidos, por seis horas y media de trabajo. Menos, mucho menos, y no por día sino por semana de lunes a sábado, quisiéramos nosotros para los seres humanos que prestan su duro servicio de siervos a los señores feudales, o de peones a destajo a los omnipotentes concesionarios extranjeros en Hispanoamérica.

—Para ahogar ese deseo, seguirían conspirando contra el gobierno progresista de cualquier país *atrasado*; vale decir, colonial, los encomende-

ros criollos. Y desplegarían los monopolios toda la fuerza de su propaganda, para evitar una baja de dividendos entre sus accionistas.

—Indudablemente que la desplegarían. Ya hemos visto que la están desplegando. ¡Agitación comunista! Esa es la campaña, con una dosis más o menos variable de persecución y de cárcel, allí donde aún prevalecen los *regímenes domesticados*, que suelen hablar y ametrallar en nombre de la democracia. Y sin razón. Porque los consorcios anglosajones que han encontrado su edén del Bravo al sur, tienen que pagar fuertes cantidades al tesoro de las metrópolis del capital de origen. ¿Acaso no nos ofrecen su cooperación económica los Estados Unidos, para fortalecer *todavía más* la solidaridad continental americana? Pues el mejor apoyo sería no oponerse a una justa participación de Hispanoamérica en los ingresos de las compañías que explotan su riqueza, aun cuando Washington cobrara menos. Así tendríamos manera de ayudarnos a nosotros mismos, *con lo propio nuestro*, sin necesidad del Punto Cuarto de Mr. Truman.

* * *

—Sigo creyendo que el problema es de muy difícil solución, y que los concesionarios de afuera, con la complicidad de la caverna de adentro —para poner a buen recaudo *los valores eternos del espíritu*—, seguirán hablando de *doctrinas exóticas*.

—Sin duda que los agentes y los propagandistas de las grandes empresas, los ingenuos y los de mala fe, seguirán hablando de doctrinas exóticas. Nos queda la esperanza, sin embargo, de que esa bandera se desacredite cada vez más. Vuelvo a decir que no fué otra la campaña de Hitler, de

Mussolini y del Mikado venturoso, a quien el beatífico general Douglas Mc Arthur logró dejar completamente *cristianizado*. ¡La misma campaña, pues, del Eje totalitario nazifascista, cuando destripando niños y mujeres, bombardeando ciudades abiertas, quemando vivos a cientos de millares de judíos, le repetían al mundo los de la cruz gamada que estaban defendiendo la civilización occidental! ¡La misma campaña, en resumen, de Franco y su Falange, de la reacción internacional más oprobiosa, de nuestras trágicas o pintorescas satrapías hispanoamericanas, increíblemente fortalecidas después de la segunda conflagración mundial! Pero así sopla el viento de la postguerra y de la fenecida Carta del Atlántico, a tal extremo que únicamente por audacia o por temeridad puede alguien referirse a problemas como los que aquí se esbozan, aunque sólo se inspire el escritor de estas latitudes en el ideario y en la visión de nuestros viejos próceres. No queda otro camino, sin embargo, que hacerle frente a la situación y plantear lo que deseamos, sin demagogias ni frases descompuestas, no importa que la Santa Alianza de hoy nos ponga nuevas y muy vistosas etiquetas subidas de color, como la Santa Alianza del siglo diecinueve se las ponía a nuestros antepasados más gloriosos.

*Urgencia de revisar la Historia, para
vencer nuestro complejo de inferioridad*

—No acierta uno a comprender tan inexplicable fenómeno de amnesia como el que actualmente se observa en los cuatro puntos cardinales, incluso frente al genocidio, o tan delictuoso desconocimiento de la Historia entre gentes enteradas,

responsables de dirigir y orientar a la opinión pública.

—Los responsables de dirigir y orientar a la opinión pública, por la misma situación confusa del mundo, por la histeria de guerra, por temor al *macarthismo* y lo que eso significa, ni la dirigen ni la orientan: antes bien, la descaminan. Claro que hay excepciones. Excepciones brillantes, como las hubo en la etapa gloriosa de la independencia, en las luchas de reforma, en nuestros propios días. ¡Pero cuánto han padecido, y en qué forma han terminado los hombres de excepción en nuestra América! Hidalgo, Morelos, Bolívar, Sucre, San Martín, O'Higgins, Morazán, Bello, Montalvo, Juan Rafael Mora, Alfaro, Sandino, no terminaron sus días con la placidez de Washington, de Jefferson, de Hamilton, de Franklin. Los que no acabaron frente al paredón o víctimas del asesinato, humillados hasta la ignominia, cerraron sus ojos en el ostracismo, llenos de dolor y de amargura. Desde entonces se encumbraron los caudillos, de mayor o menor categoría, y los innumerables letrados cómplices, a quienes ya hemos tenido oportunidad de referirnos.

—¡Mas no hemos de esperar en esta etapa crucial del sér humano, contradictoria y atómica sin duda, pero de mucha luz, gas neón, sinfonías y discursos de la UNESCO; no hemos de esperar una vuelta a los próceres, y que se conceda más valor al raciocinio que a los gritos y a los disparos de la montonera, como remate de tanta prédica sobre justicia, libertad, *un mundo nuevo* y la eficacia de los principios democráticos?

—Así ha de ser, porque si de nuevo perdemos la cabeza, ya no habrá manera de encontrarla. Lo esencial es que nos podamos entender nosotros

mismos. Entonces estaremos preparados para proclamar nuestra verdad y defendernos. ¿De qué? No, por supuesto, de imputaciones abstractas sobre simpatías o antipatías hacia determinado sistema de organización social, o hacia tales o cuales disciplinas filosóficas. ¡Ni demagogias ni fantasmas! Porque si ahora se emplea un espantapájaros como pretexto de una gran potencia *materialista*, para combatir a otra gran potencia, acusada igualmente de *materialismo*, mal andaríamos los hombres de América si dejamos lo nuestro, para lanzarnos en aventuras en las que quedaremos como "El Ingenuo" de Voltaire, encerrado con un jansenista en la Bastilla, después de su combate contra los ingleses para defender a Francia, a su patria, enemiga a la sazón de los británicos.

—Es aleccionadora, sin duda, la experiencia de las dos guerras mundiales.

—¡La experiencia de ayer, la de hoy, la de siempre! Bastará recordar que en épocas pasadas el fantasma fué, por ejemplo, la masonería, otra vez perseguida ferozmente por los falangistas; y para los católicos franceses, los hugonotes horripilantes de Calvino; y los católicos británicos, con el cadalso enfrente, para Enrique VIII, para la reina Elizabeth y para Cromwell; y para el Santo Oficio, la herejía; y el "liberalismo pestilencial", para los absolutistas españoles de Fernando VII en la península y en ultramar, aunque en el fondo de tanto *espiritualismo* solamente hubiese las más bajas codicias de príncipes, tetrarcas, corsarios y negreros.

* * *

—Codicias de las grandes potencias, en cuyos choques siempre salen perdiendo los peque-

ños, ilusionados de salir ganando con enseñar los puños y tomar partido.

—Ilusionados, creídos de ello, los que no saben leer o buscan falsas maneras de interpretar la Historia. En esta crisis, sobre todo, hay que conocer la Historia, volver los ojos al pasado, para darnos cuenta de lo que sucede ahora y de lo que probablemente ocurrirá mañana. Porque estamos padeciendo una situación muy parecida a la que tuvieron que afrontar nuestros antepasados, cuando se rebelaban contra el coloniaje, contra la injusticia, contra la tiranía de la metrópoli. Será bueno repetir que se les atacó a ellos, inmisericordemente, por su "liberalismo pestilencial". Se nos ataca hoy a otros "pestilenciales", porque condenamos la nueva forma de coloniaje en que han caído nuestros países, y porque nos oponemos a los vendepatrias y a los déspotas que son el lastre de América.

—Pero lo peor, a mi juicio, es que tengan acogida en periódicos hispanoamericanos las informaciones degradantes, generalmente interesadas, que suelen publicar y transmitir las grandes agencias extranjeras de publicidad, citadas por usted cuando empezamos esta plática.

—Es cosa lamentable, desde luego, porque así aumentan la desorientación y el confusionismo. Algunas de esas informaciones, también lo hemos comentado, sólo pueden tomarse como una grave ofensa a la intelectualidad y al pensamiento de nuestras veinte repúblicas. ¿Será necesario insistir en que se nos presenta a los hispanoamericanos como a hombres incapaces de pensar por nosotros mismos, perdidos en el mundo si no tenemos la inspiración de Roma, de Berlín, de Washington,

ahora de Moscú y mañana de cualquiera otra gran potencia?

—Me parece interesante su punto de vista, por referirse a la subestimación de nuestros valores. Y no sólo por parte de extranjeros inescrupulosos, sino también entre nosotros mismos, tan divididos en mitad del siglo veinte como a principios del diecinueve. ¿Acaso los "pelucones" cavernarios no llamaban *afrancesados* a los caudillos de la independencia? ¿Y no se les excomulgaba? ¿Y no los condenaba la Inquisición como "ateos", "deístas", "libertinos", "protervos", "reos de lesa majestad divina y humana"?

—Ciertamente. Pero al fanatismo y a las pasiones domésticas de la época, a la falta de comprensión y a la intolerancia posteriores, tenemos ahora que agregar la falta de comprensión y la intolerancia para lo nuestro, más allá de las fronteras hispanoamericanas.

—¿Y cree usted, ante el poderío de las empresas periodísticas del exterior, que se nos oiga, que se tomen en cuenta nuestras razones, que podamos enfrentarnos a la difamación y al escándalo?

—Por lo menos, querido amigo, debemos intentarlo. Porque si seguimos dando la callada por respuesta, acabarán por neutralizarnos, en distintos frentes, los grandes consorcios. Y no, según se dijo antes, por lo que ellos saben que no es comunismo, sino elemental defensa de lo propio. ¡Actitud congruente, por otra parte, con la política de buena vecindad! La cuestión es que domine el aplastante derrotismo que nos da vueltas en la sangre. Así comenzaríamos a demostrar que somos capaces de pensar y de proceder por nosotros

mismos, sin que nadie de afuera nos lleve de la mano.

III

Precursores y libertadores cumplieron su misión cuando debían cumplirla.—Obra inconvencible de la generación de 1810

—Comparto su idea de que estamos obligados a demostrar que no somos vasallos, menos todavía en el aspecto intelectual. Sobre todo al advertir que se nos juzga de la peor manera precisamente por ese derrotismo, por ese complejo de inferioridad que usted señala, al que no hemos podido o no queremos enfrentarnos.

—No cabe duda que nos hace mucho daño ese derrotismo atávico. Derrotismo, tratándose de intelectuales, por temor o por necesidad. Temor a la cárcel, al exilio, a tantas desventuras como sufre el hombre de pensamiento frente a la tiranía. ¡O frente a presiones internacionales, tratándose de políticos, como la que tienen que soportar nuestros débiles países, en la histeria casi general de manicomio suelto que actualmente se padece! Todo eso: temor, complicidad, ambición de las cosas menos espirituales; pánico a los "slogans" con la hoz y el martillo; desmoralización completa ante los nuevos tribunales del Santo Oficio: todo eso que satánicamente empleaba Goebbels en su propaganda, y que ahora usan sus imitadores y sus herederos en diversos idiomas —con muchas palabras democráticas—, nos resta fuerza, nos va debilitando, conduce a vigorizar el derrotismo y nos mantiene vivo el complejo de inferioridad.

—¿Y cómo luchar victoriosamente contra ese complejo, contra ese derrotismo?

—Ahí está el problema. Lo indicado —y tengo que repetirme sin remedio— es enfrentarse a él para vencerlo. Ser nosotros mismos. Auscultarnos, conocernos, justipreciarnos. Saber qué nos hace falta, cuáles son nuestras aspiraciones y nuestras posibilidades, qué dirección hemos de seguir para lograrlas. Y tomar entonces nuestra ruta, *la nuestra*, con los ojos muy abiertos. Naturalmente que otros hombres y otras culturas, en caminos paralelos, van marchando a nuestro lado. Porque nadie habla de aislamientos imposibles, cuando bien sabemos todos que la interdependencia es ley ineludible de la época contemporánea.

* * *

—Seguir, pues, el ritmo de la vida en esta era de tan hondas transformaciones, adaptándonos a ella, habría de ser nuestra mejor política.

—Adaptándonos a ella, y procurando tomar de la civilización lo que para nosotros tenga de adaptable. Dicho en otros términos, lo inteligente es aprovechar de países y de civilizaciones más o menos avanzadas, orientales y occidentales, cuanto encontremos de útil para superarnos, espiritual y materialmente, en nuestro propio medio; vale decir, dándole color y sabor hispanoamericano. No hicieron otra cosa nuestros próceres de 1810 con los ideales de la Enciclopedia. Cuando avizoraron que había llegado la hora de ponerle fin al coloniaje, trajeron los principios de la Revolución Francesa: soberanía del pueblo, derechos del hombre y del ciudadano. ¡Los principios! Pero no importaron la guillotina ni aceptaron compromisos, fórmulas o consignas extranjeras para hacer la independencia.

—Es cierto. Los hombres de 1810 no trajeron instrucciones o mandatos del exterior, todo enla-

tado, como quien dice, para emplearlo en la realidad americana. Durante quince años se batieron por la libertad, en terribles y sangrientas batallas desde México hasta Buenos Aires, sin el apoyo oficial, abierto y decidido, de ningún gobierno de afuera.

—Antes al contrario, tuvieron que enfrentarse a todos las fuerzas de la reacción. Internas o de *quinta columna*, auspiciadas por los asustadizos "pelucones". Y exteriores, primero con Fernando VII y después con la Santa Alianza. Pero vencieron al fin nuestros abuelos, siquiera en el sentido de autonomía en relación con la metrópoli. Era natural que vinieran después muchos quebrantos, ajustes y reajustes, el dominio posterior de los caudillos, asonadas militares, incluso nuevas formas de dominación extranjera. Pero al coloniaje en su aspecto africano, en su aspecto territorial, lo abatió para siempre en tierra firme la revolución de independencia, exceptuando Belice, las Guayanas y, por supuesto, las regiones insulares que ya no eran españolas, por haber caído en poder de otros imperios.

—Efectivamente, la obra inconmovible de la generación de 1810 fué haberle dado fin al coloniaje territorial. ¡Grandes figuras las de esos hombres, como lo fueron también sus precursores! Recuerdo el caso de Miranda, de Antonio Nariño, de Mariano Moreno, de Camilo Henríquez, del licenciado Verdad, de Fray Melchor de Tamalantes.

*No fracasó Miranda, ni fracasaron
los próceres de nuestra independencia*

—¡Grandes figuras, indudablemente, las de 1810 y las de sus precursores! ¡Dinámica, sobre to-

do, la del ilustre antecesor de Bolívar, don Francisco de Miranda! Va, viene, recorre Europa. Pelea después, con mando de fuerzas, en la guerra de independencia norteamericana. Acude posteriormente a la batalla de Francia, la Francia revolucionaria, cuando arremeten contra ella los ejércitos de las monarquías coaligadas del viejo mundo. Es amigo de sabios y de artistas; de gobernantes, de damas principales y de políticos influyentes; de todo aquel que pueda ayudarlo en su propósito de libertar a Hispano América.

—¡Se hicieron famosas las reuniones de lo mejor de Europa en casa de Miranda, quien nunca dejó de ser profundamente americano!

—Sí, señor. Sus tertulias en París y en Londres; sus pláticas con el Ministro Pitt; la franca y reiterada exposición de su punto de vista al representante diplomático de los Estados Unidos; su proyecto de que la América Española, *una vez libertada*, pudiera formar una alianza con las dos democracias de habla inglesa, contra toda clase de absolutismos y de monopolios; incluso el plan que presentaba de una gran nación autóctona, con príncipes que no fuesen prestados sino propios, de antigua raíz americana, regido el Gobierno por la ciudadanía mediante un parlamento de diputados y de senadores; su contacto con las logias masónicas, con diversos núcleos revolucionarios y con los jóvenes más brillantes de este hemisferio, a los que fué iniciando y orientando para la próxima lucha; todo eso indica hasta qué punto Miranda, criollo puro aunque de formación europea, era esencialmente hombre de América. ¡Y cómo quiso que vieran las gentes del viejo mundo —avisadas con su cultura y señorío, con su elocuencia y su magnética personalidad, siempre hablándoles de

independencia para que no quedase duda—, que este Continente no era el Africa; y que al romper sus ligaduras con España, nunca más sería colonia ni protectorado de ninguna gran potencia! Solicitó ayuda, ciertamente, al Gobierno de la Gran Bretaña, como pudo haber insistido en pedir su respaldo a la Emperatriz de Rusia, y como era lógico que esperara algún apoyo de sus amigos de Francia y de los Estados Unidos: Washington, Adams, Jefferson; pero no para entregar a su patria sino para libertarla.

—No pudo lograr su empeño, sin embargo. Fracasó su expedición de 1806 y fracasó en 1812, cuando tuvo que capitular ante el jefe realista español, capitán de fragata Domingo Monteverde.

—A mi entender no fracasó Miranda, ni fracasaron los demás precursores, no obstante que muchos de ellos terminaron su vida en la prisión o en el cadalso. Tampoco fracasaron los que habrían de seguirles en nuestra gran revolución de independencia. Cumplieron su destino en el momento oportuno, evitando que pasáramos como colonias de unas manos a otras, cuando era ya inevitable el derrumbamiento del Imperio Español. Bien vale la pena repetir que esa fué la obra incommovible de los próceres.

* * *

—¿Qué hubiera sucedido si se esperan, “si quiera sesenta años”, como lo ha expresado paternalmente el Generalísimo antiespañol de la Falange, don Francisco Franco y Bahamonde, metido a historiador y a sociólogo?

—Opina al respecto mi querido amigo, el erudito escritor y ensayista venezolano don Mariano Picón Salas, que si los próceres se esperan puede

asegurarse que, en gran parte de América, no leeríamos a Lope ni a Cervantes. Y como sucede en Belice, en Jamaica, en la Guayana o en Barbados, andaríamos semidesnudos en trapiches y en cañaverales; fabricaríamos ron para ponerle marca inglesa; y estaríamos bailando en las lunadas, al són de los tambores, el cuchi-cuchi y el can-can.

—¿Piensa usted, entonces, que si los insurgentes se retrasan habría sido nuestra América víctima propiciatoria de nuevos atracos colonizadores?

—Parte de ella, sus regiones más débiles e indefensas, hubieran caído en poder de otras metrópolis: Londres desde luego, Washington después. Basta revisar la Historia. Las guerras periódicas de Inglaterra, de Francia, de Holanda y sus corsarios o piratas contra el poderío español, se libraban generalmente en aguas y tierras de América. La cuestión era vencer a España en sus dominios de ultramar y arrebatarle territorios. No pudieron hacerlo en las grandes ciudades interiores de la altiplanicie de los Andes, ni en el Virreinato del Río de la Plata. Allí los criollos y los mestizos, en defensa de lo propio, ya tenían fortaleza material y espiritual suficiente para respaldar a las autoridades y enfrentarse a la invasión. Pero tanto Inglaterra como Francia, los Países Bajos y hasta Dinamarca, sí lograron sentar sus reales en diversas Antillas y en puntos accesibles de la costa. De esa manera, al finalizar el siglo dieciocho, había perdido España las Islas Vírgenes, las Bahamas, Antigua, San Cristóbal, Tortuga, Monserrat, Barbados, Jamaica, Martinica, Guadalupe, Curazao, Aruba, San Jorge, Bonaire y muchas más de las Antillas menores, de indudable valor estratégico en futuros asaltos a la tierra firme.

—Fatalmente, de manera inevitable, se desmoronaba el Imperio Español.

—Todavía en 1802, entrado pues el siglo diecinueve, tuvo España que ceder a Londres la isla de Trinidad, de la que Inglaterra había logrado apoderarse en 1797. Y así como Su Majestad Británica tenía puestos los ojos en la entrada del Orinoco y en su porción substanciosa de la Guayana —cabe suponer que pensando en El Dorado de Sir Walter Raleigh—, así también los posaba en el futuro canal interoceánico por Centroamérica. Para eso ya estaban los discípulos de Hawkins, Drake y Morgan cortando maderas en Belice. ¡Y siguen cortándolas, mientras le pasan el serrucho a su heredero de sangre y acreedor de dólares en este lado del mar, para que pueda el Tío Samuel defender la democracia y vigilar sus rutas canaleras de Panamá y de Nicaragua!

Jurisconsultos mexicanos emitieron opinión en 1924, sobre el posible traspaso de Belice

—¿Sospecha usted que Belice está ligado con el problema del Canal y con el peligro que por estos mundos corre la democracia?

—Preferiría contestar a esa pregunta como don Quijote al cura, en la gozosa discusión del Yelmo de Mambrino: “Por Dios, señores míos —dijo don Quijote—, en lo de declarar si esa es albarda o jaez, no me atrevo a dar sentencia definitiva: sólo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes”. Vuestras mercedes, para el caso, serían algunos jurisconsultos mexicanos, al margen de cualquier maniobra rusa. Y por si alguien titubea-

ra, sus palabras al respecto datan del 22 de agosto de 1924.

—¿Hace más de un cuarto de siglo! ¿Quiénes son y qué dijeron esos jurisconsultos?

—Vea este recorte del diario "Excelsior" del 22 de agosto de 1949, en la sección "Hace 25 años". Se refiere a una transformación en la propiedad de Belice, y a la posibilidad de que allí establezcan los Estados Unidos una base naval. Explica dicho periódico que "interrogados los juristas mexicanos, casi unánimemente consideran que esto representa un grave peligro, no sólo para México sino para toda la América Central". Reproduce a continuación frases textuales del Lic. don Ramón Prida, del Lic. don Eduardo Pallares y del Lic. don Miguel Alessio Robles. Todos opinan, sintetizando, "que sería funesto para México que los Estados Unidos tuviesen en Belice un punto de apoyo".

—¿Piensa usted lo mismo?

—Exactamente lo mismo. El dominio militar de Belice y de nuestras rutas canaleras, sea por Estados Unidos o por alguna otra gran potencia, era un grave peligro en 1924 y lo es mayor ahora, no sólo para México, sino desde luego para las pequeñas repúblicas centroamericanas. Sería como pedirles o exigirles, en beneficio de la libertad y de la democracia en el resto del planeta, que sacrificaran su independencia y su soberanía. Hasta dónde Washington y Londres estén de acuerdo en un traspaso de territorios o de "contratos madereros", para saldar tantos miles de millones de dólares como andan por ahí volando, no es cosa que pueda fácilmente averiguarse. Pero sí debo afirmar, en cambio, porque lo palpé en la IX Conferencia Internacional Americana de Bogotá,

que causó profundo estupor la actitud *abstencionista* del Secretario de Estado Marshall, frente a la tesis anticolonial de nuestra América. ¿Qué designios anglonorteamericanos se querían poner a salvo, aparte y con perdón de los ideales democráticos? No quisiera insistir en este punto, sin embargo de ser tan digno de muy hondas reflexiones, para continuar en lo que estábamos.

De cómo los ingleses, a cañonazo limpio, querían salvar a Hispanoamérica de la infiltración bonapartista

—Decía usted que en 1802, ya muy entrado el siglo diecinueve, tuvo España que ceder a Londres la isla de Trinidad. Y entiendo, para volver a nuestro tema, que cuando los ingleses se apoderaron de esa llave del Orinoco, ya el Gobierno británico estaba bien enterado de los planes libertadores de Miranda.

—Indudablemente que sí; pero no perdía Londres la ilusión de aumentar sus dominios en América, llegando a creer que le sería fácil capitalizar, en su provecho, el disgusto de los criollos revolucionarios contra la monarquía española. Bien asegurada la isla de Trinidad por el Tratado de Amiens de aquella fecha, con el Orinoco al frente y más arriba. El Dorado, era cuestión de esperar con británica flema, y de adelantársele a Miranda en el momento propicio. Llegamos así a 1806, precisamente cuando el vigilado precursor, sin llamarse a nuevo engaño sobre la actitud de Inglaterra, había resuelto precipitar su famosa expedición del "Leandro", organizada en Estados

Unidos a como hubiese lugar, arrostrando graves peligros y exponiéndose a toda clase de dificultades.

—Dificultades de tan diversa índole, que no pudo el precursor con ellas.

—No pudo en realidad con ellas. Pero sigamos dándole vueltas a este capítulo de nuestra Historia, para poder interpretarla correctamente. Llegamos, pues, a 1806, año en que tiene lugar una coincidencia realmente extraordinaria. ¿Quién se le adelanta a quién? Porque a su vez la Gran Bretaña moviliza otra expedición a toda vela, que a su debido tiempo se dividiría en tres flotas para caer sobre Buenos Aires, Chile y la propia Venezuela. En esa forma contestaba el Gobierno inglés a las propuestas de Miranda. ¡Un plan de independencia y de futuro entendimiento, comercial y democrático, pero con nuestra América mestiza libre y soberana, no era cosa que halagase a los británicos!

—Ya usted lo dijo: Londres no quería aceptar que fuésemos algo distinto del Africa tocante a coloniaje.

—Y por no aceptarlo; con el temor o el pretexto de que Napoleón pudiera extender su poderío a las colonias de España en América, parte de la marina inglesa de Sir Home Popham asaltó efectivamente a Buenos Aires, con alevosía y ventaja, en junio de ese mismo año, capitaneada por el general William Carr Beresford. ¡Entonces sí comprendió Inglaterra que no era ilusoria sino real la tesis de Miranda! ¡Entonces sí pudo comprobarse la madurez y la razón de América! Porque no obstante que el Virrey Sobremonte huyó despavorido hacia las sierras de Córdoba, la población civil: hombres, mujeres y adolescentes,

al mando de don Juan Martín de Pueyrredón y del marino y militar don Santiago de Liniers; el paisanaje argentino, en suma, rechazó a los británicos con tal denuedo, que apenas si lograron acercarse a sus embarcaciones y hacer proa de las popas al sufrir descomunal derrota, a poco más de un mes, el 12 de agosto de 1806, reculando a toda prisa mientras podían virar y unirse a las demás fuerzas navales de Su Majestad. ¡Las fuerzas destinadas, ni más ni menos, a la defensa o *deglución británica* de Chile y Venezuela, de modo que así quedaran a salvo nuestros bisabuelos de la ferocidad bonapartista!

* * *

—O sea que los ingleses, pretendiendo apoderarse a cañonazos, caritativamente, de lo que ya no podía retener en América el Imperio Español, eran algo así como *cruzados* de la civilización occidental. ¡La civilización occidental de aquellos tiempos, truculentamente amenazada por Francia —ahora es por el Soviet—, y todavía más truculentamente defendida por la Rusia bondadosa de los *czares*, la ejemplar España de los Borbones, el Austria espiritual y indulgenciada, la Prusia toda mansedumbre y amor al prójimo, hasta culminar en el Kaiser y en el Fuehrer, así como los demás reinos absolutistas que formarían después la Santa Alianza!

—Ni más ni menos. Pero recibieron 12.000 ingleses una segunda lección inolvidable y su final derrota, en julio de 1807, cuando bien reforzados dieron su nuevo asalto a Buenos Aires al mando del veterano general John Whitelocke. Y con la derrota tendría Londres la sorpresa de consta-

tar que su ataque a territorio argentino, más que para abrirles paso a colonizaciones supuestamente proteccionistas, *que nadie estaba solicitando*, habría de servir antes bien al movimiento de libertad. Porque cuando el Virrey español fugitivo quiso recuperar su alto puesto, su bastón y sus insignias, después de la victoria popular de 1806, se vino a dar de manos a boca con la población entera en contra suya. Y en cabildo abierto fué nombrado y asumió Liniers el cargo virreinal, *por voluntad de Buenos Aires y no de España*. ¡De ahí a la independencia no había más que un paso!

—Como no hubo más que un paso de la primera expedición de Miranda a su regreso con Bolívar, cuatro años después, y al establecimiento de las Juntas Patrióticas en todo el Continente.

—Así es. Sobrevendrían, vuelvo a subrayarlo, tropiezos inevitables: la capitulación de 1812; disensiones internas por razones fácilmente comprensibles; prisiones, fusilamientos, excomuniones, derrotas de los insurgentes en México, en Chile, en Cartagena, en Santa Fe de Bogotá. Mas ya la guerra por la libertad estaba en pie. ¡Y nuevo asombro de Inglaterra, que nos creía africanos! El grito inicial de independencia se produjo desconociendo precisamente a Napoleón, al invasor de España. Sólo que era un grito en nuestro propio idioma y no en inglés, aun cuando bien sabían los criollos revolucionarios —no los otros— que el enemigo verdadero era Fernando VII.

—Contra el régimen de Fernando VII, en realidad; contra todo lo que significaba de dominio, de fanatismo, de Inquisición y de retraso fué la guerra, nuestra prolongada y sangrienta guerra de liberación, que no pudo terminarse sino en 1824 con la batalla de Sucre en Ayacucho.

*Contra todos los obstáculos, tras quin-
ce largos años de sangrienta lucha, ob-
tuvo Hispanoamérica su independencia*

—Y ganaron nuestros antepasados esa gran contienda, no obstante que desde 1814 los ejércitos británicos, al mando del Duque de Wellington, ayudaron a que Fernando VII se sentara otra vez en el viejo trono español; y a pesar de las terribles represiones de la monarquía, más absolutista que nunca en España y en América; y no importa que le prestaran también su apoyo los Cien Mil Hijos de San Luis, el Vaticano y sus aliados de igual reciedumbre *espiritual*, que con la cruz y el cadalso perseguían todo brote de liberalismo. Vale recordar que por entonces Napoleón, caído desde 1815, se hallaba preso en *Santa Elena para tranquilidad de los ingleses, tan nerviosos en aquella época como sus descendientes de este vecindario en nuestros propios días*, aunque los ejércitos del corso, con el Atlántico de por medio, nunca en realidad fueron un peligro serio para los territorios de ultramar. ¡Ni siquiera en Haití, donde Francia no pudo mantener su hegemonía a partir de 1804, no obstante los millares de soldados que mandó Bonaparte a esa colonia!

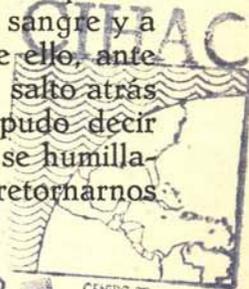
—Napoleón no fué sino el pretexto de la Gran Bretaña, por lo visto, para *tendernos su mano generosa* y atrapar lo que pudiera. ¡En nombre, naturalmente, de principios tan nobles y tan elevados como los que en esta crisis toman otras denominaciones!

—Pero nuestros abuelos no se dejaban engañar, ni por las buenas ni por las malas, según lo vimos antes. ¡Porque contra una táctica superci-

vilizada, otra táctica igualmente sutil de Hispanoamérica! Si Napoleón fué un pretexto para los ingleses, fué también el pretexto que aprovecharon los criollos de vanguardia para iniciar la guerra de independencia. Posteriormente, desaparecido el pretexto de la invasión napoleónica en España, reinstalado Fernando VII en el trono, contra él se lanzarían francamente nuestros libertadores. Y tenían que cuidarse, a la vez, de los otros criollos, los de la reacción; y de todos aquellos que llevaban en la sangre tres siglos de sometimiento, de fanatismo y de servidumbre bajo los reyes absolutos. ¡Fuerte lucha de quince largos años! Mas a pesar de lo que ya hemos traído a colación en esta plática, a pesar de tantos y tan dolorosos quebrantos como sobrevendrían después, salieron victoriosos nuestros pueblos, siquiera en lo que atañe a su separación de la metrópoli, así como a su fortaleza para enfrentarse a futuras colonizaciones.

—¡Y la Doctrina de Monroe?

—He sostenido varias veces que la Doctrina de Monroe fué un apoyo moral, una voz de aliento que nos llegó del norte, *cuando ya el Imperio Español se había derrumbado en las alturas de los Andes*. Se puede afirmar, por consiguiente, que con Doctrina de Monroe o sin Doctrina de Monroe, la batalla de Ayacucho cerraría el ciclo de la guerra, dando el triunfo final a las armas y a los hombres hispanoamericanos sobre las potencias europeas, gracias a nuestra propia sangre y a nuestro propio esfuerzo. En prueba de ello, ante los designios de la Santa Alianza —¡el salto atrás como en los tiempos que corren!—, pudo decir Bolívar en 1819 que si Fernando VII se humillaba con protección extranjera, "para retornarnos



6 39 8

CENTRO DE
ESTADÍSTICAS DE

a su ignominioso yugo, todo poder será nulo para imponerlo, porque ahora los soldados de la independencia no solamente están armados de la justicia, sino también de la fuerza". Revisar estas páginas de la Historia de América, escritas por la generación de 1810, es tomar aliento para vencer nuestro derrotismo y nuestro absurdo complejo de inferioridad.

IV

El caso de Cuba y otros tópicos alentadores.—Situación semejante a la de Texas.—No aró en el mar José Martí

—Temo que los tiempos hayan cambiado.

—¿Los tiempos? Más bien los hombres, por diversas circunstancias que no son el tiempo mismo. Se debilitan, se corrompen, se entregan, guardan silencio —ya se habló de esto en otros párrafos—, por conveniencia, por temor o por necesidad. La liberación de Cuba, en años muy posteriores a la guerra de independencia americana, nos da buen ejemplo de lo que podríamos ser y hacer, sabiendo lo que queremos y a dónde vamos. No pudo separarse de España aquella isla, no pudo sacudir la esclavitud simultáneamente con la tierra firme, a pesar de las conjuras y de los levantamientos de sus mejores hijos, como reflejo lógico de la liberación haitiana y del gran movimiento autonomista de México y de Sudamérica. Caso semejante era el de Puerto Rico. A la libertad de ambas Antillas, que tanto se esforzaron por seguir el ejemplo de las demás regiones de América; al deseo de Bolívar por ayudarlas; a las conclusiones de la Junta Protec-

tora de la libertad de Cuba y Puerto Rico, establecida en México, se oponían con toda su fuerza—multiplicando las matanzas de campesinos y las ejecuciones de cabecillas rebeldes— las autoridades peninsulares. Y se oponían, naturalmente, los intereses esclavistas norteamericanos. ¡Asomaba ya el Destino Manifiesto! Al correr de los años, después de la guerra de Estados Unidos contra México y de haberse firmado, en 1848, la paz de Guadalupe Hidalgo, cercenándole Washington a la vieja Nueva España la mitad de su territorio; o dicho sea en otras palabras: cuando *el Destino Manifiesto se hacía cada vez más manifiesto*, empeoraba fatalmente la situación de Cuba.

—Se movía, como quien dice, entre dos fuerzas incontrastables: la de una gran potencia que empezaba a interpretar a su manera la Doctrina de Monroe, y la del despotismo intransigente de la caverna española.

Por qué el Gobierno de Washington quería comprar la gran Antilla

—Se movía, efectivamente, entre esas dos fuerzas incontrastables. La nueva gran potencia anglosajona necesitaba de Cuba y de Puerto Rico, no sólo para su expansión territorial, sino también para sus excedentes demográficos. Y estos excedentes no eran, ni mucho menos, de la raza blanca. Ya le mostraré a usted un memorándum del Departamento de Guerra de los Estados Unidos sobre el particular, recopilado por Horacio Rubens en su libro "Liberty". Aquí lo tiene, páginas 344 y 345; pero sigamos adelante. Wash-

ington, pues, necesitaba de las dos Antillas. Usted recordará que al anexarse la mitad del territorio mexicano en 1848, mientras se negociaba o al quedar suscrito el Tratado de Guadalupe Hidalgo, el Presidente Polk —por mediación del Secretario de Estado Buchanan y de su Ministro Saunders en Madrid— hacía proposiciones de compra al Gobierno español, con resultados infructuosos.

—¿Proposiciones de compra?

—Sí, señor. ¡Por Cuba llegaron a ofrecer los Estados Unidos hasta cien millones de dólares! Pero lo más grave no era eso, sino que ciertas clases privilegiadas y determinados intereses extranjeros, que ya se iban arraigando en la estratégica isla, hicieran ver la conveniencia de una autonomía sin duda peligrosa. Hubiera resultado semejante a la de Texas, cabe suponerlo, frustrándose así cualquier intento futuro de independencia, pues era como abrirle el camino a la anexión. Otros, para alivio de males, "quislings" del comercio, de la banca y del azúcar, generalmente de habla inglesa, se mostraban francamente anexionistas.

—¡Situación tan difícil la de los patriotas cubanos, como la que tuvieron que vencer los precursores y los próceres de 1810!

—Muy semejante. Pero a pesar de tanta adversidad se sucedían unas a otras las conspiraciones, que al fin culminaron el 10 de octubre de 1868 con el Grito de Yara, la guerra de diez años, el heroico fervor de *los mambises*, la decisión libertadora de jefes tan gloriosos y tan irreductibles como el ilustre Carlos Manuel de Céspedes, los Agramonte, el dominicano Máximo Gómez, Tomás Estrada Palma, los Maceo, Calixto García, Cisneros Betancourt. En 1878 se deponen las

armas con el Pacto del Zanjón. Seguirá, sin embargo, "la guerra chiquita" de 1880. Y por último, en 1895, el grito de Baire y la revolución definitiva, de la que fué cerebro y corazón hasta su muerte, y después de su muerte —¡de su muerte-suicidio por la patria!—, la enorme y apostólica figura de José Martí.

* * *

—Reconforta en realidad el recuerdo de los próceres. ¡El prócer-hombre y el prócer-pueblo! Eso explica y justifica su optimismo, a pesar de los odios, las traiciones, los cuartelazos, el vendepatrismo, la actitud desconcertante de los gobiernos pupilos, todo lo que estamos presenciando después de tanta heroicidad.

—Todo lo que estamos presenciando, querido amigo, se puede vencer con decisión y ánimo resuelto. La cuestión es no dejarnos. Por eso he creído necesario referirme a la generación de 1810; y colindando ya con nuestro siglo, a la de los patriotas cubanos. Ya vimos antes cómo tuvieron que luchar estos últimos con dos fuerzas distintas: Madrid y Washington. Y contra grandes intereses financieros. Y contra la presión de los altos dignatarios vaticanistas, representados en Norteamérica por el Arzobispo Ireland, defensor del dominio feudal español con vehemencia anticristiana tan apasionada, con tal cantidad de agua bendita, como la que hoy emplea el Cardenal Spellman para rociar a Franco y su Falange.

—¿Qué hacían, entretanto, qué pensaban los pueblos y los gobiernos de este nuevo mundo en relación con Cuba?

—Mucha simpatía de los pueblos y de algunos intelectuales por Martí y hacia la causa cu-

bana, sin excluir a la opinión pública de los Estados Unidos ¡Pero los gobiernos, *nuestros gobiernos!* Con excepciones para las que sobran dedos de la mano, eran neutrales. Tenían compromisos amistosos con los Borbones de España. No podían comprometerse.

—¿Y el Presidente norteamericano Grover Cleveland?

—Enemigo declarado de la revolución cubana, según se desprende de una proclama suya y del Secretario de Estado Richard Olney, fechada el 12 de junio de 1895.

—¿Y William Mc Kinley, que sucedió a Cleveland en la Casa Blanca?

—Tan adversario de la independencia de Cuba como su antecesor, no obstante que al final de cuentas, por el hundimiento del "Maine" como explicación para los que estudian superficialmente la Historia, tuviese que declarar la guerra a España. Y no son hombres de nuestro idioma quienes afirman lo que no hago más que repetir. Son las propias autoridades norteamericanas en documentos recogidos por el referido abogado Rubens, en este volumen "Liberty" que tenemos en la mano.

Planes sin duda maquiavélicos, para dominar a Cuba y Puerto Rico

—¿Y qué dice Mr. Rubens, qué dice el memorándum del Departamento de Guerra que me ofreció usted leer?

—Aquí lo tiene. Esta dirigido al general Miles y lo suscribe Mr. J. C. Breckenridge. Vea la página 344 en el libro de Rubens, con párrafos

entrecomillados. En lo que atañe a Puerto Rico, en unas cuantas frases elocuentes, explica el memorándum que se le podrá conquistar con relativa facilidad porque está en calma, y porque saldrán ganando los puertorriqueños con el cambio. Hay que respetar a la población civil, ofrecerle toda clase de garantías, infundirles confianza a los habitantes, diciéndoles que la guerra es contra España y no contra ellos, y que mejorará su posición política y será menos dura su posición económica. "De ese modo los tendremos de nuestra parte cuando Madrid nos haga el traspaso".

—¡Habilidad política, no cabe duda! ¿Y respecto de los cubanos?

—¡Todo lo contrario de habilidad política! Antes bien, maquiavelismo de la peor especie. Mas vaya usted leyendo lo que aconseja Breckendridge: "Cuba, en cambio, cuyo territorio también nos es indispensable, está habitada por una raza poco homogénea, indolente, compuesta de negros, mulatos, asiáticos y españoles"... "La idea es aniquilar a esa gente hasta su exterminación, como si se tratara de Sodoma y de Gomorra"... "Cuando formen su gobierno, se podrá ayudar a los partidos que no estén en el poder para que ataquen a las autoridades, cooperando después con las adversarios del nuevo régimen para que siga la pelea. Así lograremos crear un ambiente favorable para quedarnos con la Isla".

—¡Un ambiente favorable en nombre de la paz, del orden y de los principios humanitarios! Son cosas increíbles; pero están en ese libro, en documentos oficiales, cuya autenticidad nunca negó el Departamento de Estado, según me lo asegura usted, cuando los dió Rubens a la publicidad.

—No había manera de negarlos. Por otra par-

te, los hechos, la heroicidad y el buen juicio de los patriotas cubanos, con todos sus errores y debilidades, se impusieron a lo que pensaba y planeaba un sector de la administración de Washington. Se consolidó la República. Se fué forjando aquel pueblo para vivir la democracia, sin prejuicios raciales, con un hondo sentido de patria, elevando el nivel de vida y de cultura de los hijos de los "mambises", sin rencor ninguno a España, a la verdadera España —mezclada en la sangre y en el espíritu de nuestros más altos valores—, tan distinta de la que allí estuvo gobernando durante cuatro largos siglos.

* * *

—Como Miranda y como Bolívar; como San Martín y O'Higgins; como Hidalgo y Morelos; como los que le antecedieron en la gran batalla por la justicia y por la libertad, no aró en el mar José Martí.

—Ninguno de ellos aró en el mar. Ni los millares de hombres que cayeron, con sus mujeres y sus hijos, en la sangrienta epopeya. Cumplieron su misión. Ahí están los pueblos, nuestros pueblos hispanoamericanos, con su extraordinaria subconciencia y su maravillosa sensibilidad. ¿Qué quieren esos pueblos? ¿Qué quiere Hispanoamérica en esta nueva época de crisis? Acogerse a sus propias experiencias. Mirar hacia sí misma, como lo dije antes. Aprovechar todo cuanto pueda aprovecharse de otros países y de otras civilizaciones, no para entregarnos, no para darnos por vencidos, sino para progresar, elevar nuestra cultura, superarnos y fortalecernos, en el sentido más noble que pueda tener esta palabra.

—¿Y si no nos dejan las fuerzas poderosas, los enormes intereses creados que nos dominan y tratan de asfixiarnos? Porque lo malo para nosotros parece ser la geografía.

—Hispanoamérica, querido amigo, ya no está en edad de esperar que la dejen o que no la dejen cumplir su destino. Y aun cuando la geografía nos haya señalado un sitio en el planeta, como vecinos y satélites de una gran potencia, lo malo no es la ubicación que tengamos en el Continente, sino —debemos confesarlo— nosotros mismos.

—¿Nuestra falta de fe, de ideales profundos, de principios bien arraigados? ¿Nuestra indecisión frente a los problemas de la época? ¿La forma en que lo propio se subestima en nuestro medio?

—Todo eso, exactamente, que nos inhibe y neutraliza, a tal extremo que no somos lo que podríamos ser. ¿Acaso no resulta lamentable lo que he llamado el *comparsismo* de algunas cancillerías hispanoamericanas, a pesar de nuestros mejores hombres, en los grandes eventos o concilios internacionales? ¡Lo que haríamos, si pudiéramos sacudirnos ese comparsismo!

Ideas que clamen por lo nuestro necesita Hispanoamérica, para fortalecerse y superarse.

—¿Qué podríamos hacer los hispanoamericanos frente a las grandes potencias, frente a los poderosos, frente a los gigantes que se han disputado siempre la hegemonía del mundo?

—Ya lo dijo José Martí: Ponernos todos en fila, unirnos, cohesionarnos, "para que no pase el gigante de las siete leguas". Y agregaba el inmor-

tal cubano: "Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras. . . No hay proa que taje una nube de ideas. . . Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados". Así, en este confucionismo de la época contemporánea; cuando se llega a tales extremos de atrocidad o de locura, que la supercivilización o supertécnica de los sabios se pone al servicio del crimen contra todos; cuando con la demagogia, o el fanatismo de supuestos idearios o doctrinas —lo secundario o adjetivo—, se destruye sin misericordia al hombre de carne y hueso, que es lo primordialmente substantivo; cuando se llega, pues, a semejante situación de histeria y de barbarie, bien podríamos los hispanoamericanos alzar bandera de humanidad y de justicia.

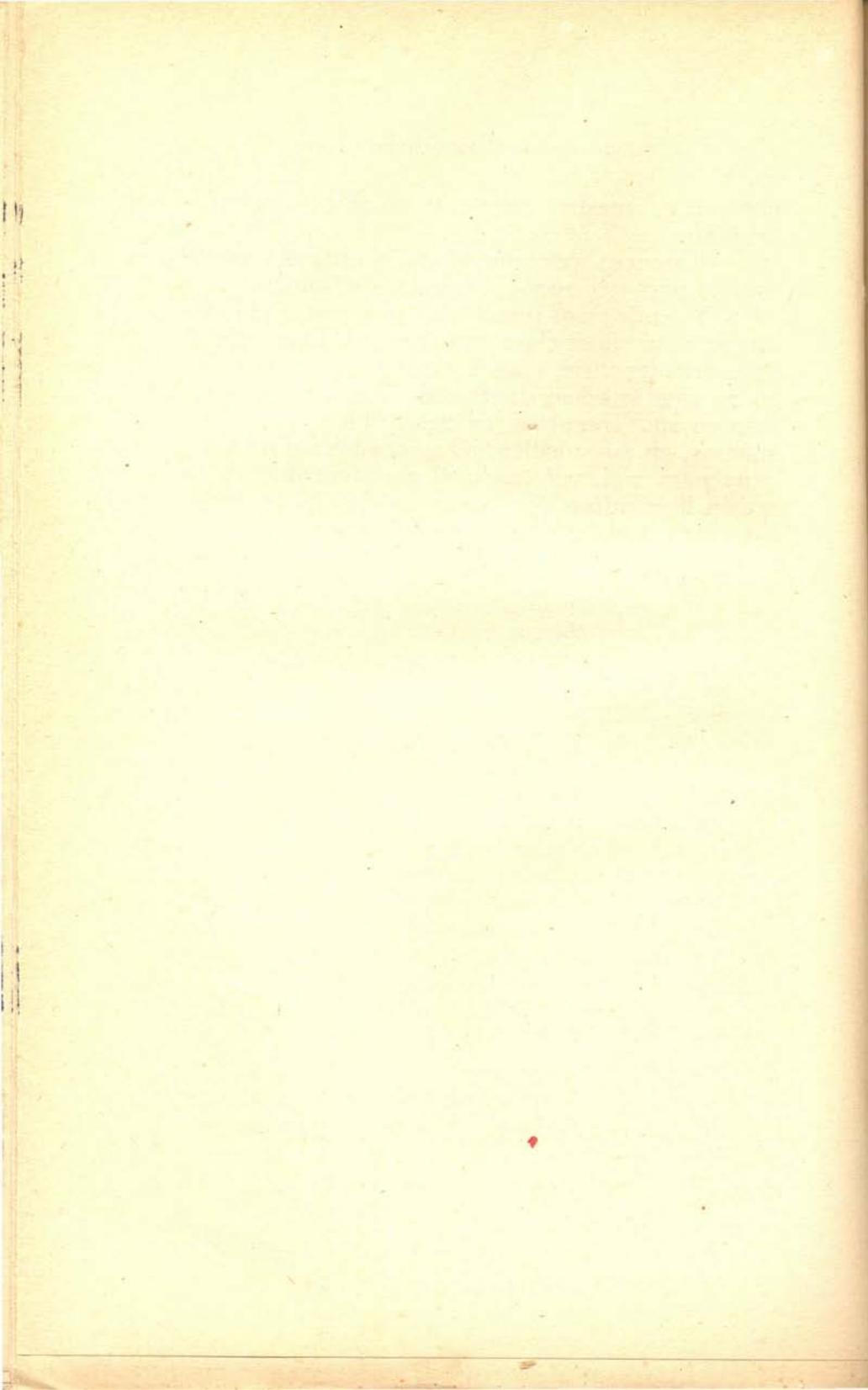
—¿Con simples palabras? ¿Con discursos?

—Sí, con palabras que clamen por lo nuestro. Con ideas. ¡Con trincheras de ideas, más poderosas que un escuadrón de acorazados! Y ante las terribles experiencias de este siglo, y de siglos anteriores, bien podemos, además, con nuestros próceres iluminados a la vista, con sus ideales, sus prédicas, sus revoluciones y su sacrificio, con su invencible fuerza moral como nuestra mejor bandera, seguir adelante nuestra ruta. Y tomar todo lo adaptable de los principios socialistas, sin temerle a Carlos Marx ni asustarse ante Lenin o Stalin, que en nuestro medio irían del brazo con Morelos, para no extraviarnos. Y de Inglaterra, de Francia, de los Estados Unidos, todo aquello realizable en el clima hispanoamericano. Pero, y esto es lo esencial, sin aceptar consignas de Roma, ni de Washington, ni de Moscú, ni de ninguna potencia extranjera. De ese modo acabaríamos

por vencer nuestro ancestral complejo de inferioridad.

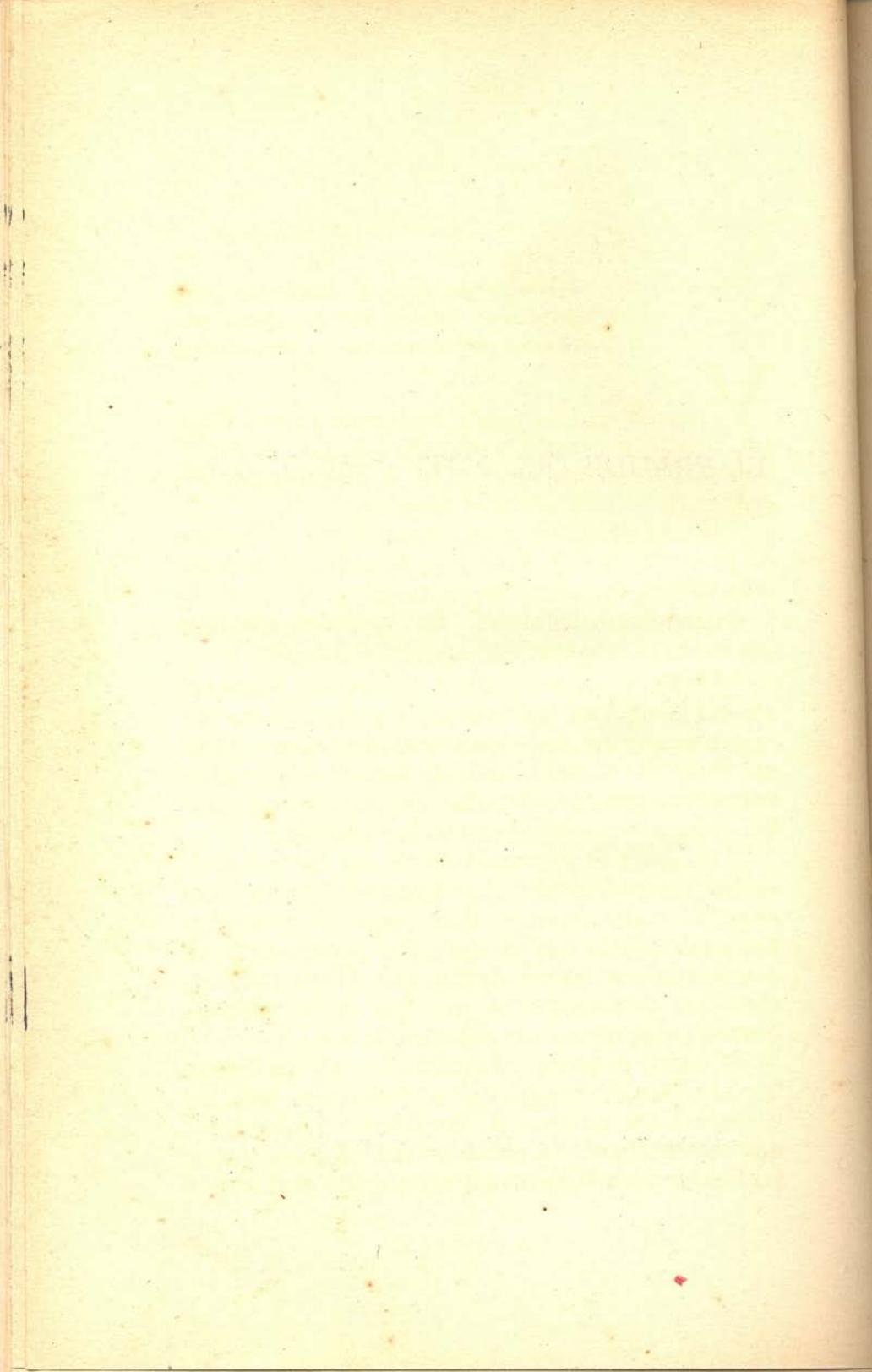
—Entonces, por añadidura, estaríamos capacitados para vencernos a nosotros mismos.

—Y tendríamos resuelto el ánimo para enfrentarnos a cualquier clase de ofensivas. Porque creo necesario repetirlo, para terminar, que si el tiempo no cambia como dimensión, cambian los hombres en sus creencias, en sus principios, en sus anhelos, en sus ideales. ¡Que cambien para bien y no para mal, volviendo al pensamiento y a la acción libertadora de nuestros viejos guías, inclitos varones del nuevo mundo americano!



EL FRAUDE DEL ANTICOMUNISMO *

* Revista "Humanismo", México, D. F., diciembre de 1953



*Producto del espíritu, contra los ateos
y los materialistas, son las armas mo-
dernas de destrucción y de matanza*

VIVIMOS en una época realmente extraordinaria, cómica o dramática según ande por dentro el ánimo, para reírse, indignarse o afligirse por las cosas que ve uno desde el mirador.

¡Época de manicomio, adobada con toda clase de propagandas! Y decir propaganda, en singular o en plural, es hablar inevitablemente de grandes y tendenciosas mentiras. ¡Las grandes mentiras que traen al hombre desquiciado!

¿Quiénes las inventan y propagan? Parecerá obvio afirmar que las inventan y propagan los que tienen interés en desorientar y asustar al sér humano. Pero, sobre todo, los que disponen de medios suficientes para mantenerlas, distribuirlas y pagarlas. Porque son, además, mentiras pagadas.

Las paga el monopolista de los fuertes consorcios internacionales. Las paga el petrolero. Las paga el concesionario. Las paga el bananero. Las paga el industrial en serie. Las paga todo aquel como el famoso califa de Bagdad, Harún-al-Raschid, tan inmensamente rico que podía comprar cuanto quisiera con sus costales de oro.

¡Cuanto quisiera! Mercancías y alabanzas de los hombres de ciencia que le rodeaban; palacios y encendidos poemas de los finos versificadores que se sentaban a su mesa; potros de pura sangre y el amor prohibido de las mujeres de su corte.

Cuanto quisiera podía comprarlo el gran califa, menos la opinión del maestro Abdul-Quadir, filósofo y apóstol de la vieja escuela esotérica sufista. Deseaba rendirle tributo el potentado, y obsequiar al asceta con un saco lleno de monedas de oro, rubíes, zafiros, esmeraldas.

“No acepto tus riquezas —le dijo el santo, mientras apretaba en su mano dos o tres monedas—, porque son el sudor y la sangre de tu pueblo”. Y vió entonces Harún-al-Raschid, hasta sentir remordimientos y enmendar su vida, cómo al sufí le corría, estrujándolo, aquel oro hecho sangre entre los dedos.

* * *

Pero no se trata en esta época de Harún-al-Raschid, humano en medio de su riqueza esplendorosa, sino de otra clase de califas. Ya se les mencionó antes: el monopolista, el petrolero, el concesionario, el bananero, el productor de bombas, lanzallamas, tanques, bombarderos, cañones, ametralladoras.

En otras palabras, el que fabrica sin que le remuerda la conciencia, antes bien como deber ineludible, *porque hay que acabar con las teorías exóticas*, terroríficos instrumentos que personas extraviadas llaman de destrucción y de matanza. Pero que son, según va el mundo, cosa del espíritu contra los ateos y los materialistas, a quienes los caritativos magnates de nuestro siglo veinte quieren erradicar de sobre la faz de la tierra.

¡Armas, pues, *de pacificación*, de tal manera elocuentes, a tal extremo democratizadoras, que de haberlas inventado y de poseerlas en cantidad se

ufanan, hasta más no poder, los que en ancas de la barbarie científica han ido dando al traste con la civilización occidental!

* * *

A semejante amontonamiento le prestan su respaldo —en prueba también de profundo espiritualismo—, no sólo los gobiernos de las grandes potencias, *aliados naturales y oficiales* del capital omnipotente que rige al mundo, sino también los *gobiernos comparsas* de pueblos succionados y oprimidos.

Entre ellos, para nuestro infortunio, los llamados “hombres fuertes” de la América bolivariana. ¡Fuertes con el indefenso y el vencido; pero tan débiles que afuera buscan su respaldo, hacen de vasallos y se arrastran de cuclillas ante el poderoso!

Tocante al deprimente *comparsismo* de algunas cancillerías hispanoamericanas, del cual se alimentan especialmente los regímenes antidemocráticos, hasta el Primer Ministro de la India, Jawaharbal Nehru, ha hecho llegar su voz de alarma a las Naciones Unidas.

No es aceptable, en su concepto, que pesen más en esa ilustre entelequia los votos discutibles de numerosas repúblicas de América, tratándose de graves problemas de Asia, que la voz y el criterio de las grandes naciones del Continente asiático.

A fe cierta que tiene razón el ponderado gobernante de la inmensa India. Mas no he de seguir desviándome del tema principal de este trabajo, al que vuelvo ya sobre la marcha, allí donde comencé con las propagandas tendenciosas que traen a nuestro terrenal planeta desquiciado.

Génesis y desarrollo de la segunda conflagración mundial, en España, en Abisinia y en Manchuria.

AL hablar de propagandas tendenciosas, me referí a las increíbles pero muy creídas mentiras que todo lo confunden y enredan. Una de ellas, tal vez la que ha causado mayor desolación y ruina a la especie humana, es la que pudiéramos llamar el fraude del anticomunismo.

Con tan burda estafa, tan traída y tan llevada desde hace largos años, tan grata y útil a sus beneficiarios que cada día la inflan más en el clima bélico contemporáneo, se hizo fuerte el Eje Roma-Berlín-Tokio-Madrid.

Y se hizo fuerte gracias a la propaganda genial, pero diabólica, del supernazi Herr Doktor Joseph Goebbels, alto, flaco, cojo, huesipegado. Inició la guerra de nervios en "Der Angriff". Y pudo intensificarla, a partir de 1933, en toda la prensa, en todas las radiodifusoras, en todas las tribunas con antena dirigida desde el Reich.

A la sombra de la misma bandera, se permitió que Mussolini bombardeara y se instalara en el reino africano de Abisinia, ajeno por completo al comunismo.

Y que el Japón se quedara con Manchuria y siguiera desangrando a China, con petróleo democrático de la Royal Dutch, con hierro viejo de los Estados Unidos, con los más eficaces materiales bélicos de la civilización occidental. En esa forma los ejércitos de Tokio podrían abrirse paso hacia Moscú.

Y se toleró, además, que el Fuehrer y el Duce atacaran con todas sus armas, durante casi tres años de resistencia heroica, a la inerme y desaper-

cibida República Española, dejando entre sus ruinas un millón de víctimas propiciatorias.

* * *

¿Por qué y para qué tanta matanza en África y en Asia? ¿Por qué y para qué el crimen monstruoso de todos contra España, que no tenía relaciones diplomáticas ni medios de comunicación con el Soviet, ni más religión que la católica, ni más gobierno que el republicano liberal, en tal forma moderado que ni siquiera le quitó fuerza ni mando al sospechoso ejército de la monarquía?

La explicación está en que los *grandes* hacían su juego —¡los *grandes!* de la democracia—, y en que los totalitarios del Eje lo reforzaban con su propaganda. Es decir, con el *fraude del anticomunismo*, con el viejo fantasma del peligro rojo, que el formidable equipo nazifascista de publicidad hacía que apareciera y se balanceara hasta en los más oscuros rincones del planeta.

De ese modo se espantaba la gente. Y acudían los calculadores y los pazguatos, los aprovechados y los pobres de espíritu, a reforzar a Franco y su Falange, a Mussolini y sus camisas negras, a Hitler y sus camisas pardas, emblema sudoroso del nacional socialismo y del *Deutschland über Alles*.

Así, con la desacreditada enseña del anticomunismo, respaldaron decididamente a Berlín, a Roma y a sus secuaces del lejano oriente las democracias capitalistas europeas.

Nada contra el Japón, que seguía desangrando a China.

Nada contra Italia, que no detenía su marcha a sangre y fuego sobre Abisinia, y que ante la estupefacción de Chamberlain y de sus cómplices en

el Comité Neutral de Londres, seguía desembarcando millares de soldados en España.

Nada, en fin, contra el Tercer Reich, que se apoderaba de Austria; que se fortalecía incesantemente; que asesinaba sin misericordia, quemándolos vivos, a los primeros 500.000 semitas, hasta completar más adelante la cifra comprobada de 6.259.000 judíos, hombres, mujeres y niños, *técnicamente incinerados*.

Nada, pues, contra el temible Fuehrer, a quien, por el contrario, hicieron más poderoso las *espan-tadas potencias democráticas, al entregarle Checoslovaquia* y todo su armamento, merced al Pacto de Munich.

¡El famoso Pacto de Munich, firmado en septiembre de 1938 por Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier, entre abrazos, sonrisas y promesas de los totalitarios para los demócratas y viceversa!

* * *

Entretanto, desde su viejo imperio, guiñaba los ojos el Mikado. Y pedía que a él también le aumentaran el auxilio.

¡Algo más de maquinaria y de chatarra o fierro viejo para fundirlo y tener mayor número de aviones!

¡Algo más de petróleo para que sus bombarderos no fallaran!

Y no fallaron. Pero no contra el Kremlin, sino contra los Estados Unidos en Pearl Harbor.

¡Lección terrible, que extendió al planeta entero la segunda conflagración mundial, con sus treinta millones de muertos y desaparecidos!

Creían los gobiernos de París y de Londres que con el entendimiento democrático-totalitario, con el abrazo a Hitler y a Mussolini en Munich,

se lanzarían todos juntos a defender las conquistas del franciscano espiritualismo occidental, batiendo comanditariamente al grosero y ateo materialismo del adversario ruso.

Lágrimas y sangre, desolación, mortandad, escombros y miseria, según el léxico de Mr. Winston Churchill, les costó a las democracias *el fraude del anticomunismo*.

¡Y al final de cuentas su alianza con el adversario ruso, ni más ni menos, para enfrentarse victoriosamente al Eje nazifascista, a la postre derrotado en Europa, en Africa y en Asia, con el apoyo de *los buenos Estados Unidos!*

En otras palabras, los Estados Unidos del nuevo trato y del buen vecino, bajo la presidencia de Mr. Franklin Delano Roosevelt.

México era un terrible foco comunista, que estaba contagiando en forma peligrosa a las demás repúblicas del Continente

CONOCÍAMOS en realidad la peligrosa estafa, por lo que se refiere a nuestra América, desde mucho tiempo antes de Hitler y de Mussolini.

Fué México, con su gran revolución, el blanco de la caverna internacional durante largos años, como en páginas anteriores y en numerosos trabajos he juzgado indispensable repetirlo.

Para los petroleros, para los concesionarios, para los explotadores de las minas, para los czares de las finanzas, para los amos de la plutocracia todo era comunismo en México, no obstante que la Constitución de Querétaro, *netamente mexi-*

cana, estaba ya en vigencia cuando estalló el movimiento ruso.

¿Comunista Madero en 1910? ¿Comunista Carranza en 1913? ¿Comunista de la Huerta? ¿Comunista Obregón? ¿Comunista Calles? ¿Comunista Portes Gil? ¿Comunista Ortiz Rubio? ¿Comunista don Abelardo Rodríguez? ¿Comunistas los senadores, los diputados, los ministros?

Todos lo eran o tenían que serlo, porque en torcer la verdad estaba el negocio de los monopolios extranjeros.

E intensificó su campaña de difamación la gran prensa capitalista, al servicio de la Royal Dutch y de la Standard Oil, cuando en 1938 decretó la expropiación del petróleo el general Lázaro Cárdenas.

Llegó a tales extremos la propaganda contra México, principalmente en las administraciones de Coolidge y del ingeniero Hoover, que cualquier declaración adversa al desembarco de marinos en territorio hispanoamericano; cualquier punto de vista que se opusiese al coloniaje económico en nuestros países; cualquier acto de protesta en favor de naciones ultrajadas de la América Española, era forzosamente comunismo.

¿Comunismo ruso y comunismo mexicano, que iba contagiando en forma peligrosa a las demás repúblicas del Continente!

* * *

¿Levantamiento de indígenas desnutridos en Bolivia?

¿Inconformidad con tratados canaleros como el Bryan-Chamorro y el Bunnau-Varilla?

¿Sublevación de campesinos en El Salvador?

¿Simpatía para el glorioso caudillo nicara-güense, Augusto César Sandino?

¿Ataques a dictadores y a políticos entreguistas?

¿Organizaciones obreras en demanda de salarios mínimos vitales?

¿Obsequio fraternal de radiodifusoras mexicanas a las repúblicas de Centroamérica?

¿Gestiones para restablecer la unión de esos países?

¿Cualquier prédica o proyecto, en suma, que se asemejara a las Garantías Sociales de México, o que se opusiese a empréstitos y a concesiones realmente inconcebibles?

Todo eso era, todo eso tenía que ser comunismo de la hoz y el martillo.

Porque respiraban por las narices del Soviet los revolucionarios mexicanos.

Y se catalogaba en el grupo de comunistas de la especie bolchevique, incapaces de tener criterio propio, a los hombres libres de América que defendían a México.

Y sólo entonces, por inspiración del lejanísimo Kremlin —con su cuartel general en las alturas del Anáhuac— podía explicarse la agitación hispanoamericana, la rebeldía de *pueblos atrasados* a dejarse civilizar por los consorcios caritativos del mundo anglosajón.

* * *

La buena vecindad de Mr. Franklin Delano Roosevelt, a pesar de las notas de Mr. Cordell Hull y de los terribles ataques periodísticos contra la expropiación petrolera, vino a ser como un espaldarazo de Washington a Hispanoamérica. ¡Espaldarazo que, por otra parte, no habíamos menester de afuera para cumplir nuestro destino!

Fue útil, sin embargo, como freno a la política del "big stick" o gran garrote, contundente maca-

na que en ciertos casos, para disimular, nos caía encima muy bien envuelta en las finas gasas de la "diplomacia del dólar".

¡Diplomacia, sobra recordarlo, de penetración económica, de ventajosas especulaciones bursátiles a costa nuestra, de compraventa de soberanías, de corrupción y de soborno!

Y así andaba el Continente americano, no por culpa a todo trance del Tío Samuel en papeles donjuanescos, pervirtiendo la pureza y la virtud de alguna recatada doña Inés.

Así andábamos, en otras palabras, no por culpa de *los buenos Estados Unidos*; de la Norteamérica justa, honesta y democrática; de un pueblo noble y generoso, del cual han salido y al cual pertenecen intelectuales ilustres, catedráticos de alto pensamiento, sindicatos de trabajadores a nuestro favor, congresistas como el senador Borah, el senador Wheeler, el senador King y tantos más, que en pleno Capitolio se oponían a los atropellos del primer Roosevelt, de Taft, Coolidge, Kellogg, Hughes y otros instrumentos poderosos del imperialismo de Washington y de Wall Street.

Menos aún podría echarse la culpa de tanto desacato a *la buena Hispanoamérica*, que desde la prisión o en el exilio, *hoy como ayer*, clamaba por sus derechos conculcados y por el respeto a la persona humana.

De cómo se enfrentan al materialismo filosófico muchos que lo llevan metido en el cuerpo, y hasta qué punto la sangre es más espesa que el agua

¿DE quién, pues, era la culpa? ¿Quiénes son los responsables, ahora mismo, de la incompre-

sión agudizada que estamos de nuevo viendo y palpando?

Seamos francos para decir que la gran culpa estuvo —y vuelve a estarlo— en *los malos Estados Unidos* y en *la mala Hispanoamérica*; en los Estados Unidos del lucro y de la codicia, que abominan del materialismo filosófico y lo llevan en su propia sangre, pero también en sus pupilos y cofrades de nuestra cultura o incultura malinchista; en *lo peor* del norte, sintetizando, siempre en contubernio con *lo peor* y con lo más corrompido del medio hispanoamericano.

Y esto que voy diciendo no es, ni mucho menos, afirmación original de este o aquel escritor contemporáneo. Se trata de un hecho palpable, conocido y estudiado desde hace largos años, que la propia realidad nos pone ante los ojos, y al cual se refirieron en diversas formas y estilos Rodó, Hostos, Varona, José Martí, junto a pensadores, sociólogos y estadistas norteamericanos eminentes.

Sobre tema tan viejo, pero que no pierde, sino antes bien, cobra cada día mayor actualidad, he leído en "El Universal" (México, D. F., 14 de diciembre de 1953), un sereno análisis bajo el rubro "La diplomacia de los Estados Unidos juzgada por ellos mismos". No lleva la firma de anti-imperialistas mexicanos tan definidos —en la justa acepción de la palabra— como don Luis Cabrera, Silva Herzog, Narciso Bassols, Daniel Cosío Villegas o Isidro Fabela, ni de filósofos como los de la brillante generación forjada por el insigne maestro don Antonio Caso, sino la de un jurisconsulto de merecido renombre, académico de la lengua, por añadidura, el señor licenciado don

Genaro Fernández Mac Gregor, a quien nadie sería capaz de señalar como rojo ni como rojizante.

“Los Estados Unidos —escribe el licenciado Mac Gregor— se han constituido en campeones del anticomunismo, lo que implica, según parece, que repudian sus doctrinas, en especial la del materialismo histórico. . . Y si ello es así, se sigue que su filosofía sobre la sociedad debe postular principios de justicia y no de utilidad y conveniencia: normas espirituales, en una palabra. . . Sin embargo, si se atiende a algunos actos y declaraciones de los gobiernos y de los publicistas de aquella gran república, parece que comparten las mismas ideas de sus opositores de detrás de la Cortina de Hierro”.

A continuación analiza el jurista mexicano un estudio en varias entregas de Mr. Carol L. Thompson, editor asociado del “Current History”, sobre la diplomacia norteamericana desde 1778 hasta nuestros días. Y allí se comprueba, con documentos y citas entrecomilladas, tal vez porque “los Estados Unidos procuraron engrandecerse sin que les importaran las reglas de la ética, ni menos las doctrinas cristianas”, cómo es verdad que en tales documentos “no se invocan como motivos de la conducta estadounidense sino los materiales y prácticos, derivados de la concupiscencia de poder”.

* * *

Se refiere después don Genaro a las adquisiciones territoriales de los Estados Unidos, por compra o por guerra: Louisiana, Florida y Alaska en el primer grupo —habrá que agregar las Islas Vírgenes y el dominio en la Zona del Canal de Panamá—; y gran parte del territorio mexicano, Cuba en cierta forma —mientras subsistió la En-

mienda Platt—, Puerto Rico y las Islas Filipinas, mediante el uso de la fuerza, no sin advertir que nuestro autor se basa escrupulosamente en los apuntes oficiales de Mr. Thompson en el "Current History".

De esos mismos apuntes resalta que Washington, *aplicando principios prácticos de interés propio*, buscó su sitio en Asia con la política de "puerta abierta", o sea "igual oportunidad de comerciar para todos", con marinas mercantes y barcos de guerra como respaldo; que con iguales fines —facilidad de vender sus productos a tiryos y a troyanos, cargándoles alto precio— entraron los Estados Unidos en la primera guerra mundial; y que en el curso de su Historia mantuvieron cordiales relaciones con todas y cada una de las potencias monárquicas absolutistas, y las estrecharon con Inglaterra, "porque al fin y al cabo la sangre es más espesa que el agua; pero, sobre todo, porque ambos imperios marítimos comprendieron que debían unirse para dominar al mundo".

Tocante a la diplomacia de Estados Unidos con la América Latina, haciendo ver de qué modo el utilitarismo, "el sacrosanto dólar" es lo único que cuenta, no sólo se apoya el licenciado Mac Gregor en los estudios de Mr. Thompson, sino también en el criterio de Mr. Arthur P. Whitaker, profesor de Historia de la Universidad de Pensylvania.

Confiesa tan estimable intelectual que las relaciones entre su patria y las repúblicas latinoamericanas se han deteriorado en la última década. No ahonda, sin embargo, en las causas que podrían explicar nuestro recelo —comenta Fernández Mac Gregor—, ni habla "del trato anterior que los Estados Unidos usaron con América Latina". Y así

que hace un recuento de torcidas aplicaciones de la Doctrina de Monroe, cercenamientos, anexiones, desembarques de marinos y expediciones punitivas, le plantea al historiador anglosajón esta pregunta:

“¿Pueden creer los Estados Unidos que el recuerdo de todo esto no justifica nuestra desconfianza, aun aceptando que sus propósitos de hoy sean más amigables?”. Y agrega: “Todo el problema actual, para Mr. Whitaker, estriba en saber si es urgente aplicar remedios a la tensión de las relaciones existentes. ¿Se invoca para resolverlo la moral o el derecho? ¿Siquiera la buena vecindad? No. Debe usarse una diplomacia amigable por tres razones: una económica, otra militar y la tercera política”.

La razón económica que aduce Whitaker se refiere a exportaciones y a materias primas, “indispensables a la industria norteamericana”. La razón militar es cuestión de bases y de alianzas al sur del Bravo, para que los Estados Unidos puedan defenderse de sus posibles enemigos. Y la tercera razón destaca el hecho de que los Estados Unidos necesitan los votos latinoamericanos, en las Naciones Unidas y en otros organismos similares.

“Como es patente —nos dice el ilustrado académico señor Mac Gregor—, estas tres razones son puramente egoístas. El derecho, la moral, la solidaridad. . . no aparecen de ningún modo en la diplomacia de los Estados Unidos, que de esta manera corroboran su dictado de diplomacia del dólar”.

* * *

Pero la conclusión es la misma de este trabajo, en lo que atañe a las dos Norteaméricas anteriormente esbozadas, la buena y la mala. ¡Algo así

como lo que enseñaba Sócrates, según Erasmo, al sostener que en una Venus pueden encontrarse dos Venus, y dos Cupidos en uno! He aquí dicha conclusión, como remate que ofrece nuestro autor a la reseña de abusos y atropellos de la gran potencia:

“Ello da una equivocada idea de lo que es el verdadero pueblo estadounidense. Nosotros lo conocemos bien, por haber vivido en su seno bastante tiempo, y sabemos que está compuesto por una gran mayoría de gentes sencillas y buenas, penetradas de la moral cristiana, y que vivamente desean que sus gobernantes la practiquen. ¡Cuántas voces se alzan allende el Bravo, para protestar por los agravios que se cometen contra países débiles!

“La diplomacia materialista es arma de minorías interesadas, que son las que desgraciadamente han dominado la política, con honrosas excepciones. Imponen sus puntos de vista por los medios de la moderna propaganda, y engañan a las masas. Pero como dijo Lincoln, no se puede engañar a todos. . . todo el tiempo.

“Para mejorar este estado de cosas se impone que los hombres de estudio digan siempre la verdad, y que apliquen a la diplomacia del pasado y a la política moderna, las normas éticas que reclama la convivencia humana”.

Aparecen en escena las siglas de la ONU y los “descendientes directos de la Burra de Balaam”.

TODO lo cual significa —me parece indispensable repetirlo— que no es justo ni prudente señalar a los Estados Unidos como únicos responsables de nuestros males y quebrantos. Habrá que

hacer distingos entre Wall Street y el Salvation Army; entre los Ku-Klux-Klanes y el Christian Science; entre Tammany Hall y la honradez política; entre el Pentágono y los civiles de altura; entre Whitman, Poe, Longfellow y los "gangsters" de Chicago; entre un hombre cuerdo y el desorbitado senador Joseph Mc Carthy, ejemplar inigualable de los personajes pintorescos que llamó Mark Twain, con mucha gracia, "descendientes directos de la Burra de Balaam".

Dicho en otros términos, habrá que diferenciar entre la histeria belicista que sufre el norte, como en circunstancias semejantes *ningún país maduro* la estuviera padeciendo, y el juicio sensato de quienes no han perdido la cabeza.

O lo que es lo mismo, *entre lo bueno y lo malo de una y otra parte*, de ellos y de nosotros, para no extraviarnos ni confundirnos con las propagandas de los Goebbels en potencia, de los sobrealimentados espiritualistas a soldada, que tanto engañan, se engañan y medran en América.

* * *

Subrayé: *entre lo bueno y lo malo de una y otra parte*, porque estamos obligados a tomar paralelamente en cuenta nuestros propios errores; el ya citado entreguismo de cierta fauna criollo-mestiza, que no hay por dónde agarrarla; viejas y nuevas complicidades hispanoamericanas, vergonzosas, denigrantes, en perjuicio de todo lo nuestro; la miseria moral, en resumen, de intelectuales, políticos, falsos dirigentes y espadones sin perdón de Dios, quienes otra vez con *el fraude del anticomunismo* en alto, buscando sonrisas y apoyos en el extranjero —que los utiliza y los desprecia—, descaminan y desorientan a multitud de espíritus bienaventurados de acá y de allá.

¡Y que desorientan además, para mayor provecho y regocijo de oportunistas avispados, a policías secretas anglosajonas de larguísimo historial, con abuso imperdonable de su desconocimiento del medio y del idioma, o en ancas de la productiva psicosis de guerra arriba mencionada!

Desorientan, vale decir, a *servicios de inteligencia* —¡Intelligence Service!!— muy poco inteligentes.

Tan poco inteligentes, que cuando los “anti-comunistas” de nuestro rumbo, guiñándose el ojo unos a otros, se ponen en comunicación con esas policías secretas y empiezan a denunciar conspiraciones “rojas”, adquieren carácter de verdad revelada los más increíbles productos de la fantasía. Y mayor aún será el engaño, cuando avalan la maniobra los representantes diplomáticos de las dictaduras, quienes hasta en su amargo destierro persiguen a los que se quedaron sin patria por enfrentarse a la barbarie.

¿Contra quién es la conspiración? Contra Washington, desde luego, contra “el modo de vida” norteamericano, siempre por inspiración y a favor de Rusia. Contra la democracia. Contra el cristianismo. Contra la civilización occidental, tan admirablemente bien representada y defendida por nuestros sacrificados “hombres fuertes”, por esa especie de carmelitas descalzos que son los déspotas de América.

Y forjan tales historias los propagandistas de adentro, y hacen tales enredos los Sherlock Holmes de afuera, que incluso las sociedades bolivarianas están contagiadas del “virus rojizante”, salvo aquellas que proclamen a Bolívar como padre indiscutible de lo que se fundó, en 1889, con

el nombre de *Pan American Union*, en inglés y a la sombra venturosa de la Casa Blanca.

* * *

En tales condiciones quedan señalados como peligrosos bolcheviques, por no estar con las dictaduras ni con la *Pan American Union*, nuestros más altos valores; los intelectuales más puros; los estadistas hispanoamericanos de mayor prestigio, enemigos por su propia responsabilidad de toda clase de coloniajes, adversarios de sistemas inquisitoriales, descreídos en lo que atañe al nuevo dogma de que los llamados a defender la democracia, en nuestro medio, son precisamente los más feroces y sanguinarios verdugos de todo principio democrático.

¡Pero no hay manera de que entiendan los que debieran entender! Y en medio de tan atroz confusiónismo seguirán *simulando* los dictadores su devoción a Dios y a la Iglesia, al Decálogo de Moisés, a las cuatro libertades, a la solidaridad continental, a la imponderable Organización de Estados Americanos, mientras apuntan con sus ametralladoras al corazón del pueblo.

Y una y otra vez, látigo en mano, reiterarán su más fervorosa adhesión a la Carta del Atlántico, a la Carta Universal de los Derechos del Hombre, a la Carta similar de Bogotá, a la de la Mujer, a la del Niño, a todo el epistolario de nuestra época, tan lozano y bien florecido, que casi no es para leerlo sino para desmayarse de gusto al aspirarlo.

Proclamarán al mismo tiempo, año tras año, su lealtad emocionante a la ONU, a la UNESCO, a la CEPAL, a la UNICEF, a la FAO, a la UPE, a la OJA, al AJO y a la UTA; a todas y cada una de las innumerables siglas de post o de preguerra, que sólo han servido para aumentar el costo de la

más inútil y abrigada burocracia de que se tiene memoria en los anales de las Cancillerías.

Hablarán, como remate, de los próceres. ¡Ah, don Miguel Hidalgo, Bolívar, San Martín, O'Higgins, Morelos, Juárez, Morazán, José Martí! ¡¡Ah, todos ellos, pero en sus tumbas o inmóviles en sus monumentos!!

Exalte alguien a estos grandes de América señalando sus virtudes ciudadanas, su lucha hasta la muerte por la unidad de nuestros pueblos, su visión acerca de los peligros que desde aquellos años apuntaban en el horizonte, y caerán sobre él los agravios, las acusaciones de que es comunista franco o embozado, los "slogans" o etiquetas "tabú", que puedan restarle ánimo y fuerza para seguir defendiendo a Hispanoamérica.

En donde los agentes de la "estrategia psicológica" hacen un gran enredo con los marxistas puros, los heterodoxos, las vitaminas, la legión del Caribe y los nacionalistas hispanoamericanos

MALTRECHOS andan pues, en ese ambiente, los varones verticales de la inteligencia. Porque todo hombre de superior cultura y ética arraigada, si es patriota, si es realmente hispanoamericano y ha leído el ideario de los próceres; todo escritor, poeta, maestro o artista, cuyas potestades se deben más al espíritu que a la materia; todo político que no sea un bárbaro, ha exaltado en alguna forma a los libertadores; ha combatido a los tiranos; ha escrito, en algún momento de su vida, no contra los Estados Unidos en conjunto al revisar el proceso histórico de veinte pueblos hermanos,

no contra los buenos *Estados Unidos*, sino contra lo peor de aquel país, contra sus monopolios y demás empresas extorsionadoras, que sin otro afán que el lucro operan en su "paraíso del sur" como en tierra conquistada.

Y si no hay por qué negar esa actitud; y si, por otra parte, se deben justificar las crecidas erogaciones que se emplean en *estrategia psicológica*; y como, para alivio de males, vigilan y vociferan los dictadores al compás del *macarthismo*, marchando todos juntos al són de las trompetas que anuncian la histeria y las ansias del degüello, resulta entonces natural que por acá se muevan y alboroten, periódicamente, los Goebbels tropicales y los importados, para no perder su mesada.

Para no perderla, por supuesto, dan nuevos nombres de gente sospechosa. E informan, *técnicamente*, quiénes son, que no hay remedio, *marxistas - leninistas - stalinistas*; quiénes, *marxistas-trotsquistas* de la ex Cuarta Internacional; quiénes, en fin, simpatizantes más o menos echados a la izquierda, que le hacen grave daño a Norteamérica por su "lamentable y audaz nacionalismo".

Esto del nacionalismo, naturalmente, tiene que ser semilla sembrada y abonada por los rusos, pues los hispanoamericanos somos tan torpes, tan cortos de la visión o del entendimiento, que ni siquiera nos conceden el derecho de pensar, con nuestra propia cabeza, los agentes extranjeros de la susodicha *estrategia psicológica*.

* * *

Para tan finos, sagaces y enterados expertos, los marxistas del primer grupo —entre los cuales acomodan a los "líderes entrenados" y a no pocos trabajadores, generalmente católicos, de diver-

sos sindicatos—, aunque pocos en América Latina pues no llegan a 150,000, o sea *un décimo de uno por ciento* de la población total, son sin embargo de muy alta peligrosidad, fanáticos, intransigentes, terriblemente sectarios.

Mas el peligro, gracias a Dios, no es cosa de temer ahora sino en años venideros, en lo futuro, que tanto puede ser en lo que falta de este siglo como de aquí a varias centurias. Así lo dió a entender en Washington un subcomité ad hoc del Senado, el 31 de octubre de 1953, según se verá más adelante.

Tocante a los marxistas del segundo grupo, "por razones obvias", se halla en extremo dividida la opinión de observadores y catedráticos en el arte de catalogar el pensamiento humano. Algunos de ellos opinan, después de estudios sumamente laboriosos, que los trotsquistas —minoría sin importancia— están fuera de combate y muy metidos en la *heterodoxia*, desde el asesinato de Trotsky. Pero otros especialistas aseguran que son más bien *ortodoxos* y de mayor cuidado que los propios stalinistas, por lo cual —junto con los primeros— debe excluirse de la vida pública a cualquier hispanoamericano contagiado de tan horrible tendencia.

Sólo así podrá lograrse, de acuerdo con el "Intelligence Service", que la democracia en nuestro medio —la de Trujillo, Batista, Odría, Somoza, Pérez Jiménez— no sufra la más mínima quebra-dura o estropicio. Y no debe sufrirla —nos aclara bondadosamente Mr. Kenneth Mc Caleb en el "Sunday Mirror", Nueva York, 13 de diciembre de 1953—, y es indispensable apoyar a esos regímenes, "porque *los latinoamericanos inteligentes* establecen una clara distinción entre lo que es una

dictadura beneficiosa y otra improductiva, entre un *hombre fuerte bueno* y un *hombre fuerte malo*".

Lo cual me obliga a repetir lo que tengo anotado sobre las dos Norteaméricas y las dos Hispanoaméricas. Y lo que enseñaba Sócrates, a saber: que en una Venus pueden encontrarse dos Venus y dos Cupidos en uno. De igual manera —ya no habla Sócrates, sino el desconocido pero muy inteligente pensador Mc Caleb en el "Sunday Mirror"— hay dictadores buenos y dictadores malos. Los cinco de arriba, en su concepto, son de los buenos, como para que se los lleven a cooperar con Mr. Eisenhower, con Mr. Mc Carthy y el Pentágono durante una larga temporada.

En otras palabras, son hombres fuertes, son dictadores pero comprensivos y *deseables*, porque "evitan que los agentes del Soviet sigan alentando el sentimiento antinorteamericano en sus países; han frustrado varias invasiones de la *Legión del Caribe*; están organizando el *bloque antirrojo panamericano*; figuran, pues, entre los más poderosos amigos que los Estados Unidos tienen en su lucha contra la penetración comunista en el hemisferio occidental".

* * *

Ante razones a tal extremo contundentes, no hay más remedio que inclinar la cabeza y aplaudir a tan ilustrado corresponsal anglosajón. Porque será un hecho conmovedor que no sólo los *latinoamericanos inteligentes*, sino también los más apacibles y felices por menos dotados, comprendan hasta dónde llega la visión mundial de nuestros espadones, de nuestros sátrapas y entreguistas.

Y que los de arriba y los de abajo reconozcan sus méritos, sus virtudes, su espíritu de sacrificio,

su lucha heroica para que los tremebundos agentes del Soviet "no sigan alentando el sentimiento antinorteamericano" en países como los nuestros, tan atrasados, tan ciegos, tan insensibles a las amenazas y a los golpes del "big stick", que por su cuenta jamás hubieran podido descubrir la contundencia del citado "gran garrote".

Y que éstos y aquéllos exalten a los hombres fuertes por su amor a la libertad del *mundo libre* —siempre que no quiera colarse la libertad en sus parroquias—, y hagan acto de contrición por no haber descubierto a tiempo la pureza de sus intenciones.

Y que todos a una como en Fuente Ovejuna, todos en Hispanoamérica, los despiertos, los dormidos y los adormilados, agradezcan a los dictadores sus brillantes victorias invisibles sobre la terrible Legión fantasma del Caribe; y su formación del *bloque antirrojo panamericano*; y el destacarse como "los más poderosos amigos" y aliados, no tal vez de Washington, ni de Jefferson, ni de Lincoln, ni de Franklin Delano Roosevelt, pero sí en cambio de cuanto hay en Estados Unidos de noble y evangélico, sin excluir a los intachables consorcios de la Bond and Share, de la Standard Oil, del estaño, del hierro, del oro, de la plata, del barco, del avión, del cable, del teléfono, junto a los ferrocarriles y el aromático banano de la United Fruit.

Mas al llegar a este punto y olerle su banano a la United, porque el olor se desprende de las columnas del "Mirror", caigo en la cuenta de que se me ha ido mucho espacio en comentar un artículo sin importancia, con la única novedad —se dijo antes— de que los déspotas arriba mencionados son como la Venus o como el Cupido de Só-

crates. Por lo que atañe al resto es un trabajo de tipo "standard", propio para esta temporada belicista, como cortado en serie, como las películas de "cow boys" en el "Far West", como los "hot dogs", el "pork and beans" y otras carnes enlatadas.

Vale decir, igual en esencia a los culebrones que todos los días escriben centenares de reporteros-turistas, desde el "bar" o cantina del hotel en que se hospedan, en relación con nuestra maltratada América Española. Y hablé de culebrones, porque el artículo de referencia se intitula, ni más ni menos, "La serpiente roja en nuestro edén tropical".

* * *

Vuelvo pues a lo que dejé en suspenso, tras de acompañar a los técnicos especializados en escudriñar marxistas. Se recordará que faltaron los simpatizantes, a quienes se les clasifica en distintos grados o matices: A, B, C, lo mismo que la leche pasteurizada o que las vitaminas. Pero como es unánime el consenso de que su *excesivo nacionalismo* resulta todavía peor que el comunismo; y como en estos días de histeria el viejo "slogan" de la hoz y el martillo es el de mayor provecho y eficacia, con esa roja etiqueta quedarán a la postre bien marcados y catalogados, *urbi et orbi*, los que antes de la era atómica apenas figuraban en la gozosa graduación abecedaria, pasteurizada o vitamínica de que ya se hizo mención.

Lo que se busca es desprestigiarlos; cerrarles puertas; mezclarlos con el Kremlin y con las más absurdas conspiraciones; presentarlos ante la opinión pública como ateos o descreídos, así vayan a misa, se confiesen y comulguen; como enemigos del hogar y de las buenas costumbres, así sean pa-

dres y maridos ejemplares; como tuertos y jorobados, aunque tengan los ojos en su sitio y ni sombra de joroba, si se exceptúa la que les cuelgan a la espalda tan misericordiosos, tan caritativos *cruzados* de la moral cristiana y de la civilización occidental.

La cuestión, en resumen, es asustar a los pazguatos, impresionar al beaterío, anular a los hombres más decididos, a los más patriotas, a los más capaces de transformar a Hispanoamérica. Y no con interpretaciones filosóficas; no con ortodoxias ni con heterodoxias; no con teorías abstractas, sino con realizaciones tan concretas como la reforma agraria; la supresión de privilegios inadmisibles en esta época; Garantías Sociales; impuestos adecuados; un "new deal" o nuevo trato aplicable a nuestro clima, de tal manera que podamos enfrentarnos al feudalismo medioeval en que nos mecemos o nos mecen, y romper con el vasallaje a que nos han sometido determinados monopolios extranjeros, en lamentable complicidad con políticos y gobiernos inescrupulosos de nuestros propios países.

¡¡Comunismo!! ¡¡Comunismo!! Así comentarán las frases anteriores los unos y los otros. Y con esa táctica, con tan manido emblema, conforme repercuten en el exterior los minuciosos informes y las *estadísticas rojas* de los expertos, *simularán* nuestros avispados dictadores que se les crece el *anticomunismo*. De ese modo ganan indulgencias plenarias y simpatías de afuera por partida doble.

Pero, sobre todo, pueden elevar sus presupuestos de guerra y de publicidad, para dejarse la mayor parte; hacerse propaganda, con el saldo, en periódicos y revistas; perseguir a los que no estén con el régimen; enviar a las naciones no totalita-

rias del Continente su nueva hornada de "diplomáticos", pistoleros y agregados que suelen llamarse culturales, para que difamen y provoquen a los exiliados; intensificar y recompensar el espionaje, que es la peor ignominia de cualquier sistema de gobierno; y lamentar —¡jeseo principalmente!!— "las cosas terribles que ocurren tras la Cortina de Hierro".

De qué manera corre la noticia de que submarinos y aviones del Soviet, en territorio guatemalteco, se entrenan para bombardear el Canal de Panamá

EN lo expuesto a grandes rasgos, porque no vale la pena acumular detalles, puede advertirse cómo cumplen su elevada misión en nuestra América los representantes del espiritualismo, los amigos del orden, los agentes de los grandes consorcios succionadores, en la grata compañía de sus "quislings" o pupilos criollo-mestizos. Pero no basta con eso. Es indispensable la nota sensacional que pueda servir de justificación, en el momento oportuno, para tomar enérgicas medidas. ¡Incluso para *intervenir anfictionicamente*, allí donde corran riesgo de torcerse o quebrantarse los ideales hemisféricos de la *Pan American Unión!*

Entonces entran en funciones los hábiles *calígrafos del anticomunismo*.

Fabrican documentos terriblemente comprometedores.

Los entregan como auténticos al "Intelligence Service".

Descubren organizaciones tenebrosas.

Explican con mapas y esquemas cómo se va

escurriendo, cómo se va infiltrando la desquiciadora doctrina de los rojos.

Y denuncian nerviosamente, antes de que sea tarde para destruirlos, focos peligrosísimos de soviétización en México, en Chile, en el Brasil, en Colombia, en Costa Rica, en El Salvador, en Honduras, en Bolivia, en Guatemala.

¡Sobre todo en Guatemala, que por haber acabado con dictadores y generales sin hacerlos mártires; por enfrentarse a la United Fruit y al feudalismo; por permitir la organización de partidos políticos y de sindicatos obreros; por establecer salarios mínimos vitales; por implantar y hacer que se cumpla la reforma agraria; por su gran paso adelante desde el 20 de octubre de 1944, tiene que ser para la propaganda de afuera y para la caverna cómplice de adentro, lo que antes fué México: el cuartel general del Kremlin, la punta de lanza o cabeza de puente que la estrategia de los temibles rusos, *para vencer y dominar a los Estados Unidos*, les ha plantado en el propio corazón de América!

* * *

Podría argüirse, desde luego, que en los Estados Unidos, en Francia, en Inglaterra, en todo país civilizado, hay partidos políticos, sindicatos obreros poderosísimos, huelgas que han paralizado hasta los servicios públicos de mayor urgencia, salarios mínimos vitales, muy superiores a los que reclama el actual régimen guatemalteco.

Se podría contestar, además, que la reforma agraria, recomendada y considerada como un derecho soberano por las Naciones Unidas, y como necesidad inaplazable en ciertos casos, no es ni mucho menos *invento ruso*. ¿No la implantaron nunca los gobiernos europeos? ¿Acaso no hubo

siempre una constante redistribución de la tierra en el curso de la Historia?

Y en nuestra propia América, ¿no fueron desposeídos los aztecas, los incas, los mayas, los pipiles, los mames, los chibchas, los cakchiqueles y demás razas autóctonas, no precisamente en nombre de una justicia superior, sino por derecho del vencedor sobre el vencido?

Será inútil discutir. *Lo de Guatemala es comunismo*, estando de por medio los grandes hacendados y la poderosísima United Fruit, como *fué comunismo lo de México*, cuando estaban de por medio los latifundios gigantes y los insaciables monopolios extranjeros que pretendían conservar sus privilegios.

Y para demostrar que lo de Guatemala es comunismo, escogida ya esa república centroamericana como cabeza de puente —que en nuestro caso equivale a decir, como *cabeza de turco*—, rueda de un confín a otro del planeta, intempestivamente, la noticia sensacional que tanto se esperaba: “¡¡Submarinos de gran calado —¡submarinos rusos!— en aguas guatemaltecas!!”. “¡¡Aviones del Soviet en Guatemala, a dos horas de vuelo del Canal de Panamá, entrenándose sin duda para bombardearlo!!”.

* * *

Esta gran voz de alarma —culminación de nueve años de campaña en dólares contra la revolución guatemalteca— sí que fué noticia. Noticia de primera, o *grado A* para los técnicos, que puso en movimiento al ínclito de Mc Carthy y a todas sus brigadas.

¡Algo así como el caso divertidísimo de Lavrentv Beria, exverdugo máximo del Soviet, cuando alguien del servicio secreto informó que se había

fugado de Rusia, para buscar asilo en España; y que allí esperaba, a la sombra del bondadoso *superviviente* don Francisco Franco, mientras podía prestar su graciosa cooperación a los Estados Unidos! Mas vino a suceder que para entonces el espantable bolchevique —hermano gemelo del director máximo de la Gestapo, Heinrich Himmler— estaba ya en capilla, hasta morir poco después, y no precisamente de muerte natural.

En lo que se refiere a Guatemala, volviendo a lo nuestro, por el peligro que corría el Canal de Panamá, se movió el Comité de Investigaciones del Senado norteamericano; vibraron los teletipos de los grandes diarios; se reprodujo la información en cadenas mundiales de periódicos; y todas las agencias de publicidad se ocuparon de los famosos submarinos y aviones, que a la postre resultaron ser tan invisibles o fantasmas como la Legión del Caribe o como Beria en España.

A corto plazo pudo constatarse que los autores del escandaloso infundio fueron ciertos *anticomunistas* antillanos, muy esclarecidos; que estos caballeros eran y siguen siendo, a la temperatura del trópico, fanáticos apóstoles de la libertad y de los derechos del hombre en el Caribe; y que obedecieron instrucciones de su jefe y amo, el Gran Generalísimo de la ex República Dominicana, don Rafael Leonidas Trujillo, *segundo después de Dios*. La cosa era imitar a Goebbels, "hacer clima" o guerra de nervios, así que con dinero y armas de tan seráfico personaje estalló y se pudo dar por fracasada, en territorio guatemalteco y con rapidez extraordinaria, una nueva conspiración contra el régimen del Presidente Arbenz.

Pero ya sobre el origen de la sensacional noticia, o sobre su falacia, no quiso publicar nada el

gran periodismo independiente del *mundo libre*. Antes al contrario, insistió en señalar a los rojos de Guatemala como instrumentos del Soviet; a la pequeña república, como trampolín de Rusia en América; y a la United Fruit, la Bond and Share, sus filiales y la IRCA (International Railways of Central América), como abnegadas empresas civilizadoras, ávidas de continuar su obra benéfica en el Istmo centroamericano.

¡Y así es! Ávidas de servir a Hispanoamérica, de ayudar a Centroamérica, de quedarse en Guatemala, siempre que el gobierno incomprensivo de la Revolución de Octubre les deje íntegros sus latifundios, excluyéndolos de la reforma agraria. Y en su poder los puertos, los muelles, los ferrocarriles, las caídas de agua para electrificación, con garantía, además, de pagar impuestos mínimos y de sacar en dólares sus dividendos.

¡Lo que se haga en contrario es rabioso comunismo, influencia nefasta de Malenkov y otros herederos de Stalin, "teorías exóticas", en abierta pugna con la santidad de los tratados, las concesiones vigentes, el Pacto de Río de Janeiro y la solidaridad continental americana!

En donde se averigua de qué modo cesaría el temor que a los estrategas les infunde Guatemala, "tercera gran potencia del mundo"

No creo necesario insistir en las maniobras de los *dictadores caribes*, en los reportajes de columnistas más o menos sospechosos, ni en la incesante campaña que se ha venido librando, por otros conductos, para echar abajo las legítimas realizaciones de la nación guatemalteca. Bastará

con unos cuantos párrafos finales al respecto, y con poner énfasis en la afirmación de que ese pequeño país, según lo ha expresado en Santiago de Chile el ex Presidente Arévalo, se ha convertido en la *tercera gran potencia del mundo*.

¿Por qué? ¿Por su extraordinaria peligrosidad! A tal extremo extraordinaria, que sin industrias, sin colonias, sin barcos de guerra, "con sólo tres millones de habitantes, débiles, enfermos, palúdicos", Guatemala figura todos los días en la primera página de centenares de periódicos y de revistas, como si efectivamente la paz del hemisferio, la supervivencia de la democracia, la tranquilidad de Washington y de Wall Street, dependieran de lo que pueda ocurrir en aquella república hermana, cuyo paso firme, cuya valerosa marcha hacia el futuro, señala rumbos definidos a nuestra sufrida pero ya despierta América Central.

¿El peligro gravísimo de los comunistas! ¿Mas no los hay por ventura en Inglaterra, en Francia, en Italia, para citar únicamente a potencias protegidas por la banca y el Gobierno norteamericanos, no obstante su nutrida representación en municipios y parlamentos?

¿Y no existe y funciona en los propios Estados Unidos un activo Partido Comunista —a pesar de los inquisidores y de la guerra fría—, amparándose en la ley, en la libertad, en los principios de la Constitución de Filadelfia?

¿Y no mantienen relaciones diplomáticas la Casa Blanca y sus aliados con el sistema bolchevique?

¿Por qué no se amenaza o se presiona a las naciones europeas, por qué no se procede con ellas en la misma forma que Washington y la medrosa OEA encuentran aplicable a Hispanoamérica?

¿Pero cuántos comunistas, en fin, cuántos tan terriblemente peligrosos hay en Guatemala, que así de preocupado y asustado ponen al Tío Samuel; y hasta dónde llega su fatal, su tenebrosa influencia?

* * *

Aquí vuelvo al informe del 31 de octubre de 1953, anteriormente referido, en el cual dió su punto de vista un subcomité ad hoc del Senado norteamericano. Ya vimos que para ese grupo de legisladores el peligro es más bien del futuro que del presente, pues "los comunistas no conseguirían *en la actualidad* el control de ningún gobierno latinoamericano". Tocante a cifras totales en el nuevo mundo, a ojo de buen cubero, coinciden los senadores con las ya expuestas de unos y otros técnicos, sin entrar en los prolijos y muy gozosos detalles de clasificación que saboreamos páginas atrás.

Explican, en resumen, que el número de comunistas en toda la América Latina ha disminuído, de 330,000 —período 1944-47— a menos de 200,000; que el Partido Rojo está oficialmente suprimido en 12 de las 20 repúblicas del sur; y que su participación no tiene influencia en la política nacional de ningún gobierno". Exceptúan a Guatemala, desde luego, para no oponerse abiertamente a la histeria que padece su país. Sin embargo, la buena fe de los subcomisionados los obliga a informar textualmente: "Ahora bien, en Guatemala sólo se trata de un pequeño grupo, aguerrido y disciplinado, que mantiene la propaganda en las esferas del Congreso, pero que carece de un auténtico respaldo popular". ("Atisbos".— México, D. F., 15 de diciembre de 1953).

Si la realidad comunista guatemalteca, enton-

ces, se reduce a "un pequeño grupo que mantiene la propaganda en las esferas del Congreso, sin respaldo popular", ¿dónde está el peligro? Será bueno advertir, por otra parte, que en un total de 54 curules legislativas sólo toman asiento cuatro diputados *relativamente comunistas* —en el peor sentido que a esta palabra quiera dársele—, porque son, en primer término y en última instancia, *ciudadanos guatemaltecos*.

Y para más concreta información vale la pena agregar que de 328 municipios, dispersos en toda la República, solamente en tres dominan algunos ciudadanos que pudieran también considerarse como *relativamente comunistas*, aunque en ratos de juvenil euforia se entusiasmen y brinden por el Soviet, por Corea del Norte y por la gran China de Mao Tse-Tung y Chou En-Lai, quienes al pensar en Sun Yat-Sen lamentarán sin duda que sea un asco, en Formosa o fuera de ella, su enlodado concuño Chiang Kai-Shek.

Mas dejando en su Continente a los asiáticos, tendremos que los izquierdistas de Guatemala —en realidad los de toda nuestra América— no están en la pelea para entregarse a nadie. Luchan por la liberación de su país y por elevar el nivel de vida de sus conciudadanos, para lo cual no necesitan mirar forzosamente a Rusia, sino más bien a las potencias occidentales y en especial a los Estados Unidos, que disfrutan de tan altísima y bien merecida prosperidad.

En cuanto a la juvenil euforia de algunos *patojos guatemaltecos*, y aun de gentes mayores, apenas aprovechan la misma libertad de que se valen las derechas para combatir al Gobierno y a los partidos revolucionarios, el salario mínimo, la reforma agraria y demás conquistas alcanzadas,

directivo de algo muy raro que se autonombra National Planning Association; ni los agentes y reporteros-turistas de la United Fruit—; nadie, pues, hablaría de infiltraciones rojas ni de la conveniencia de intervenir en territorio centroamericano, si los gobiernos constitucionales surgidos de la Revolución de Octubre. si los Presidentes Arévalo y Arbenz, hubieran imitado a los verdugos y vendepatrias continentales de ayer y de hoy; si hubieran mantenido la servidumbre de inmensos sectores de la población, ancestralmente escarnecida y explotada; si hubieran permitido, en resumen, que el ominoso imperio del banano continuara siendo un Estado fuerte, irrecusable y omnímodo, dentro del Estado feudal guatemalteco.

Conclusión en la que se advierte el grave daño que a la buena vecindad y a los principios democráticos les ha hecho el fraude del anticomunismo

BIEN cabe afirmar que se hubiera evitado en América el paso atrás que todos observamos, la vuelta a la desconfianza, al resentimiento de nuestros pueblos hacia los Estados Unidos, si con justicia y democracia en lo interior, se hubiera hecho prevalecer una política real y efectiva de buena vecindad en las relaciones interamericanas.

Pero terminó la guerra; murió Mr. Franklin Delano Roosevelt; se concentró en Estados Unidos el poderío del mundo; empezaron a mirarse de mala manera el gigante anglosajón y el gigante eslavo, y otra vez se echó mano a la falsa enseña del anticomunismo. ¡La enseña fraudulenta de Hitler, de Mussolini, de Franco, del Mikado, de

Goering, de Goebbels, de Laval, de los más grandes criminales que ha padecido el mundo!

Y con la intransigencia o el desajuste de ambos dinosaurios, que nos hacen volver a la era mesozoica; con Estados Unidos al norte y el pelalismo al sur, ya estamos comprobando que no es Europa sino América, infortunadamente, el centro de operaciones de la tesis regresiva.

Tenemos entonces que aquí funciona, alentado por todas las cavernas, el fraude que costó millones de vidas en otros Continentes, y que ha convertido al nuevo mundo en campo propicio de persecución y espionaje, con su INTERNACIONAL DE SATRAPIAS perfectamente organizada, para darle fin a nuestra incipiente, a nuestra maltratada democracia, en nombre precisamente de la democracia.

Aquí tenemos, pues, esa bandera. La llevan y la tremolan en sus manos ensangrentadas los viejos partidarios de toda clase de totalitarismos; los defensores de Franco y su Falange; los déspotas patibularios más feroces; los entreguistas de más negra historia; los políticos parroquiales más avisados, que se aprovechan de la psicosis bélica norteamericana para seguir ultrajando y deshonorando a Hispanoamérica.

* * *

Porque es ultrajar y deshorrar a Hispanoamérica lo que publicaron los periódicos, el 10 de agosto de 1953, como recomendación de la Unión Panamericana a las 21 Repúblicas de nuestra anfictionía hemisférica, a saber: que se castigue con la máxima pena, como traidor, a cualquier ciudadano que actúe como agente del comunismo—sin explicar qué es el comunismo—; que se castigue, también con pena mayor, a quien sea cul-

pable de sabotaje o de hacer propaganda subversiva; y que mediante un *intercambio sagaz* de informaciones oficiales, se vigile estrechamente a los sospechosos, negándoles entre otros derechos el de visa y el de asilo. ¿Por qué? La respuesta ya la conocemos, y una vez más habrá que transcribirla: "Porque ponen en peligro la solidaridad continental americana".

En esa forma se quiere frenar, no al comunismo como doctrina ni como realidad —ya hemos leído en estadísticas anglosajonas que carece de fuerza política y económica en América—, sino a los perseguidos y a los exiliados hispanoamericanos, en pugna desigual y heroica con los dictadores que agobian a medio Continente.

¡Y que lo agobian a vista y paciencia de supuestas democracias, vecinas o lejanas, manteniendo a los partidos mayoritarios al margen de la ley!

No se trata, en síntesis —será necesario repetirlo— de una lucha a muerte contra lo que suele llamarse comunismo, sino de un ataque a fondo contra la libertad.

¡Contra las cuatro libertades de Mr. Franklin Delano Roosevelt, en las urnas electorales, en los periódicos, en el correo, en las aduanas, en los sindicatos, allí donde los Odría, los Trujillo, los Pérez Jiménez, los Somoza, los Batistas y congéneres, *interamericanizando* el espionaje, encuentren que hay infiltraciones de subversión o comunismo!

* * *

¿Cree el Gobierno de la Casa Blanca que podrá ganar la simpatía de los pueblos hispanoamericanos, que podrá ganar su batalla contra el fantasma rojo, apoyándose en los más encarnizados,

en los más irresponsables enemigos de la dignidad del hombre en nuestra América?

¿No advierten los Embajadores de la buena o de la mala vecindad, ni sus consejeros, ni su policía secreta, ni sus agregados culturales, militares, navales, comerciales y de muchas otras índoles, cuál es el sentir profundo de los obreros no domesticados, de los intelectuales, los artistas, los más altos valores de nuestra cultura —de la ética y de la inteligencia unidas—, en relación con nuestra Historia, con la crisis actual del ser humano, con la paz y con la guerra?

¿No comprende Washington, por otra parte, que respaldando a los insaciables consorcios de Wall Street, y a sus más desprestigiados instrumentos criollo-mestizos, sólo está sembrando la menos indicada de las semillas?

¡Una semilla cuyo amargo fruto no será otro que el rencor permanente, la natural desconfianza de nuestras grandes mayorías y de nuestras minorías selectas hacia los Estados Unidos! ¡El rencor de nuestros pueblos, potencialmente libres, potencialmente *nacionalistas* en su aspecto defensivo, arraigados a su tradición y a su suelo, como lógica consecuencia de tanta desviación, complicidad o ignorancia!

* * *

Ya es tiempo de abrir los ojos; de poner fin al contubernio entre *lo peor de Norteamérica* y *lo peor de Hispanoamérica*; de sacudirse el miedo en que se abaten escritores y líderes, sin duda honestos, pero aterrados de comprometerse; de salirles al encuentro a los propagandistas de la *estrategia psicológica* que nos invade.

Ya es tiempo, en suma, de ser nosotros mismos, en un clima como el de la América Española,

tan rebelde a la servidumbre, al vasallaje, a la dominación extranjera, a la explotación imperialista.

Y se verá entonces, claramente, cómo *la buena Hispanoamérica* se alzaría también contra el Soviet, si el amo, el concesionario, el agente fiscal, el protector de los sátrapas, en lugar de *los malos Estados Unidos*; en lugar de políticos míopes y de monopolios voraces, llegase a ser el gigante ruso, transformado en enemigo capital de la patria que nos legaron nuestros próceres.

Pero mientras tal peligro sólo sea un espectro, nuestra América seguirá cuidando otros frentes más íntimos y cercanos: el de su propia democracia, el de su soberanía, el de la dignidad humana, el de las garantías sociales, el de su lucha incesante contra la dictadura, el entreguismo, la miseria moral y material que nos debilita y nos deshonra.

SUMARIO

	<i>Páginas</i>
NUESTROS PUEBLOS EN EL TORBELLINO DE LA BOMBA ATOMICA	7 a 51
Deformación de la cultura occidental, Centroamérica y otros apuntes	9
Totalitarios y demócratas de las grandes potencias en el mismo cesto	13
Para nuestra América fueron negativos los resultados de la primera guerra mundial	20
Fortalecimiento de Alemania.—Locarno después de Versalles.—Temor a los bolcheviques.—Crisis norteamericana.—Iniciación del nuevo trato y de la buena vecindad del Presidente Roosevelt	25
Resultados aún más negativos de la segunda conflagración.—Desconcierto de dictadores caribes.—Altas y bajas de la buena vecindad	31
Criterio religioso sobre capitalismo y comunismo.—Miles de millones de dólares para armamento.—Otros tópicos que nos atañen, en relación con una tercera gran carnicería	38
Comentario final, en el que se explica cómo Hispanoamérica se acoge a la convivencia humana, en pugna con la bomba atómica	47
●	
¿QUE QUIERE HISPANOAMERICA?	53 a 109

I

¿Consignas rusas o golpes de cuartel en el clima hispanoamericano? ¡A cuartelazo dado, espaldarazo servi-

do!—La realidad es más elocuente que la propaganda	55
Cuartelazos en Perú, Venezuela y Paraguay.—Campos de concentración en la tierra del Libertador	60
Golpe fallido en Guatemala.—Dinastía Trujillo-Somoza.—Imposición y caída de Laureano Gómez en Colombia	64
Autodestitución de don Mamerto en Bolivia.—Lección de Paz Estenssoro.—Cuartelazo de Batista en Cuba	66
Interpretación lógica del "bogotazo".—Actitud de Mr. George C. Marshall	68

II

Codicias y "doctrinas exóticas" de ayer y de hoy.—Algo más sobre Guatemala y Bolivia.—Lo que significa en América la revolución mexicana	70
¡Todos, menos Costa Rica, a Venezuela!—Lo que haría Bolívar en la Conferencia Panamericana de Caracas	73
Luces de colores derraman sobre el mundo los burócratas internacionales, pero no nos resuelven el problema	76
De qué manera sin auxilio exterior, sin el Punto Cuarto, podríamos ayudarnos a nosotros mismos, con lo propio nuestro	79
Urgencia de revisar la Historia, para vencer nuestro complejo de inferioridad	81

III

Precursores y libertadores cumplieron su misión cuando debían cumplirla.—Obra incommovible de la generación de 1810	86
No fracasó Miranda, ni fracasaron los próceres de nuestra independencia	88

	<i>Páginas</i>
Jurisconsultos mexicanos emitieron su opinión en 1924, sobre el posible traspaso de Belice	92
De cómo los ingleses, a cañonazo limpio, querían salvar a Hispanoamérica de la infiltración bonapartista ...	94
Contra todos los obstáculos, tras quince largos años de sangrienta lucha, obtuvo Hispanoamérica su independencia	98

IV

El caso de Cuba y otros tópicos alentadores.—Situación semejante a la de Texas.—No aró en el mar José Martí	100
Por qué el Gobierno de Washington quería comprar la gran Antilla	101
Planes sin duda maquiavélicos, para dominar a Cuba y Puerto Rico	104
Ideas que clamen por lo nuestro necesita Hispanoamérica, para fortalecerse y superarse	107
●	
EL FRAUDE DEL ANTICOMUNISMO	111 a 151
Producto del espíritu, contra los ateos y los materialistas, son las armas modernas de destrucción y de matanza	113
Génesis y desarrollo de la segunda conflagración mundial, en España, en Abisinia y en Manchuria	116
México era un terrible foco comunista, que estaba contagiando en forma peligrosa a las demás repúblicas del Continente	119
De cómo se enfrentan al materialismo filosófico muchos que lo llevan metido en el cuerpo, y hasta qué punto la sangre es más espesa que el agua	122
Aparecen en escena las siglas de la ONU y los "descendientes directos de la Burra de Balaam"	127

En donde los agentes de la "estrategia psicológica" hacen un gran enredo con los marxistas puros, los heterodoxos, las vitaminas, la legión del Caribe y los nacionalistas hispanoamericanos	131
De qué manera corre la noticia de que submarinos y aviones del Soviet, en territorio guatemalteco, se entrenan para bombardear el Canal de Panamá ..	138
En donde se averigua de qué modo cesaría el temor que a los estrategas les infunde Guatemala, "tercera gran potencia del mundo"	142
Conclusión en la que se advierte el grave daño que a la buena vecindad y a los principios democráticos, les ha hecho el fraude del anticomunismo	147

VICENTE SAENZ

SUS PRINCIPALES OBRAS

- Cartas a Morazán.
Norteamericanización de Centroamérica.
Rompiendo Cadenas.
España Heroica.
Guión de Historia Contemporánea.
Cosas y Hombres de Europa.
Opiniones y Comentarios de 1943.
Centroamérica en Pie.
Morelos y Bolívar.
Hispanoamérica contra el Coloniaje.
Raíz y Ala de José Martí.
Auscultación Hispanoamericana.



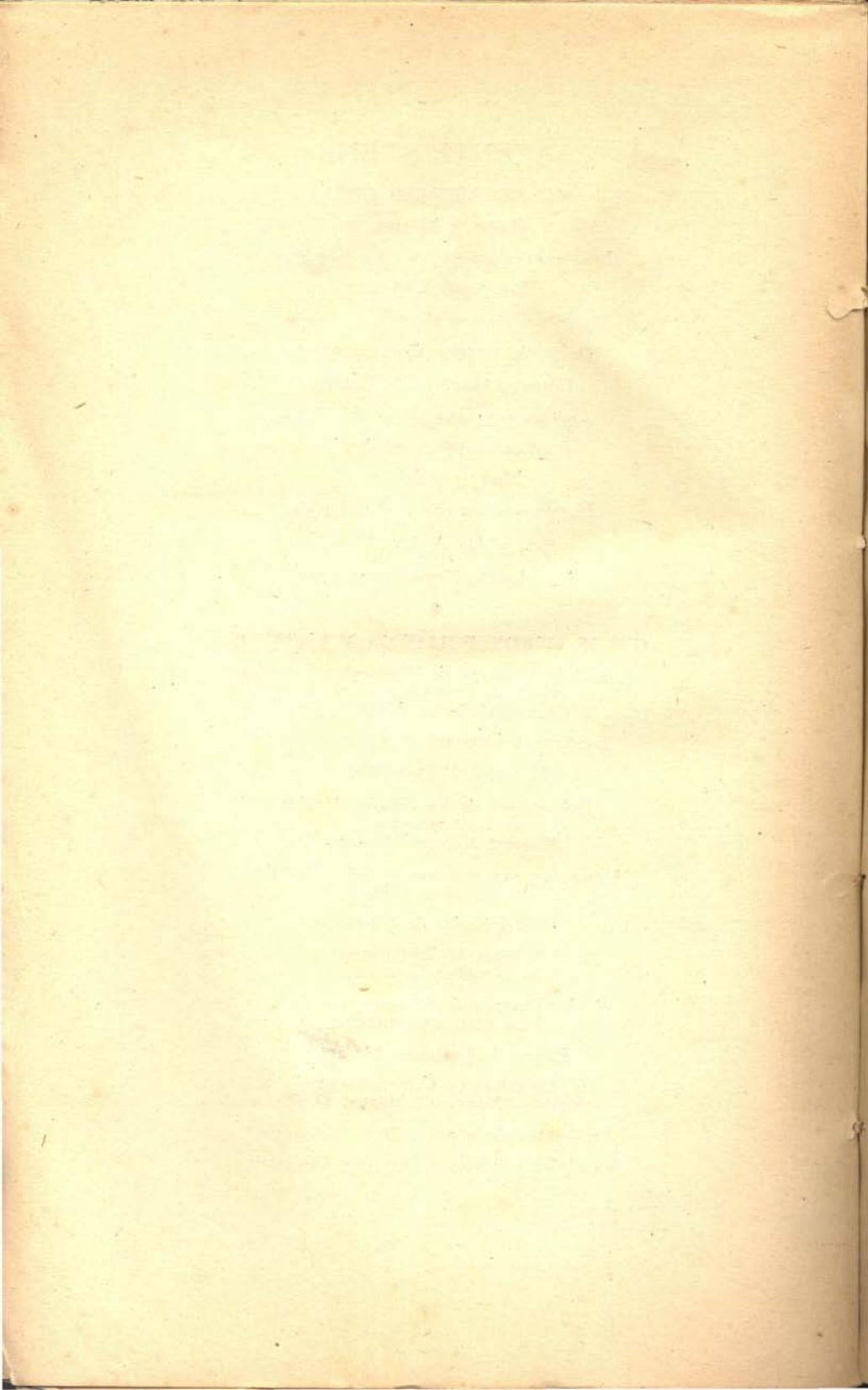
OTROS LIBROS, FOLLETOS Y ENSAYOS

- Actitud del Gobierno de Washington hacia las repúblicas centroamericanas. ¹
(*"Current History Magazine"*)
Traidores y Déspotas de Centroamérica.
El Canal de Nicaragua. ¹
Intervención de los Estados Unidos en Centroamérica. ¹
(*"Current History Magazine"*)
España en sus gloriosas jornadas de julio y agosto de 1936. ²
El Resplandor de España. ¹
Palabras del Presidente de la República Española. ³
La Doctrina de Monroe frente a los nazis en América.
Elogio de Francisco Morazán.
Literatura en Centroamérica.
(Revista *"Nosotros"*, México, D. F.)
Paralelismo de la paz y de la democracia.
Actualidad y Elogio de don Juan Montalvo.

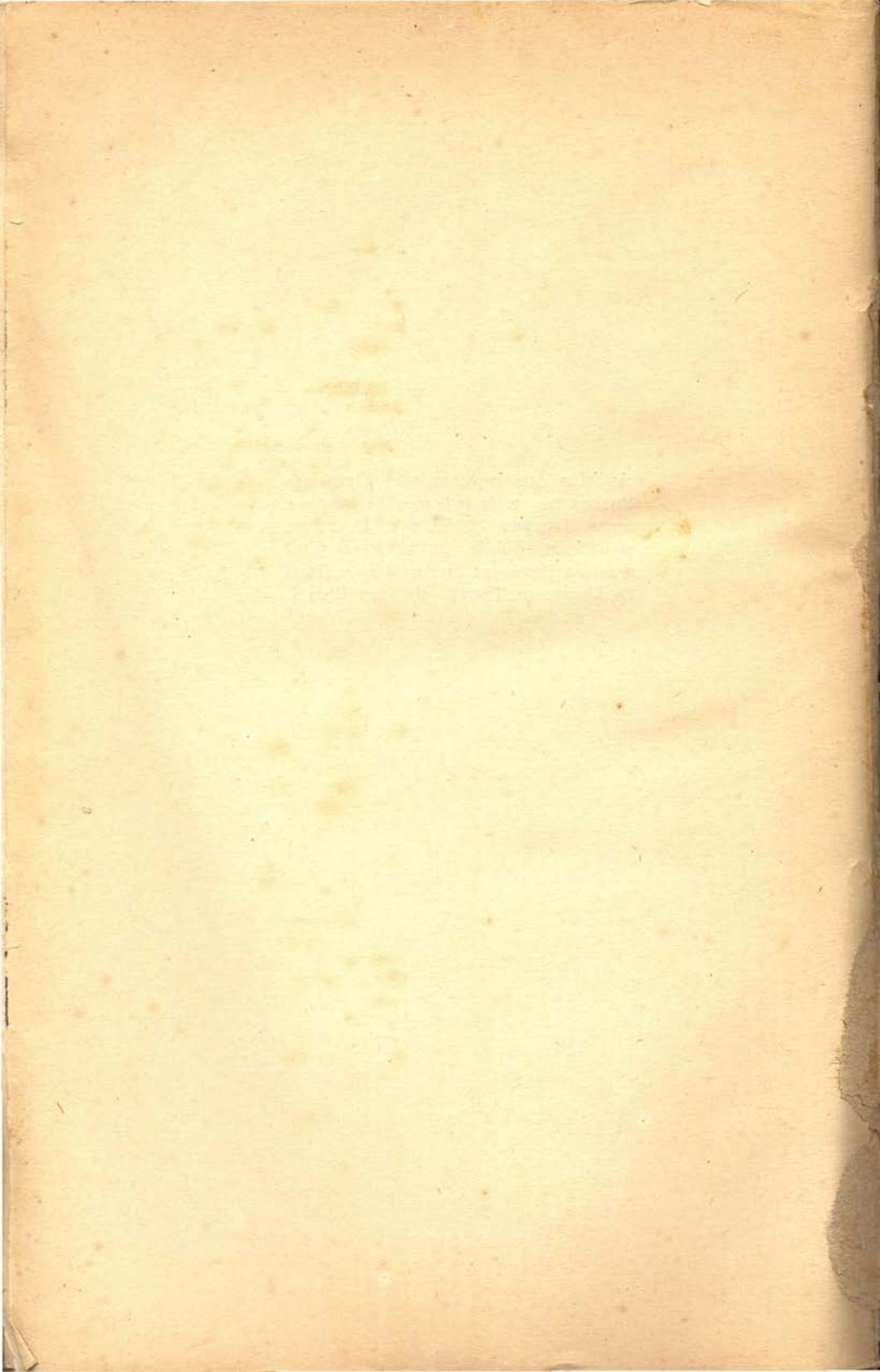
1 Inglés y castellano.

2 Castellano y ruso.

3 Castellano, inglés y francés.



SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTA OBRA POR
PUBLICISTAS E IMPRESORES BEATRIZ DE
SILVA, ITURBIDE 26, MÉXICO, D. F., EL
DÍA 25 DE FEBRERO DE 1954, AL CUI-
DADO DE EDICIONES HUMANISMO Y BAJO
LA DIRECCIÓN TÉCNICA DE LUIS RICO J.



"Elogio de Francisco Morazán", "Morelos y Bolívar", "Actualidad de don Juan Morelos", "Raíz y Ala de José Martí", así como sus ensayos y estudios en diversos periódicos, la intelectualidad democrática de todo el Continente, y brillantes figuras del pensamiento español y europeo, se unieron al juicio de los americanos que ensalzaban al escritor costarricense, sin excluir a prestigiados historiadores, intelectuales y comentaristas de los Estados Unidos.

En bibliografías, en libros sobre nuestra América, en su correspondencia, en obras dedicadas a este gran centroamericano, siempre encontraremos párrafos elogiosos de Carleton Beals, de Humberto Tejera, Anna Seghers, Araquistain, Albornoz, Ludwig Renn, Marcelino Domingo, Alfonso Reyes, García Monge, Gamoneda, Álvarez Gallego, Neruda, Brenes Mesén, Miguel Ángel Asturias, Alberto Velázquez, Muñoz Meany, Froylán Turcios, Zozaya, Gavidia, Vjera Altamirano, Diego Córdoba, Leo S. Rowe, Arthur P. Whitaker, Marinello, Gay Calvó, Ramos Pedrueza, Pedro Gringoire, Palavicini, Enrique de Gandía, Pedro de Alba, Sorondo, Núñez y Domínguez, González Scarpetta, Prado Rodríguez, Moisés Vincenzi, Picón Salas, Rómulo Gallegos, Claudia Lars, Juana de Ibarbourou, Andrés Brou, Mancisidor, Raúl Roa, Mendieta, Monteforte, Silva Herzog, Margarita Nelken. Y el 19 de enero de 1952, un mes antes de su muerte física, esta carta del egregio poeta mexicano don Enrique González Martínez:

"Muy admirado y querido amigo: Le debo estas líneas desde que terminé la lectura de la nueva edición de su gran libro "Rompiendo Cadenas", libro ejemplar que debería ser leído por todos los hombres de nuestra América, libro valiente y acusador; pero optimista y esperanzado, pues no se combate el mal con tal fervor sino cuando se tiene fe en el triunfo de la buena causa. Toda una vida dedicada a mantener en alto un ideal y que cristaliza en obra tan fuerte y pura, da derecho, a la más exigente conciencia, de experimentar la satisfacción del deber cumplido. Aquí le van mis parabienes por su libro, por su conducta, por su empeño infatigable, por sus arrestos de escritor ilustre. Y permítame que me enorgullezca de llamarlo compañero y amigo.—Enrique González Martínez".

Ordene sus pedidos a

EDICIONES HUMANISMO

Reforma N° 1, Desp. 961

Tels: { 12-23-60
35-30-68

En México:
\$ 8 . 0 0
MONEDA NACIONAL

◆
En el exterior:
Dols. 1.25